ADICION

A LAS AVENTURAS FRANCESAS

DE GIL BLAS.

TOMO SEPTIMO.

ADICION A LAS AVENTURAS FRANCESAS DE GIL BLAS

O HISTORIA GALANTE

DEL JOVEN SICILIANO,

QUE SUENA TRADUCIDA

DE FRANCES EN ITALIANO,

Y DE ESTA LENGUA LA HA CONVERTIDO EN ESPAÑOLA

EL MISMO VIEJO OCIOSO

QUE RESTITUYÓ LAS AVENTURAS FRANCESAS A SU ORIGINAL LENGUA CASTELLANA.

TOMO SEPTIMO.

CON PRIVILEGIO:
EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.
MDCCLXXXXI.

GIL BLAS DE SANTILLANA

HISTORIA GALANTE.

LIBRO DECIMOSEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Prosigue la historia de Isidoro. Hácenle Esclavo; recobra su libertad. Quién era Alí Bey; y qué gran servicio le hizo Isidoro.

QUisiéramos Irene y yo que el dia siguiente prosiguiese Isidoro con la relacion de sus curiosos sucesos; pero no (dixo él) quiero que quanto antes partamos de aquí, y marchemos á Palermo, donde os entregaré á mi buena Madre, pondré en vuestras manos todos mis bienes, y desde allí tomaré prontamente el camino de Roma para darme á conocer al Neofito Dagal, y disponer todo lo necesario para em-

prender nuestro viage á Madagascar. En este corto viage divertiremos la molestia del camino con la fiel relacion que os haré de mis restantes aventuras, las que espero no os parecerán menos singulares que todas las antecedentes. Mantúvose tan firme en esta resolucion, que nos vimos precisados á complacerle. Montamos pues todos tres en un Calesin, y á la salida de Mazara tomamos el camino real que guiaba á la Capital de la Sicilia. Apenas dexamos á las espaldas mi Patria, quando mi fino amigo, sin esperar á que se lo rogásemos, movido únicamente de su buen genio, deseoso de dar gusto, prosiguió el discurso precedente, diciendo así:

Habiendo sentado plaza, como ya sabeis, en Lepanto, y en el Exército Christiano, y destinado con otros á reclutar una Compañía que estaba actualmente de Guarnicion en Nápoles de Romanía, me separé de vosotros con aquel dolor con que se suelen dexar las cosas que se aman. Llegamos á la gran Campiña de Argos tan famosa, no tanto por la memoria (que tòdavía dura) de haber sido la antigua Corte de los descendientes de Atréo, quanto por los mas gloriosos y mas ilustres hechos que representaron en aquel Teatro las varias revoluciones de los Siglos. Estaba acampada en ella buena parte de nuestra Soldadesca, y unido yo al Cuerpo que me correspondia, tuvimos presto noticia de que ya habia entrado en la Moréa el jurado enemigo del nombre Christiano. Nos encer-

cerramos dentro de la Plaza, cuyo sitio fué defendido con mas valor que fortuna. Era superior al doble el número de los Otomanos, y aunque se disminuyó mucho en los asaltos, no eran suficientes nuestras fuerzas para repelerlos. Ya los Turcos orgullosos se habian apoderado de Nápoles, y no se veía otra cosa que terror, espanto, y mortandad. Cada uno pensaba únicamente en librarse de caer en manos de los Bárbaros, escondiendo lo mas precioso que tenia, para trasladarlo despues, si fuese posible, á parage mas seguro, ó enterrándolo donde lo pudiese encontrar en tiempo mas favorable.

En medio de aquella universal confusion, confieso la verdad, como desde mis primeros años estaba yo tan acostumbrado á los mayores rebeses, y á extraordinarias aventuras, no perdí el ánimo, y me hallé reducido á la Esclavitud, sin abandonarme por eso á la desesperacion. Tocóme por Amo un Oficial distinguido llamado Alí Bey, con quien, despues de tomada por los Turcos la Moréa, me embarqué en una Galera que habia de hacerse á la vela para Scio, una de las mas bellas y mas fértiles Islas del Archipiélago. Quando llegamos á la altura de Egina, una borrasca nos hizo perder el rumbo, y el furor de los vientos nos transportó enfrente de las Costas de Candia. Abonanzose aquí el mar, y quando íbamos ya á dar la vuelta, fuimos apresados por un Navío Maltés, que tardó poco en rendirnos, y de esta manera me hallé

llé yo afortunadamente restituido á mi libertad. Luego que arribamos á Malta, deseó verme Alí Bey, el qual era tratado con el mayor esmero, y Caballerosa atencion. Pidió esta gracia á D. Rodrigo de Idiaquez, que era el Capitan del Navío Maltés, y obtenida sin la menor dificultad, retirándome aparte, me dixo: Isidoro, tu eras esclavo mio, y ahora lo soy yo de mis enemigos. Tanta es la inconstancia de las cosas humanas; y solo Dios sabe si dentro de poco tendré yo la misma fortuna que tú. Mi presente esclavitud solamente me es sensible porque me corta el hilo de una traza que tenia yo ideada para llevar á execucion cierto grande pensamiento. Ni habia celebrado la fortuna de tenerte por Esclavo mio, sino porque habiendo conocido á poco que te traté tu índole, tu gran talento, y lo capaz que eras de ayudarme en lo que estaba pensando, determiné desde luego valerme de tí para poner en execucion mis secretas intenciones. Los hombres de espíritu no deben acobardarse, ni mucho menos abandonar sus bien meditadas empresas, porque se encuentren al principio con siniestros é inopinados sucesos; pues yo mismo he visto muchas veces, que tras las desventuras suelen venir inmediatamente las felicidades. Quiero hacer de tí una gran confianza, y es declararte con toda franqueza quién soy yo, quál es mi pasion, y quáles son mis designios, solo con la condicion que me prometas un inviolable secreto. Señor, le

res-

respondí, en órden á eso no debeis tener la menor duda. Será sepultado en lo mas profundo de mi pecho todo aquello que os dignareis de comunicarme. Satisfecho el Turco de mi respuesta, prosiguió de esta manera. Sábete pues que yo no soy Musulman sino de mera apariencia: mi Patria, mi nacimiento, y mi Religion no son diferentes de la tuya. Nací en Italia de Noble Familia, que por ahora no necesitas saber. Pero habiéndome hecho dexar la Patria mi genio inclinado á ver mundo, y viajar, corrí varios Paises, y hallándome en el Cayro, encontré allí quien me hizo inmoble, echándome cadenas á los pies. No sino al corazon; habia de haber dicho, que este fué el verdaderamente encadenado; pues una de las mas fuertes pasiones, si ya no es la mas poderosa y mas violenta que se encendieron en el pecho humano, fué la que en aquella Metrópoli de Egipto triunfó enteramente de todas las potencias de mi alma.

Una Turca de una belleza, y una virtud sin igual fué la causa de mi encanto. No fueron bastantes á expugnarla ni lisonjas, ni promesas, ni regalos, ni una larguísima y obsequiosa servidumbre á que me dediqué por cortejarla. Mostróse siempre impenetrable á todos los atractivos á que no sabe resistir la mayor parte de las mugeres, y mi corazon, que tampoco tuvo fuerza para no ceder á la violencia de un fuego tan impetuoso, formó en fin el intento de hacerla una cierta especie de traycion. Propúsela que apos-

apostataría de mi Religion, con tal que ella me quisiese recibir por su Marido. Esta proposicion fué la que la hizo un poco mas tratable, la que arrancó de su pecho aquella su rígida severidad, y fué en fin la que al cabo la hizo venir á mis brazos. Celebróse con toda solemnidad mi circuncision en la Mezquita Mayor del Cayro. En un punto me ví rodeado de amigos, de honores y de riquezas: porque así se paga entre los Turcos la sacrílega impiedad del que tiene corazon para abjurar nuestra Santa Ley: sin embargo yo siempre conservé estampados en el mio los dogmas de la verdadera Fé; y solamente las acciones exteriores me daban á conocer por un perfecto Musulman. Pero en medio de eso conocia muy bien, que aun aquella sola exterioridad era una gravísima culpa, aunque algunas veces la violencia del amor me cegaba de manera que no me dexaba discernir perfectamente entre el bien y el mal. Pero la conciencia, Ministra fiel de la razon, siempre me estaba despedazando el alma cruelmente, sin que bastasen á hacerme enteramente feliz ni la posesion de mi bella Turca, ni las grandes riquezas que acumulé en breve tiempo. Tenia siempre fixa en el alma la resolucion de volverme al Gremio de la Religion verdadera, llevándome conmigo á mi Muger, la qual, en fuerza del grande amor que me habia cobrado, tambien estaba dispuesta á abrazarla, sin que me hubiese costado gran trabajo el ponerla en aquella buena disposicion.

Pe-

Pero como yo veia por todas partes el riesgo y los peligros de tan ardua empresa, nunca me acerqué al acto de efectuarla.

Publicáronse por este tiempo en todo el basto Imperio del Gran Señor las órdenes de armar contra los Christianos; y yo, de quien el Baxá del Cayro habia dado grandes informes al Gran Visir, fuí llamado á la Corte, no solo para asistir á los Consejos del Divan, sino para concurrir con mi persona á la execucion de los medios que se resolviesen para llevar á dichoso fin la grande empresa que se meditaba. Llevé conmigo á mi amada Muger; y quando se dió órden á las Milicias Otomanas de marchar al Peloponeso, la dexé en Scio, que ya sabes era el Quartel que se nos habia señalado para quando se terminase nuestra Campaña. Ni yo te conducia á tí, y á otros Esclavos Christianos á la mencionada Isla con otro fin, que el de solicitar del Capitan Baxá una Patente para mandar algun Navío, con el qual, ofreciéndose buena ocasion, pudiésemos escapar, y meternos en algun Puerto de Christianos. Pero he aquí, querido mio (continuó cayéndosele las lágrimas) que dieron en tierra todas estas bellas esperanzas. Tú solo, si te da el ánimo para tanto, tú solo las podrás resucitar, ó yo habré de morir de dolor.

Al decir esto, Alí Bey se abandonó mas que nunca á un amargo llanto, apretándome fuertemente las manos, como quien me pedia socorro,

ro, y misericordia. Me movió tambien á mí su dolor, y me causó grandísima compasion, tanto mas, quanto la síncera confesion que me habia hecho de quien era. Verdaderamente me obligaba á mirarle no ya como á un enemigo, y un Infiel, sino como un pecador arrepentido, y buen Christiano. Díxele pues: ánimo Señor, y decidme en qué os puedo servir, pues os prometo y os juro que nada dexaré de hacer por arduo que sea, de todo aquello que pueda contribuir á vuestro consuelo. Alentóse algun tanto, y me respondió: lo que he pensado que se puede hacer es lo siguiente. Entre los que fueron hechos Esclavos conmigo fué uno que es hermano carnal de mi Muger. Ninguno le conoce en Scio, donde esta se halla, porque no estaba en mi compañía quando yo la dexé en aquella Isla. Tú has de fingir que eres el tal hermano, y serás infaliblemente creido quando entregues las credenciales que yo te daré, en las quales prevendré que debe ser reconocido por Capitan de una Compañía de Asiáticos, que poco ha habia conseguido. Te entregaré tambien una Carta para mi Muger, en virtud de la qual ella seguirá siempre tus consejos, y se acomodará á todas las resoluciones, que segun las circunstancias, juzgarès se deben tomar. En todo caso podrás desde luego echar la voz de que vas á restituirla al Cayro, para poder solicitar desde allí mi rescate con mayor comodidad, lo que creerán todos facilmente, y si para cubrir me-

mejor éste pretexto se te ofreciere ocasion de algun Navío Francés, Olandés, ó de Inglés, espero no la malograrás, y que conducirás la cosa al fin que se pretende. Mi Muger tiene dinero y joyas, con lo qual te será fácil vencer la codicia del que muestre alguna repugnancia á cooperar á una fuga, que finalmente nunca se considerará de mucha conseqüencia. Dicho esto, calló, y fixó los ojos en mí mirándome con alguna suspension, como quien esperaba dudoso mi respuesta. Siempre fueron muy conformes á mi genio las empresas dificiles y arriesgadas. Eralo mucho el volver á meterme entre los Turcos para executar aquella especie de rapto proyectado: y por lo mismo ninguna duda tuve en ofrecerme á practicarle. Por tanto solamente le respondí: Señor espero que quedareis bien servido. ¿Pero cómo estamos de dinero? ¿Os quitaron todo el que teníais quando nos apresaron, ó tuvisteis modo de reservar escondida alguna buena suma? Ya sabeis que yo soy pobre, y que para viajar hasta Scio se necesita no poca provision de cequies, particularmente en las presentes circunstancias. Eso no te dé cuidado, me respondió, porque tuve modo de coser entre el forro de mis vestidos una decente cantidad no solo de oro, sino tambien de joyas de mucho valor. Todo se te entregará presto juntamente con las credenciales, y Carta para mi Muger, de que ya te tengo hablado. Todo está bien, respondí: mañana nos vol-

veremos á ver, y ahora voy derecho al Puerto, por si encuentro en él alguna embarcacion de Christianos amigos de la Puerta, que esté de viage para el Archipiélago.

CAPITULO II.

Viage de Isidoro á Scio. Como le recibió la Muger de Alí Bey, y él se enamora de Anastasia Dimitraqui.

Con efecto hallé en él un Navío de Marsella que habia de hacer escala en Candia, y desde allí pasar á Smirna. Concerté con el Capitan que me dexase en Scio, y volviendo el dia siguiente á verme con Alí Bey, saltaba de alegria quando me oyó la fortuna que habia tenido en el primer paso que habia dado mi deseo de servirle. Despues me tomé la libertad de hablarle en esta substancia: Señor y venerado Amo mio, puesto que yo me voy á exponer á tan gran peligro por vuestro amor, y por vuestro bien, será menester que vos con actos sínceros y solemnes de arrepentimiento y de dolor abjureis aquí vuestra apostasía. Así merecereis que el Cielo coopere á vuestra buena intencion, y que restituida una pobre oveja descarriada á su rebaño, se siga despues la conquista de otra que jamas habia estado en él. Así lo executaré inmediatamente, respondió Alí Bey, y quando vuelvas con mi Esposa confio en Dios que me encon-

contrarás como deseas. Me entregó entónces el oro y las joyas de que me habia hablado juntamente con las credenciales, y la Carta. Despedime de él, y despues que hice alguna provision para mi viage, pasé abórdo del Navío Francés, el qual estaba ya para levar áncoras. Luego que entré en él entablé amistad con un Maestro de Lenguas, que enseñaba á los Pasageros la lengua Turca; porque si bien durante mi esclavitud habia aprendido alguna cosa de ella, todavía me pareció necesario instruirme un poco mas, por lo menos aquello que bastase para hacer bien y con decencia el personage que iba á representar. Es verdad, que suponiéndose de Egipto el tal personage, poco importaba que yo no hablase con expedicion la lengua usual y comun de los Turcos Européos, y así me persuadí que qualquiera corta provision de los términos mas necesarios que adquiriese de nuevo, seria mas que suficiente para que todos me tuviesen por la persona que fingia. Nuestra detencion en Candia fué de pocos dias; y desde allí enderezamos la proa hácia el Archipiélago. Con toda verdad se puede decir que este es el Jardin de todos los Mares. La multitud y variedad de Islas ya de menor, ya de mayor circunferencia, pero todas igualmente fértiles y deliciosas, hace tan divertida la navegacion, que enteramente se borran de la memoria todos los peligros que esta trae consigo. En pocos dias descubrimos la Isla de Scio, *meta*, y término de mi

mi viage. Está situada esta Isla enfrente á la Tierra firme de la Natolia, justamente en aquel sitio que en tiempos antiguos ocupaba el famoso Reyno de Creso. No quiso entrar en el Puerto de aquella Isla el Capitan de mi Nave por no alterar el rumbo, pero me llevó á tierra en el Palischermo, dexándome en un sitio distante casi seis millas de la Ciudad. Esto me dió grandísimo gusto, porque de esa manera se hacia mas dificil á la curiosidad de aquellos que todo lo quieren saber, el indagar si yo era verdaderamente el Sugeto que queria dar á entender. El lugar donde desembarqué era un Pueblo con muchas casas habitadas por la mayor parte de Christianos Cismáticos; pero habia en él algunos Turcos que tenian allí sus *Timarris*, ó posesiones. Todos querian informarse de quién era yo; pero supe representar tan al vivo mi papel, que todos me creyeron ser hermano de la Esposa de Alí Bey. Conté la desgracia que le habia sucedido, pero que yo habia tenido la fortuna de escaparme, forjando allí mismo y de repente una fábula que pareció á todos muy natural: díles buena razon de los sucesos de la guerra en la Moréa; y en fin satisfice plenamente la curiosidad de los que me fatigaban con sus preguntas. Alojáronme en casa de un Timarrioto, que estaba vecino á otra de un natural de la misma Isla. Este era Padre de una bellísima prole femenina, que consistia en tres hermosísimas Doncellas, que se podian comparar con

con las tres Gracias, porque al parecer no podian ser hijas de otra Madre que de Venus, la qual, segun la Fábula, fué la Madre de aquellas. Confieso la verdad, quisiera no salir en toda mi vida de aquel afortunado Pueblo. Tanto me encantó la vista de aquellas hijas de la Hermosura misma. Pues que? pregunté yo entónces á Isidoro interrumpiéndole: ¿tan peligrosas son las Griegas para los hombres? Yo no sé lo que serán las otras, me respondió: pero las de Scio puedo asegurar que lo son, como se verá por lo que despues diré.

Por entónces me hice á mí mismo toda la violencia que pude, respecto de aquel primer encanto, y reprimí desde el principio los fogosos estímulos de una concupiscencia demasiadamente importuna, considerando que en las circunstancias debia pensar en cosas de mayor importancia y seriedad que la de enamorarme; y me dediqué enteramente á discurrir el modo de presentarme á la Esposa de Alí Bey, sin peligro de que, cogiéndola de repente y desprevenida, no arruinase ella misma la máquina que yo estaba fabricando. Con este fin me pareció seria muy conveniente enviarla la Carta de su Marido antes que yo me dexase ver de ella, para que así se dispusiese á promover los pasos que se daban, y medios que se habian tomado para facilitar su fuga. Fingiéndome pues indispuesto, y que por esta razon no podia pasar aquel dia á la Ciudad, supliqué al Turco, en cu-

cuya casa estaba, me hiciese el gusto de despachar un Criado fiel que la entregase el pliego de su Esposo, y la diese noticia de mi feliz arribo á la Isla; porque la pobre, añadí, estará ansiosa de saber de dos personas que la tocan tan de cerca, y es razon consolarla, sin dexarla penar mas con la incertidumbre de su suerte. No se detuvo un momento el Turco en complacerme. Inmediatamente despachó al Criado con el pliego, y tárdó poco en volver con la respuesta, la qual se reducia, que tanto como la habia afligido la noticia que ya tenia de antemano de la Esclavitud de su Marido, tanto se habia consolado con el gusto de saber que su hermano estaba en libertad, y con la próxîma esperanza de verle, cuyo consuelo le suplicaba no la dilatase.

Con efecto la mañana siguiente partí á Scio, y conducido á la casa de la Esposa del ilustre Esclavo, al presente, y en otro tiempo Amo mio, la qual Señora se llamaba Despina, me recibió con las mas tiernas y mas convincentes demonstraciones que se podian desear para hacer creer que yo era verdaderamente hermano suyo. Halléme con una Muger mucho mas hermosa, y mucho mas capaz de lo que su Esposo me la habia pintado. Siempre estaba en su quarto, servida de sus Esclavas, y de algunos Eunucos. Su vestir era modestísimo, y en todas sus conversaciones se descubria un juicio, y una prudencia superior al comun de las de su

se-

sexô. Luego que quedamos solos comenzamos á tratar del modo con que se habia de disponer nuestra fuga: y aunque ella deseaba con las mayores ansias ver quanto antes á su querido Consorte, y correr con él una misma fortuna, nunca consintió en proyecto alguno que fuese menos cauto, ó menos prudente: exâminó maduramente el que Alí Bey me habia sugerido, y conociendo en él muy probable la esperanza del buen éxîto, le abrazó prontamente, y se determinó esperar el arribo al Puerto de alguna Nave que perteneciese á alguna de las Naciones Christianas que estaban en paz con los Turcos, concertando con el Capitan que echase la voz de que nos conducia á Alexandria de Egipto, y despues que nos hubiésemos embarcado, en llegando á cierta altura virase de bordo á la Isla de Malta. Tomé de mi cargo estar á la vista, y con este fin todos los dias me iba á pasear al Puerto. Con esta ocasion entablé conocimiento y amistad con algunos Isleños de Scio, y se me proporcionó tambien el gusto de ver las Mugeres de aquella Isla. Quasi todas son de una extremada hermosura; pero entre todas la que me pareció mas digna de ser mirada, y aun admirada con parcialidad, fué la de una tal Anastasia Dimitraqui, hija de un rico Ciudadano. Podia tener como de 18 á 20 años, y era de un espíritu que se acercaba mucho al varonil. Dos bellísimos ojos negros y vivos, eran todo el adorno de su espaciosa frente,

te, brillando á la sombra de dos negrísimas cejas, y vibrando ciertas modestas pero encendidas miradas que encantaban los corazones. Contentábase su boca con un espacio muy breve, y quando se abrian sus labios de púrpura ó de escarlata, se dexaban ver unos dientes menudos, iguales, y tan blancos, que no envidiaban la blancura del marfil. Sus mexillas parecian sembradas de rosas y de azucenas, y todos los demas miembros correspondientes y proporcionados para formar la mas perfecta simetría de su gentil y garbosísimo cuerpo, el mas ayroso y mejor distribuido que parecia poder la Naturaleza producir. Todo esto se me representaba con tanta viveza, y con tanta singularidad, que no encuentro voces para explicarlo. Con tu licencia, le repliqué yo, eso último no es verdad; porque antes bien parece que la tal milagrosa belleza te ha hecho de repente un perfecto y eloqüentísimo Orador; puesto que has sabido representar con tanta viveza y con tanta propiedad la terrible fuerza de sus pupilas, la hermosura de su boca, el candor de sus dientes, y en fin el exquisito color de sus mexillas. Ademas de eso aquella misma reticencia que pretendiste usar en órden á los demas miembros de aquella animada perfectísima máquina es una figura ó artificio Retórico, que ni Aristóteles, ni Tulio sabrian practicarle mejor para explicar mucho mas de aquello que se quiere decir. Pero prosigue adelante, y dinos en pocas palabras qué efec-

efecto hizo en tí la vista de aquel retrato tan parecido á la antigua Mugér de Menelao. En dos palabras lo diré, respondió Isidoro. Me enamoré tan ciegamente de aquella verdadera copia de la Madre del Amor, que no podia pensar en otra cosa que en ella. En la mesa, en la cama, en el Templo, y en todas partes donde me hallaba la tenia siempre muy presente á los ojos. Muchas veces sin advertirlo yo mismo, me llevaban mis pies á la calle donde vivia, y parándome en pie derecho é inmoble enfrente de sus ventanas, parecia una de aquellas estátuas de Mercurio que antiguamente se veían en medio de las calles de Atenas. Habia desaparecido de mi corazon toda aquella gran superioridad de espíritu que habia mostrado, quando me hallé con aquellas tres hermanas, de que hice poco ha mencion. Ya no pensaba siquiera en espiar la ocasion de efectuar quanto antes el embarco proyectado, antes bien parecia que mi viage á Scio, se habia hecho con fin muy diferente que el de conducir fuera de aquella Isla á la Muger de Alí Bey.

En la estraña inquietud en que me tenia enredado este nuevo amor ninguna cosa me dolia mas que la gran dificultad de poder lograr una secreta conversacion con mi bellísima Griega. Veíame yo precisado á representar el papel de un Musulman: esto bastaba para que me fuese entredicha toda comunicacion con una Doncella de rito diferente. No obstante, por no dexar de

probar qualquiera medio que me pudiese conducir al fin que deseaba, me procuré informar muy por menor de quiénes eran sus Criados. Este fué el mejor consejo que pude tomar, y aquel que justamente me abrió el camino para el logro de mis ansiosos deseos. Y el caso pasó de esta manera.

CAPITULO III.

Entabla Isidoro amistad con un Esclavo, y este habla á su Amante. Dispónese la fuga de Scio, la qual se efectuó, como tambien la conducci á Malta de la Muger de Ali Bey.

Supe que habia en la Familia un Esclavo Italiano derrengado, tuerto, y la mas fea figura del mundo, pero ladino y robusto, que solo servia de Mozo de Caballeriza en la casa del Padre de Anastasia, y desde luego hice ánimo de solicitár su amistad. Con este fin de propósito me dexaba ver en los parages que él freqüentaba, y afectando un dia haberle encontrado por casualidad, le rogué que me hiciese cierto pequeño servicio: hízomele, y yo se lo pagué tan liberalmente, que se me mostró aficionadísimo. Repetí algunas veces lo mismo, y quando me pareció que ya estaba madura la pera, y que me podia prometer buen éxito, determiné no perder tiempo; y habiéndole dicho

que

que tenia necesidad de hablarle en cierto sitio poco freqüentado de la gente, estuvo prontísimo y puntualísimo en concurrir á él. Nicolás (le dixe, porque así se llamaba) sé muy bien que todos los Esclavos, y particularmente aquellos que estan muy distantes de su Patria, ninguna cosa desean tanto como volver á cobrar su libertad. Esta es el mayor de todos los bienes, y yo estoy muy persuadido á que tú no le desearás menos que todos los demas hombres. Yo te doy palabra de hacértelo gozar, con tal que quieras ayudarme en una cosa que infinitamente me interesa. Señor, me respondió, decidme en qué os puedo servir, y no dudo que quedareis contento de mí. Entónces le declaré, en aquella manera que me sugeria mi amor, lo furiosamente que estaba enamorado de su Ama, tanto que en fuerza de mi cruel pasion, tenia envidia á su misma esclavitud, pues mediante ella lograba la fortuna de poderla hablar alguna vez.

Quedó altamente sorprehendido el Esclavo al oirme hablar así, y casi temblando me respondió: Señor, es sumamente dificil la empresa á que aspirais, lisongeándoos de poder superarla. Mi Ama, siendo como es de una Religion distinta de la vuestra, nunca podrá resolverse á condescender con vuestra pasion. Por tanto Señor, desterrad de vuestro corazon todo pensamiento por ella: esto á mi ver os tendrá á vos mucha cuenta. No es esto lo que yo te pe-

pedí (le repliqué) y tú me prometiste poco ha. Yo no te pedí consejos, sino ayuda; y tú me prometiste ayuda, y no consejos. ¿Es cosa tan grande, ni tan dificil el procurar que á lo menos pueda yo hablar á solas con ella una media hora? Puede ser que lo que tengo que decirla baste para vencer todas las dificultades, y allanar todos los impedimentos que se encuentran entre su condicion y la mia. Pues qué? (replicó el Esclavo) ¿quereis haceros Christiano? Puede ser aun esto, le respondí. ¿Pero cómo ha de poder ser (me tornó á replicar) en un Lugar, de que es Señor y Dueño el mismo que es la Cabeza de la Secta Mahometana? Yo no he dicho (le volví á responder) que quiero hacerme Christiano aquí; pero tú ya sabes que se puede escapar ó ir á tierra de Christianos, para lo qual, siendo necesario, tengo ya tomadas medidas muy seguras, sin peligro de ser detenido, ni arrestado. Has de saber que yo poseo grandes riquezas, y que nunca seré pobre aunque mude de Religion. Y por lo que toca á tí está cierto de que nunca te arrepentirás de haber cooperado á una cosa que puede hacer toda mi felicidad. Siendo eso así (repuso Nicolás ya mas sereno) dadme un dia de tiempo para pensarlo, y os daré despues una respuesta categórica. Con efecto me buscó el dia siguiente Nicolás: y me dixo: Señor antes de declarar lo que he resuelto es menester me confieis de qué manera se ha de executar la fuga de que me ha-

hablasteis ayer. Entónces le descubrí francamente quién era verdaderamente yo, porque aunque este descubrimiento podia ser el paso mas peligroso; pero la grandeza de mi amor no me dexaba considerar lo mucho á que me arriesgaba, dándome á conocer á un Esclavo, de cuya fidelidad ninguna prueba tenia. Mientras tanto el tal Esclavo dió muestras de haberse alegrado mucho con la noticia de que yo fuese Italiano, y quando entendió el objeto de mi venida á Scio, y el modo con que pensaba partir de aquella Isla, aprobó mi proyecto grandemente, prometiéndome hacer todo lo posible para reducir á su Ama á que se viniese conmigo. Ya ella ha conocido (añadió) la pasion que teniais por ella, y mas de una vez se me explicó, diciendo era gran lástima que profesáseis una ley tan incompatible con los deseos de su corazon, y del vuestro. De cuyas expresiones podeis comprehender la inclinacion con que os mira, y que en sabiendo que no sois Musulman, ninguna dificultad tendrá en declararse vuestra amante. No os olvideis, pues, de la palabra que me habeis dado, y una vez que me querais llevar con vosotros, y librarme de esta esclavitud, no dudeis del buen éxito de la empresa. En órden á eso (le respondí) está bien seguro de que te mantendré religiosamente mi palabra. Tú lograrás tu libertad, porque yo no partiré de esta Isla mientras tú no vengas en mi compañía, para que pueda mostrarte mi agrade-

decimiento á tus servicios. Dicho esto, arrebatado de un gran transporte de júbilo, le dí un gran beeso, sin reparar en el mal olor que exhalaba su feo y sucio cuerpo. Separéme de él, y desde aquel mismo dia, que era para mí la época feliz de mis amores, hice todas las diligencias que pude para encontrar ocasion pronta y oportuna respecto á nuestro viage, del que ciertamente, sin aquel nuevo empeño, no me acordaria, olvidado enteramente de Alí Bey, tanto que todavía á la hora de esta me hallaria en Scio.

Mientras las cosas se disponian, pude lograr mediante el Esclavo, varios secretos coloquios con la bella Anastasia, y tanto en sus discursos, como en todos sus graciosísimos modales, descubrí mayores y mas poderosos atractivos para tenerme cada dia mas y mas aprisionado. No se puede negar que las Griegas, con exceso al comun de las demas Mugeres, tienen ciertas gracias particulares para hacerse dueñas de los corazones de los hombres. Mostrábase Anastasia muy satisfecha de mi amor, y me daba claras y convincentes señales de que yo habia logrado la afortunada adquisicion de todos sus afectos. Isidoro mio (me decia algunas veces) ¿quando llegará aquel dichoso dia, en que sin reparo, ni temor alguno pueda yo gozar de una plena, y cumplida felicidad? Con estas y semejantes expresiones se nos hacia cada dia mas dulce nuestra amorosa conversacion. Pero yo aun no habia

bia podido comprehender qué medio tenia pensado el Esclavo para que la bella Griega pudiese salir de casa de su Padre, sin peligro de ser descubierta. Parecíame un empeño expuesto á grandísimas dificultades; y por una parte el deseo de que saliese bien, por otra el temor de que no correspondiese el suceso á la esperanza con las funestas conseqüencias que podia producir, me tenian en una perpetua y cruel agitacion. Para librarme de ella, un dia que hablaba con el Esclavo le rogué apretadamente que me dixese en confianza, qué era lo que pensaba hacer para asegurar la fuga de Anastasia. Señor, me respondió, en sabiendo que está ya dispuesto todo lo que es menester para nuestro viage, procuraré que el Padre de mi Ama la dé licencia para ir á divertirse por algunos dias, como lo suele hacer en este tiempo de Verano en que nos hallamos, á una Quinta de la casa, situada á la orilla del mar. No creo, que el Padre tenga la menor dificultad en darla este gusto, porque no es capaz de negatla cosa alguna, siendo las niñas de sus ojos, por ser única, y como tal dueña absoluta de su corazon. No la acompañará mas que una Esclava; como siempre se ha hecho. A esta la tengo yo ya catequizada, y muy dispuesta á seguir nuestra fortuna, y quizá seré yo tambien nombrado para servirla; pero en caso de no serlo, no me será dificultoso escaparme en secreto á la misma Quinta la noche que vos me avisareis estar

tar destinada para nuestra fuga. Quando llegareis con vuestro Navío á la altura del sitio donde se hallará mi Ama (del que yo tendré cuidado de avisaros preventivamente) enviareis á tierra el esquife, y sin mas detencion que la de una media hora, la vereis en vuestros brazos.

Con efecto (por ahorrar de palabras) todo se executó así ni mas ni menos. Habiendo aportado á Scio una Fragata Inglesa hablé luego con el Capitan, que por fortuna era un hombre muy de bien, de gran garbo, y muy discreto. Mediante una bolsa de Sultaninos que le prometí, convino luego en que echaria la voz de ir á hacer escala en Alexandría de Egipto, empeñándome su palabra de honor de que cooperaría á nuestra fuga con toda fidelidad y secreto. Embarquéme pues con la Muger de Alí Bey, que llevó consigo todo lo mas precioso que tenia. Avisado con tiempo Nicolás del dia preciso de nuestro embarco, dispuso por su parte todo lo necesario, y Anastasia fué felizmente transbordada á nuestro Navío, juntamente con su Esclava, y las no pocas riquezas que habia sacado de casa de su Padre. El Capitan Inglés, para alucinar á los curiosos, y que no se conociese por los que le podian seguir el verdadero rumbo de su Vaso, dió diferentes bordos á poca distancia de la Natolia, y volviendo despues la proa al Poniente con la direccion hácia la Moréa, y sin tocar jamas en tierra, dexadas á las espaldas las famosas Cicladas, se halló en

la

la altura de Cerigo, de donde en pocos dias de una feliz navegacion, nos vimos en las aguas de Sicilia. No creo que el Mar hubiese estado jamas en mayor calma, ni que soplasen en él mas prósperos los vientos. Parecia que Neptuno y Eolo se habian empeñado á competencia en favorecer nuestros barcos, como lo habian hecho en otro tiempo con aquel en que conducia Júpiter á su arrebatada Europa. Halléme yo entónces el hombre mas contento del mundo, y Anastasia no lo estaba menos que yo. Por lo que toca á la Esposa de Alí Bey tenia la mayor impaciencia que se puede imaginar por ver quanto antes á su amantísimo Marido; y nuestro Capitan estaba muy glorioso por haber contribuido á una obra que habia de ser el colmo, y la corona de todos nuestros consuelos. Al descubrir desde lejos la Isla de Malta, en qué excesos de voces y de alègria no se desahogaron nuestros oprimidos corazones! Era tan grande nuestro gozo, quanto lo habia sido hasta allí el susto, y el temor de que nos viniesen siguiendo, alcanzasen y arrestasen. Nôs dábamos recíprocamente mil parabienes, y tanto, que se podia dudar si en las demonstraciones de nuestra alegria entraba por lo menos tanta parte de fanatismo como de razon. Luego qué desembarcamos en el Puerto se esparció la voz de mi arribo, porque habiendo abjurado ya solemnemente Alí Bey su apostasía, se habia hecho notorio á todos el motivo de mi viage, y como los mas estaban persuadidos á que era poco menos
 que

que imposible el empeño de arrancar de las manos de los Turcos á su Muger, viendo vencido por mi diligencia este imposible, me consideraban un hombre singular, de una capacidad, y de una destreza incomparable. No fué el buen Alí el último que lo supo. Voló prontamente al Puerto, dióme mil abrazos, y protestó que á ningun hombre del mundo habia debido tanto como á mí. Las demostraciones de júbilo y de ternura que recíprocamente se dieron los dos amantes Esposos, será mas fácil á ustedes concebirlas que á mí explicarlas. El menor testimonio de su interno gozo en que recíprocamente prorrumpieron, fueron las dulcísimas lágrimas que derramaron. No creo que Ulises, ni Penelope, al volverse á ver despues de tan larga ausencia, hubiesen desempeñado con mayor perfeccion los inevitables afectos del amor conyugal, que lo hicieron aquellos dos ternísimos Esposos.

CAPITULO IV.

Como agradeció Alí Bey á Isidoro el servicio que le habia hecho, y como agradeció este al Esclavo Nicolas el que habia recibido de él. Parten de Malta, arriban á Plasencia, y la graciosa conversacion que tuvo con el Médico, á quien habia aconsejado que curase á los enfermos al rebes de lo que hacian los otros.

Pasados aquellos primeros desahogos del universal alborozo, el mayor cuidado de Alí Bey fué

fué darme pruebas de su agradecimiento al importante servicio que le habia hecho. Amigo, me dixo, el gran servicio que he recibido de tí es de aquellos que son superiores á todo condigno agradecimiento. Quanto obligado me reconozca yo á tu fineza, lo podrás conocer por el concepto en que estoy de que ni todo lo que poseo, ni todo quanto puedo poseer en este mundo, lo juzgo bastante para remunerarla, ni mucho menos para aquietar mi gratitud. Sola tu moderacion podrá hacer que los dos quedemos contentos: tú con recibir lo que yo te puedo dar, y yo con darte lo que puede ser de tu gusto. Señor, le respondí, el honor de haberos servido con alguna felicidad, seria el mayor y único premio á que jamas podria aspirar, si yo no me hallára en la obligacion de recompensar un beneficio que se me ha hecho á mí, muy parecido al servicio que yo he tenido la fortuna de haceros á vos. Soy deudor del tal servicio á un hombre que ha venido con nosotros, el qual me facilitó la posesion de una Doncellita Griega de la mayor belleza, y de superior espíritu: de manera, que considerándome yo tan feliz por la adquisicion de esta hermosa prenda, como vos por el recobro de vuestra bellísima Esposa, así tambien quisiera explicar mi agradecimiento con aquel hombre, ni mas ni menos como vos no quisiérais parecer ingrato conmigo. En virtud de lo qual os suplico, que os sirvais de hacer con él todo aquello que pen-

pensabais conmigo practicar. Quiso entónces informarse Alí Bey de toda la historia de Anastasia; y despues quise yo presentársela juntamente con el Esclavo Nicolas. Has hecho muy bien, me dixo riendo, en hacerme ver á un mismo tiempo estas dos figuras tan contrarias; porque la extraordinaria belleza de la una resalta mucho mas al lado de la feísima deformidad de la otra. Celebro mucho el buen gusto que tuviste en apasionarte por esta hermosísima criatura, y no celebro menos tu noble y generoso deseo de manifestar tu gratitud á quien te sirvió con tanta felicidad en tan envidiable conquista. Corre de mi cuenta dar al Esclavo una recompensa que corresponda á la importancia del servicio que te ha hecho; pero quiero al mismo tiempo que tú tambien experimentes algunos efectos de mi cordialidad. Mi ánimo es que tú seas tan dueño de mis riquezas como lo soy yo, no menos que de todos los bienes, cuya posesion iré á tomar quanto antes á mi Patria. Espero no me harás el desayre, ni me darás el disgusto de no aceptar una oferta, que solo puede satisfacer en parte á mi suma gratitud. No me pude resistir á tan generoso convite, y desde aquel mismo dia me consideré como si fuese hermano de Alí Bey. Descubrióme quién era, como habia nacido en Pavía, y que su verdadero nombre era Ildefonso, de los Condes Torgioli. Regaló á Nicolas con cien cequines, prometiéndole un empleo muy decente, si quisiese entrar

en

en muestro servicio. Ninguna dificultad tuvo el Esclavo en admitir con los brazos abiertos la proposicion, siendo para él un partido tan ventajoso; y así despues que la bella Egipcia recibió el Santo bautismo, y se practicaron las demas formalidades necesarias para que se efectuase el matrimonio de los dos, nos embarcamos todos en una Galera Genovesa, y saltamos en tierra en S. Pedro de Arenas, de donde, sin perder tiempo, partimos en derechura á la antigua Corte de los Longobardos.

Al pasar por Plasencia me acordé de la paliza con que me habia regalado aquel famoso Parasito petardista: por cuya cruel memoria quisiera yo salir volando de aquella Ciudad, sino hubiera prevalecido en mí la vivísima curiosidad de saber cómo lo pasaba aquel Médico á quien habia enseñado á curar los enfermos, siguiendo un rumbo enteramente contrario al de todos los demas. Hallé que se habia hecho el mas famoso entre todos los discípulos de Hipócrates, y que no solo en su Patria, sino tambien en todos los Paises circunvecinos era tenido por un segundo Esculapio. Con estas noticias quise tomarme el trabajo de irle á visitar, para ver si se acordaba de mí.

Habitaba una bella casa, á cuyas espaldas tenia un Jardin Botánico lleno de los mas raros y exquisitos simples que el Matioli nos dexó escritos y recomendados. Los Aloes, y demas plantas Africanas se dexaban ver en grande copia,

ex-

expuestas al exâmen, tacto, y olfato de todos; pero la Sabina, á quien se atribuye una singular virtud, estaba zelosa, y cuidadosamente encerrada en un quadro, rodeado todo de rejas de hierro, con el prudente fin de precaver inconvenientes. Luego que entraron recado al Señor Dotor de que estaba allí un forastero que deseaba besarle la mano, me hizo entrar en su Estudio lleno todo de libros, y á trechos algunos nichos ocupados con varios Esqueletos humanos, ya grandes, ya pequeños, y en diferentes ampollas de cristal muchos abortos, y embriones de diversos tamaños y figuras, la mayor parte á medio organizar. Al principio no me conoció, pero habiéndole preguntado yo, si observaba todavía el sistema que el Astrólogo le habia enseñado, mirándome entónces con mayor atencion, se acordó de mis facciones, y levantándose de repente de la silla me dió un estrecho abrazo todo alborozado, diciéndome: seais Señor bien venido: á vos debo todo lo que soy, y todo lo que valgo. El gran crédito que logro todo es efecto de la discretísima leccion que me disteis, y todavía me veria confundido entre la ínfima plebe de los Médicos, sino hubiera tenido la fortuna de conoceros. Grandísimas curas he hecho solo con recetar al rebes de todos los otros mis con-Profesores. Muchísimos enfermos que ya habian metido un pie en la funesta Barca de Aqueronte, felizmente le retiraron, gracias á vuestro incom-

pa-

parable sistema: tanto, que ahora todos me apellidan por Antonomasia *el Dotor Taumaturgo.* Ahora mismo estaba escribiendo una Consulta para una gran Dama de Milan. Padece estremamente de accidentes Istéricos. Las freqüentes emisiones de sangre, y los olores mas pestilenciales, son los remedios ordinarios que prescribe el Arte, y los que en el dia logran la universal aprobacion. Pero yo practico otro método. No permito que se toque á la vena, quiero que los olores ó perfumes mas suaves y mas exquisitos abatan y precipiten las exâltaciones que se forman en el útero, y suben á infestar el corazon, las fauces, y la cabeza. A este propósito (le interrumpí yo diciéndole) ¿se acordará usted de aquel aforismo de Hipócrates, tratando de las Mugeres Istéricas: *Sino estan casadas que se casen?* No por cierto, respondió el Médico: antes bien si son casadas, quisiera yo que se descasasen. Oh! eso no, Señor Dotor, le repliqué con viveza: guárdese usted bien de sugerir semejante máxîma á ninguna muger: no será menester mas para tenerlas á todas por enemigas. Ninguna cosa oyen con mayor gusto que el dulcísimo nombre de matrimonio: ni para ellas hay pena mayor, que verse privadas del título de Esposas. Sea todo eso así, replicó el Dotor: no por eso dexaré yo de tener siempre por cierto, que para tener mas distantes los perniciosos efectos de la matriz, es mucho mejor el celibato que el matrimonio. Iba él á proponerme las ra-

zo-

zones que tenia para ser de esta opinion, quando entró un Criado que nos interrumpió diciendo á su Amo, que estaba en la Antesala una Señorita de distincion que le queria hablar dos palabras en secreto. Retiraos amigo, me dixo luego, y meteos en aquel Gabinetillo de enfrente, desde donde podreis oir lo que me dixere esta Señorita.

Retiréme, y por un cierto augerito ví entrar una Muger cubierta con su manto, bien vestida, y de un ayre no menos noble que Cortesano y garboso. Descubrióse modestamente á la presencia del Físico, y pude reconocer que no era fea, ni muy entrada en años, sino bastantemente bien parecida, y de fresca edad. Sentaos, Señora, la dixo el Médico, y decidme en qué os puedo servir. Observé que la pobre Señorita mudó luego de color, y que en dos momentos sucesivos se puso pálida como una difunta, y encendida como una escarlata: queria hablar, y no sabia cómo dar principio. Abria la boca, y luego la cerraba, como si entre el pecho y los labios se atravesase algun impedimento, que tuviese aprisionada la lengua. No tengais Señora el mas mínimo reparo, la dixo entónces el Dotor: decidme con toda libertad qué es lo que padeceis, bien asegurada de que ninguna alma viviente sabrá jamas lo que es. Al oir estas palabras, se echó á llorar la pobre Señorita, y el Dotor, que era el hombre mas compasivo del mundo, arrimándose á ella la dixo: Madamita,

ta, ¿que quiere decir esto? ¿Habeis venido á honrar mi casa, y mi persona para comunicarme alguna vuestra oculta indisposicion, y no me la declarais? Pues qué? ¿me teneis por alguno de aquellos Médicos imprudentes, que no sepa que todos, hombres y mugeres, grandes y pequeños, plebeyos y Nobles, todos somos miserables, y como tales sujetos á mil flaquezas y miserias? Señora, yo he tenido muchas ocasiones de tratar con otras de la misma clase vuestra, y gracias al Cielo ninguna ha tenido motivo para quejarse de mí. Todo lo que me confiareis, quedará eternamente sepultado en lo mas profundo de mi pecho; y aunque vos fuerais la primera Dama de Plasencia, y aun de toda Italia, ninguno penetrará jamas que hayais entrado en mi Estudio á consultarme cosa que pertenezca á vuestra salud. Parecia que con este discurso habia cobrado ánimo aquella Señorita; pero quando queria esforzarse á explicar el mal que la incomodaba; las palabras que ya iban á salir por los labios, retrocedian al pecho de repente: tanto que oí á mi buen Dotor comenzar á hacerla puntualmente aquellas mismas preguntas que hacen los Jueces Criminales á los que estan procesados de algunos delitos. Decidme Señora (la preguntaba) ¿os mortifica por ventura alguna molesta disenteria? ¿La naturaleza se muestra acaso avara, ó poco liberal con vos de aquellas evaquaciones que en el estado en que os hallais son tan necesarias á las de vues-

tro sexô? ¿Teneis alguna interna incomodidad que pueda haceros menos fácil el Santo matrimonio? ¿Experimentais algun excesivo fluxo como v. g. aquel que es enteramente contrario á la retencion de orina? ¿ó acaso os huele mal el aliento? Decidme sin reparo todo lo que sintiereis, que yo os juro por el alma de Esculapio, que á todo daré providencia, y de todo quedareis perfectamente curada.

Al oir yo aquellas preguntas tan curiosas no podia contener la risa, y me ví precisado á taparme la boca con lo primero que se me vino á la mano, por no hacer ruido, ni ser causa de que se interrumpiese tan singular, é interesante interrogatorio. Noté mientras tanto que la Damita hacia con la cabeza ciertos movimientos negativos á todas las referidas preguntas, de manera que el Médico, el qual estaba tan arrimado á ella, que apenas podria entrar un sutilísimo hilo entre cara y cara, desviándose de repente en ayre de enfadado: ¿pues qué diantres es lo que teneis? la replicó. Al oir esto la vergonzosa Señorita, sin responder palabra segunda vez echó á llorar amargamente. Enternecido entónces mas que nunca el compasivo Dotor, volvió á acercársela de nuevo, y cogiéndola la mano con mucho cariño: decidme hija, ¿pues qué es lo que teneis? A esta nueva inquisicion del Dotor Taumaturgo, enmudeció la Damita, y sin afirmar ni negar, ni hacer gesto alguno que se pudiese interpretar á negativa,

le

le parecia al Médico que tácitamente afirmaba lo que él pensaba, y así por este indicio tuvo para sí por cierto que habia dado en quál era su verdadero mal, Señora, la dixo, estad alegre, que sin duda os pondré yo sana. Para cosa semejante á ninguno podiais recurrir mejor que á mí, aun quando estuviera ahora en el mundo el mismo Fracastorio. Entónces la Damita revistiéndose de alguna seriedad, y dando un grande suspiro con semblante abatido, y melancólico: Ah Señor! le respondió. Mi mal es mucho mayor que el mal Francés. ¿Pues qué mal es ese, la replicó el Físico, por el qual habeis venido á poneros en mis manos? No es otro (respondió ya mas animada la Señora) sino que estoy preñada. Y para informar á usted brevemente de esta mi desgracia, sepa, que soy hija única y heredera de un Caballero de este Pais tan rico como noble. Enamoréme de un Criado de mi casa, y ya ni mi reputacion, ni mi vida tienen otro remedio que el que pueden esperar de vuestra gran sabiduria y de vuestra Arte. Con el pretexto de ir á la Iglesia, me he venido á vuestra casa, y creedme que no me ha costado poco rubor la necesidad de manifestar á un hombre mi flaqueza. Sirvaos de estímulo esta mi vergüenza, para aconsejaros con todas las potencias de vuestra alma, sobre la prontitud, la seguridad, y el modo de consolarme. Madama, la dixo, ¿y qué mal es el estar preñada? parireis, y se acabará vuestro mal. ¿Pero quá-

quáles serán las conseqüencias? replicó ella. Seré maltratada de mi Padre, será inevitable mi muerte, y quando nada de esto sucediese, seré sin duda la fábula del vulgo, y el vituperio de todas las personas de honor. Ninguno habrá que me quiera, y me veré precisada á enterrarme viva en algun Convento ó Casa de arrepentidas. ¿Pero qué es lo que en este caso puede hacer un Médico? volvió á replicar el Dotor. Díxome el Ama que me crió (respondió ella) que en la Medicina hay secretos para remediar estos males. Esto es lo que yo pretendo de vos, y os regalaré con 15 escudos que traygo en el bolsillo, si me haceis el favor de darme un remedio seguro para este efecto.

Quando el Médico oyó que le ofrecian quince escudos solo porque recetase algun remedio seguro para evitar los efectos de aquel mal sordo á los gritos de la conciencia, y aplicado únicamente á las insinuaciones del interes, Señora, la respondió, no hay que temer. Comprehendo ser absolutamente necesario, que vuestra flaqueza quede enteramente escondida y sepultada. De lo contrario nacerian fatales conseqüencias, no solo en deshonor vuestro, sino en el de toda vuestra nobilísima familia, cubriéndose de oprobio todos vuestros ilustrísimos parientes. Resuelto estoy á serviros, atropellando por todas las prohibiciones, censuras, y penas tanto Eclesiásticas como Civiles fulminadas contra los delinqüentes en esta materia. Haced, pues, que vues-

vuestra Ama de leche os aplique este remedio, entregándola al mismo tiempo una ampolla llena de no sé qué humor: cada vez se ha de mezclar una tercera parte de este licor con leche y con azucar; despues se ha de llenar el instrumento deputado para esto, y se ha de recibir lo mas caliente que se pueda tolerar. Repetidlo por tres mañanas, y lo demas dexadlo de mi cuenta. Entrególe entónces los quince escudos; partióse la Damita, y yo salí de mi Gabinete. En verdad, Señor Dotor (le dixe) que ha echado usted un buen lance en poco tiempo, y sin mucho trabajo. De estos suceden muchos al cabo del año, me respondió: mientras estoy en casa la mayor parte de mis Consultas son de esta especie. Pero lo que mas me admiró en esta, le repliqué, fué que usted recetase como recetó. Pues qué? (me contrareplicó el Taumaturgo) ¿se ha vuelto usted contrario á su misma doctrina? ¿No sabe que los Emeticos, segun el Arte nos enseña, y otras ciertas pociones son admirables remedios para esta dolencia? ¿Pues por qué quiere usted ahora que yo me gobierne por los preceptos del Arte, siendo así que en otro tiempo (para grande dicha mia) me aconsejó y enseñó todo lo contrario? ¿Pero qué cosa contraria á los Emeticos y á las pociones (le redarguí prontamente) ha substituido usted? Ninguna otra cosa, me respondió, sino que los Emeticos y las pociones se toman por la boca, y el remedio que he recetado se

to-

toma por la parte opuesta. Váyase con Dios, Señor Médico (le respondí rebentando de risa) que usted es un *Capo de ópera*, y no solo puede hacer figura en Plasencia, sino en todo el universo mundo. Con todo eso yo me persuado á que la ampolleta que Vmd. entregó á aquella Señorita estaria llena de algun xugo, ó extracto de la yerba que ví en su Jardin, conservada con tanto cuidado hasta tenerla defendida y reclusa entre canceles de hierro. Nada menos, me respondió; la tal ampollita no contenia otra cosa que agua de la Fuente neta, pura y natural. De este líquido me sirvo para curar todos los males, aunque estoy bien persuadido á que ningun efecto puede producir; pero como la bautizo con diferentes nombres todos rumbosos, y de un especioso significado, correspondiente á la especie de los males, logro el intento de ganar mucho sin dar nada, persuadidos los enfermos á que será una exquisita y rarísima quinta esencia, la que no es otra cosa que el simple y natural humor de la tierra. Pero dígame Vmd. (proseguí yo, movido de una gran curiosidad) ¿si aquella Señorita le hubiera preguntado cómo se llamaba lo que contenia la ampollita, qué cosa la hubiera Vmd. respondido? Prontamente la hubiera dicho (me respondió) que se llamaba *Espiritu de gastro temno*. ¿Pero qué significa ese bello término? le repliqué. Significa lo mismo, me respondió, que *descarga vientre*. No me pude contener sin dar una

unà carcajada al oir un término tan singular, y exclamé diciendo: Oh Señor Dotor, cada vez me confirmo mas y mas en que Vmd. es el mas famoso y mas ilustre Médico entre todos quantos viven hoy sobre la tierra. Qué nombre mas propio se puede dar á un secreto que produce el efecto que deseaba aquella Dama, que apellidarle con la noble expresion de *gastro temno*, ó descarga vientre. Creo que bastará pronunciar esta sola voz con un poco de vehemencia delante de una muger preñada para que el miedo la haga abortar. Y ahora entiendo yo la razon que tienen los Médicos para usar de ciertos nombres insólitos, obscuros, estravagantes, y absolutamente de ninguno inteligibles. Pretenden sin duda curar á los enfermos con solo articular estos términos singulares, é inspirar virtud en los remedios con aplicarlos títulos que no sean comunes, y hayan desterrado la simplicidad del lenguage natural. Así es, respondió el Dotor; nuestra profesion requiere, que demos un cierto ayre de Oráculo á nuestras palabras, y que á fuerza de no dexarnos entender, haga concepto el universo de que somos grandes hombres por lo mismo que decimos cosas que nadie entiende. Pero yo (digo la verdad) abomino tal costumbre, la qual nos hace dignos del nombre de *Paraboleros*, como nos llama el Derecho, y por lo mismo yo no me acomodo con ella, sino que sea en caso de extrema necesidad, y mucho mas porque habiendo jurado

do en cierto modo de ser contrario á lo que hacen los demas; me conviene serlo no solo con las obras, sino tambien con las palabras. Alabé de nuevo al Dotor Taumaturgo, exâltándole hasta las estrellas, aunque no fuera mas que por el buen gusto de quererse distinguir del vulgo de los Médicos en la manera de hablar. No dexaré (añadí) de hacerle á Vmd. la justicia que se merece en qualquiera parte donde me halle. Y de contado, luego que llegue á Pavia, término de mi viage, hablaré de Vmd. en todas las conversaciones, y concurrencias donde haya algun enfermo, dando á conocer á todos el mérito de su persona.

CAPITULO V.

Descubre el Conde Ildefonso la impostura de uno, que en su ausencia habia usurpado su nombre y su persona.

Dióme muchas gracias el Médico por mis atentas expresiones, y amistosos ofrecimientos, y despues me preguntó ¿si proseguia todavía en mi profesion de Astrólogo? Señor Dotor, le respondí, otros tiempos otras costumbres. Ha ya mucho tiempo que abandoné aquella profesion. A la verdad no era para todos. Encuéntranse en ella con bastante freqüencia ocasiones siniestras, y disgustos muy sensibles para hombres que nacieron con algun honor. Oh! segun eso,

eso, replicó el Médico, todavía no se le han olvidado á Vm. los palos de aquel Parasito petardista: no es verdad? Aun sin eso, le respondí, hubiera yo hecho una gran reverencia á la Señora Astrología. ¿Pues en qué se ocupa Vm. ahora? me replicó. En el descansadísimo oficio de no hacer nada; le respondí. Tuve la fortuna de adquirir un hermano putativo, el qual ha repartido conmigo sus riquezas, y ahora nos vamos á su Patria para gozarlas con reposo lo restante de nuestra vida. ¿Y quién es ese hermano tan generoso, tan liberal, y tan gentil? me volvió á preguntar el Médico con grandísima curiosidad. Es (le respondí) el Conde Ildefonso Torgioli. Quedóse atónito el Dotor al oir esto. Pues qué? añadió prontamente. ¿No es verdad que haya muerto ese Caballero, como lo ha divulgado la fama? Ya se vé, que no es verdad: vive, y está en Plasencia conmigo, y si Vm. le conoce, se puede desengañar por sus propios ojos. Sí por cierto, replicó: tendré mucho gusto en verle, porque fuimos grandes amigos quando concurrimos juntos al estudio en la Universidad de Bolonia. Dicho esto, fué prontamente á vestirse el hábito de ceremonia, dexando el trage casero; y viniéndose conmigo, nos enderezamos á la Hostería, donde el Conde y yo estábamos alojados. Quando esperaba yo ver á uno y á otro prorrumpir en arrebatados transportes de alborozo al primer reconocimiento de una vista tan no esperada,

me quedé helado al observar en el semblante del Conde y del Médico un extravagantísimo estupor. Mirábanse pasmados el uno al otro sin dar la mas mínima señal de haberse jamas conocido, y exâminándose entrambos de pies á cabeza, casi á un mismo tiempo prorrumpieron en estas palabras. Verdaderamente nos hemos engañado. Con efecto era así puntualmente. Rompió la conversacion el Dotor, y volviéndose á mí, me dixo: Amigo este Caballero no es el Conde Ildefonso Torgioli, que yo conocí en Bolonia. ¿Pero quién (interrumpió el Conde prontamente) quién pudo tener atrevimiento para usurparme el nombre, y el apellido de mi Familia? Yo nunca he sabido, que en toda ella haya otro que se llame Ildefonso sino yo. Qué digo *otro*? Antes bien soy ya el único vástago que ha quedado de los Condes Torgioli de Pavía: mi Padre se llamaba Enrique, y el nombre de mi Avuelo era Fernando. El sugeto que yo conocí, prosiguió el Médico, tambien se llamaba Ildefonso, y los nombres de su Padre y de sus Avuelos eran los mismos que VS. acaba de exponer. No tengamos aquí (dixe yo entónces) otra Scena como la de los dos Anfitriones, y las dos Sofias en la Comedia de Plauto. Esta mi chufleta no hizo reir al Conde, porque estaba muy ocupado en otros pensamientos, y volviéndose al Físico, le dixo: Señor Dotor, ya que Vm. conoció al otro Ildefonso, no me dará algunas señas de su talle, de su cara, de

sus

sus costumbres, y de su vida? Con mucho gusto, respondió el Taumaturgo; y he aquí que voy á complacer á VS.

Habrá como quince años, que hallándome yo estudiando Medicina en Bolonia, se apeó en la misma Posada donde yo estaba alojado el sugeto de quien vamos hablando, el qual se hacia llamar con el nombre y apellido que ya he dicho. Decíanos que venia de Levante, donde por diversion y por gusto habia viajado largo tiempo, y que picándole la curiosidad de ir á ver el Sepulcro de Mahoma, habia partido á la Meca, en cuyo camino, quando entró en el Desierto fué asaltado de los Arabes, por señas que le habian regalado con algunas heridas, cuyas cicatrices le afeaban todavía la cara, borrando las primeras facciones de su natural no ingrata fisonomía. Que traía consigo sus Credenciales exâminadas y reconocidas por los Cónsules Franceses en el Asia, los quales le habian conseguido Pasaportes en todos los Lugares donde habia estado, y entre otros uno del Gran Visir, obtenido por el Embaxador del Rey Christianísimo en Constantinopla, para que pudiese restituirse con toda seguridad á tierra de Christianos. Contaba mil casos extraordinarios que le habian sucedido, de manera que por su divertida conversacion era el saynete de todas las conversaciones nobles de Bolonia. Su estatura era ni mas ni menos como la de VS., y hasta su voz, si mal no me acuerdo, era muy semejante

te á la vuestra. Es verdad que al principio muchos Caballeros de Bolonia dudaron que fuese el Ildefonso verdadero; pero todos depusieron sus dudas, y salieron de su escrúpulo, cotejando el carácter de su letra con el de varias cartas que antes de su partida habia escrito á algunos Nobles Boloñeses, y los hallaron tan semejantes, que parecian idénticos. Fuera de eso daba noticias tan puntuales de todas las cosas, y negocios mas reservados de su casa, que parecia demasiada temeridad negarle aquella fe que al parecer le era tan debida, y mas quando en nada le desmentian sus arregladas costumbres, sus atentísimas modales, y sus acciones todas de garbo, y verdaderamente Caballerosas. Aun diré mas. Supe despues, que habiendo pasado á Pavía, se habia luego puesto en posesion de todos los bienes de su casa, tomando las cuentas de su Administracion durante el tiempo de su larga ausencia á los Apoderados que habia nombrado, y logró la ocasion de casarse con una de las primeras Damas de aquella Ciudad, la qual le llevó en dote un riquísimo Patrimonio tanto en bienes de naturaleza como de fortuna. Pero no le duró mucho esta felicidad; porque pocos años despues se divulgó que le habian encontrado muerto en un Palacio de Campo, ó Casa de Campo suya; no sin grande sospecha de veneno, cuyo autor nunca se ha podido descubrir, y al presente ha quedado la Viuda dueña de todo. Quedó atónito el Conde quan-

do

do oyó aquella relacion, bramando de dolor á vista de una traycion tan negra, y tan horrenda; estuvo suspenso y pensativo por un rato, y al cabo exclamó: Ya sé, ya sé quien ha sido el traydor que se tomó la libertad de atribuirse mi nombre, y que tan iniquamente engañó á mis Apoderados, á mis Amigos, y á una Señora de la primera distincion. En fin Dios le ha sacado de este mundo, y le ha tenido gran cuenta el no estar vivo, porque si lo estuviera tendria que sufrir una muerte mas cruel, y mas infame que la que me decís ha padecido.

Nosotros, esto es, el Médico y yo teníamos gran curiosidad por oir el desenredo de este intrincadísimo enigma; pero el Conde no nos quiso dar por entónces este gusto; antes bien ordenó, que al momento se aparejasen las Calesas, para partir á la Patria con la mayor solicitud. Partimos, pues, acompañados del Médico, y llegados á Pavía desmontamos en la mejor Posada de la Ciudad. Luego se cerró conmigo en un quarto, y sin mas preámbulos me dixo: Isidoro, yo tengo necesidad de tu talento, de tu secreto, y de tu maña. La traycion de que oiste hablar á tu amigo el Médico de Plasencia es de las mayores que pueden fabricar los hombres mas malvados del mundo. Solo siento la necesidad en que me veo de darme á conocer por el verdadero Conde Isidoro, por aquella pobre Señora, á quien tan torpemente engañó la temeridad de aquel iniquo. En todo caso

so es necesario discurrir todos los medios posibles para salvar quanto se pueda su reputacion, sin perder al mismo tiempo de vista mi derecho y mi interes. Antes que me casase en el Cayro, sé muy bien que vivia aun en esta Ciudad un Tio mio materno, Caballero de gran juicio, de una incomparable bondad, y de la primera autoridad en la Patria. Antes de mi aparente Apostasía tenia gran cuidado de escribirle desde todos los Lugares donde hacia alguna mansion, y todavía conservo en mi poder algunas de sus respuestas; pero despues dexé de cultivar su correspondencia, por lo que no sé si todavía está vivo. Lo que ahora quiero de tí es que te informes de esto con toda destreza, porque ante todas cosas me alegrára tener con él una secreta conversacion. Me declaró entónces cómo se llamaba el tal Caballero, me enseñó el sitio de su Casa, y me encargó que si lograba ser recibido de él, le dixese, que un hombre de distincion tenia necesidad de comunicarle cosas de grandísima importancia, y que para eso pedia á su Señoría una audiencia reservada, y ser introducido á ella con todas las precauciones del mas cauteloso secreto. Partí al punto de la Posada, dirigíme al sitio que se me habia enseñado, y me informé si vivia el Tio del Conde. Dixéronme que sí, pero que por sus muchos años habia ya tiempo que estaba ciego, y no salia de casa. Con esta noticia pasé á su Palacio, presentéme en la Antesala, y pedí ser

ser admitido á su presencia. Obtenido el permiso, fuí introducido en un quarto, donde le hallé sentado en una silla poltrona, y cerca de él un Page que le estaba leyendo no sé qué libro de Filosofia Moral. Expuse reverentemente mi embaxada, y el Caballero me preguntó con voz trémula, si le podia decir anticipadamente, si el hombre de distincion de quien le hablaba era forastero, ó de Pavía. Señor, le respondí, él es de Pavía, pero ha mucho tiempo que falta de ella, y ahora ha vuelto á ser su Ciudadano. Sea quien fuere, decidle que venga quando fuere servido, seguro de que será recibido ni mas ni menos como lo desea.

Llevé al Conde la respuesta, y él se alegró mucho quando supo, que todavía era vivo su Tio materno, bien que con el trabajo de su ceguera. Los hombres, dixo, cuya imaginacion no está distraída con los objetos exteriores, tienen menos disipada la fantasía, y la razon mas recogida para asegurar mejor el acierto en sus consejos. Sosegada la agitacion de los espíritus vitales al rededor de la mente, esta hace su oficio con menos peligro de engañarse, quando no revoletean delante de sus ojos imágenes fantásticas que la distraygan. Así que podrá mi Tio aconsejarse, y aconsejarme mejor en el gravísimo caso en que nos hallamos, y tendrá particular gusto en descubrir con los ojos del alma una traycion que quizá no la habria podido discernir tan vivamente con los materiales ojos del cuer-

cuerpo. A este tiempo era ya bien adelantada la noche, y el Conde, sin otra compañía que la de mi persona, se encaminó á casa de su Tio, y haciendo que le entrasen recado, fué introducido por una escalera secreta, sin otra ceremonia que la de una triste luz en un quarto donde el ciego le esperaba. No fué admitido á la conversacion otro que yo, y entónces pude conocer por los efectos lo mucho que puede la sangre en la recíproca inclinacion de aquellos por cuyas venas corre una misma. Arrojóse el Conde á abrazar á su Tio con un ímpetu, en que ninguna parte tuvo la ficcion, y el Tio, sintiéndose estrechar apretadamente, correspondió pronto con la misma ternura. Aun no bien habia articulado la primera palabra, quando este le reconoció al instante por la voz; y sin mas prueba quedó persuadido á que era aquel su muy amado sobrino. Oh, Ildefonso mio (exclamó) con que al fin has vuelto ya! ¡Quántas veces te he llorado muerto! ¡y qué lágrimas tan amargas me ha costado el haberme visto en la dura necesidad de sufrir que otro te hubiese usurpado el nombre, y gozase impunemente de lo que era tuyo! Ya murió por alta disposicion de la Divina providencia aquel mal nacido impostor. Su voz no me hablaba al corazon como me habla la tuya; y tanto como entónces deseaba no ser ciego, para que mi vista me ayudase á descubrir mejor su diabólica impostura, tanto desearia ahora no serlo, aun-

que

que no fuese mas que para que mis ojòs lograsen el consuelo de verte un solo momento, y se cerrasen despues para no volverse abrir hasta el dia en que todos hemos de dispertar del profundo sueño de la muerte. Mientras el buen viejo hablaba de esta manera, lloraba el Conde de alegria, y de ternura. Pero quando se hubieron desahogado bien en todas aquellas amorosas demostraciones, sosegados ya, y restituidos entrambos á su natural serenidad y compostura, comenzaron á tratar del modo con que el Conde se habia de dar á conocer en el público, para volver á entrar en la posesion de sus bienes. La mayor dificultad consistia en hallar arbitrio para componer los derechos del Conde, con salvar el honor y los intereses de la inocente Viuda del falso Ildefonso. Los nobles pensamientos de aquellos dos Caballeros no les permitian atropellar por un punto de tanta consideracion, conociendo que en cierto modo era desacreditar la inocencia de una Dama infamemente engañada. Porque si bien ninguna culpa habia tenido en haber sido muger de un hombre vilísimo, reputado por noble en la comun opinion, no obstante el mundo injusto y loco, que siempre juzga lo peor, nunca dexaría de escandalizarse, definiendo despóticamente, que quando no hubiese quedado enteramente perdido, á lo menos se debia considerar como tiznado el honor de aquella Señora. Despues de larga consulta se deliberó, que el dia siguiente

fuese el Tio en persona á visitar á la Dama, y á informarla menudamente de la verdad, para disponerla á que ella misma pensase, y resolviese el medio que juzgase mas eficaz, y mas suave para que sin perjuicio de su decoro fuese el Conde Ildefonso reconocido por lo que era verdaderamente. Mientras tanto el Conde Manuel, que así se llamaba el anciano Caballero, quiso que el Sobrino se quedase en su Palacio aquella noche. Despachó un Criado á la Posada con aviso de que no le esperasen hasta el dia siguiente, y mientras se disponia la cena, significó á su Sobrino el gusto que tendria en saber por menor las aventuras que en tan largo tiempo le habian sucedido, pero muy particularmente el misterioso secreto con que se habia escondido á la memoria de los hombres, y dado con eso ocasion al malvado impostor de representar falsamente su persona. Condescendió el Conde con los deseos del Tio, y dió principio á su historia en la manera siguiente.

CAPITULO VI.

Historia de los dos Condes Ildefonsos; el verdadero y el falso.

Habiendo partido de mi Patria (como usted ya sabe) en lo mas lozano de mi juventud, sin otro objeto que girar y ver mundo, me dirigí á Génova con el fin de hallar embarco para Le-

Levante. Un dia que fuí paseándome á S. Pedro de Arenas, me encontré con un hombre extremamente parecido á mí. Miréle con atencion, y él hizo lo mismo conmigo. Movido de tan estraña semejanza me picó la curiosidad de saber quién era. Le saludé cortesanamente, y habiéndole preguntado por su Patria, y por su orígen: no lo sé, Señor, me respondió, pues ni aun siquiera sé donde nací, solo sé que mi Madre fué una famosa Cantarina, que vendia á muy subido precio sus favores. Lo lució en los mas nobles y mas famosos Teatros de Italia, y de esta su vida continuamente andariega nace que yo ignore el preciso lugar de mi nacimiento. No obstante, me lisongeo con la muy verisimil persuasion que mi Padre pudo ser algun Personage distinguido, porque siento correr por mis venas ciertos espíritus, que me parece nunca acertarian á pasar por cauces humildes y plebeyos. Pero sin embargo de las grandes riquezas que habia amontonado mi Madre, á mi me dexó muy pobre. Consumió en la vejez todo lo que habia ganado en su mocedad, y no habiéndola quedado ni aun cama en que dormir, vino á morir infelizmente en un Hospital. Yo me ví precisado á ponerme á servir, y hasta el dia de hoy he estado sirviendo á un Mercader que traficaba en Soria y en Egipto. Varias veces he hecho este viage con él, y todavía volveria á hacerle, si la quiebra de un Corresponsal suyo de Marsella no hubiera acarreado al mismo tiempo la suya.

Qua-

Quando oí que aquel mozo habia estado en Levante, me vino un grandísimo deseo de traerle á mi servicio. Ademas de lo mucho que me podia convenir el informarme bien de la práctica y costumbres de un País á donde habia resuelto transferirme, no dexaba de hacerme tambien alguna impresion la semejanza que tenia conmigo. Quién sabe, decia yo entre mí mismo, si mi Padre me dexaria algun hermano natural, y si la Divina providencia (para la qual no hay acasos) ha dispuesto que me encontrase con este, para socorrerle y ayudarle en su necesidad? Preguntéle, pues, si le parecia que podia yo ser apropósito para resarcirle la pérdida que habia hecho de su antiguo Amo? Esa seria mi mayor fortuna, me respondió prontamente, y luego añadió: Yo, Señor, serviré á VS. con amor y con fidelidad; y aunque hasta ahora no he servido mas que á un Comerciante, todavía me prometo que tendré bastante espíritu para acertar á dar gusto á un Caballero. Bien está, le respondí; pues desde ahora quedas ya recibido para Camarero mio, y me acompañarás en un viage que pienso hacer solamente por pasearme, y ver mundo. Hecho sin otra informacion este imprudente ajuste con el nuevo Criado, que se llamaba Eleonor, de allí á pocos dias encontré ocasion de embarcarme en una Nave que habia de hacerse á la vela para Chipre. Habíame ya proveído de cartas de recomendacion para los Cónsules Franceses residentes en los Puertos del Asia, como tambien

de

de Letras de Cambio para diferentes Mercaderes, que de tiempo en tiempo me aprontasen el dinero que habia menester para mantenerme. Nuestra navegacion por el Mediterráneo fué feliz, y el nuevo Criado me la hacia muy divertida, ya con sus agudos dichos, y ya con sus no menos graciosos cuentos. Fuera de eso me decia el nombre de todas las Islas que se descubrian en el viage, los grados de latitud y longitud en que se hallaba cada una: informándome tambien del número, calidad, y costumbres de sus habitadores. Al paso que me era sumamente grata su conversacion, me iba tambien enriqueciendo con especies y noticias, que era el principal fin porque me habia desprendido, y me iba á establecer por algun tiempo en regiones tan distantes de mi Patria.

A poco mas de un mes de viage dimos finalmente fondo en Famagosta, que era el término á donde se dirigia la Nave en que ibamos embarcados. Saltamos en tierra, y con esta ocasion ví parte de la Isla de Chipre, y habiendo querido yo pasar á Nicosia, á Pafo, y á otras Ciudades principales de aquel Reyno, consagrado antiguamente á Venus, y á los Amores; Eleonor era mi Escolta en todos estos lugares, como tambien el que me enseñaba todas las cosas mas raras, de manera que me tenia por el hombre mas afortunado del mundo, en haber debido á la Divina providencia aquel Criado. Satisfecha suficientemente mi curiosidad, pasamos

mos en un Barco de Chipre á Trípoli de Soria : desde allí quise ir á ver la Palestina, y la tan ilustre, y tan justamente decantada Jerusalem. Habiendo cumplido en aquellos Santos lugares con las piadosas obligaciones que exîgia de mí nuestra Santa Religion, me transferí á Damasco, y desde aquí tomé el camino derecho de la Persia. No me detendré, Señor, en referiros las incomodidades y peligros de este viage, que para mayor seguridad se suele hacer con las Caravanas. Ya vos habreis leido muchos libros de célebres Viajeros que hacen la descripcion de ellas, siendo todas poco mas ó menos muy semejantes unas á otras. Detúveme bastante tiempo en la gran Capital de Ispahan, para ver las muchas cosas raras que hay en ella, particularmente la magnificencia de la Corte, y los Reales Jardines del Soffi. Tuve varias ocasiones de ver muchas veces aquel gran Monarca del Asia en el mayor explendor, y mas pomposo aparato de su poder, y me pareció muy superior á todo lo que se dice la ostentacion y suntuosidad de su acompañamiento. Sus vasallos son afables y corteses; aman á los forasteros, singularmente á los Européos, y aunque son muy dados al luxo, y á la delicadeza, con todo eso son de loables costumbres, con máxîmas y sentimientos tan nobles como las Naciones mas cultas. Es verdad que las armas y las letras no estan allí en la mayor perfeccion; pero sin embargo en las primeras el número y la multitud

su-

suple lo que falta á la disciplina, y en las segundas cierta facundia Asiática tan natural como ampulosa, hace parecer que sea efecto del estudio y de la aplicacion. Pero no quiero perder el tiempo en informaros de cosas que ninguna relacion tienen con la usurpacion de mi nombre, y de mis bienes: la relacion de lo que he visto y observado en los varios lugares que visité, debe reservarse para mejor ocasion. Por ahora os basta saber, que despues de haber visto la Persia pasé al Indostan, ví la Corte del Gran Mogol, como tambien todas las posesiones que los Españoles y Portugueses tienen en la India Oriental. De Goa, que es la Capital de quanto allí poseen los últimos, viagé por mar á Ormuz, que es un Puerto del Seno Pérsico, donde mi Camarero me echó la proposicion de ir á ver el Sepulcro de Mahoma en la Meca. Aunque este viage es sumamente peligroso por motivo de los Arabes que asaltan los Pasageros para robarlos, él me le pintó segurísimo. Iremos, me dixo, á Babilonia, y allí esperarémos la ocasion de alguna Caravana de Turcos que vayan por devocion á visitar el Sepulcro de su falso Profeta, como lo suelen hacer freqüentemente. Pero mientras estuvimos esperando la oportunidad de transferirnos á aquella gran Metrópoli, ví que Eleonor tenia grandes correspondencias, y conocimientos en Ormuz. Concurren todas las Naciones del Mundo á aquel famoso emporio de la Persia, particularmente Mer-

ca-

caderes Hebreos, que tratan en perlas, cuya pesca es abundantísima en aquellos Mares. Uno de estos, que se llamaba Isac, era grande Amigo de mi Criado. Veíalos yo juntos muchas veces, y no podia comprehender el motivo de aquella intimidad, por lo que me vino la curiosidad de preguntárselo. Me respondió, que habiéndole conocido con ocasion de un viage que habia hecho de Génova á Alexandría de Egipto, le habia hallado con disposicion de hacerse Christiano, y que á este fin cultivaba, y aun estrechaba mas y mas cada dia aquella amistad, para esforzarle á que llevase á execucion su santo pensamiento. Quedé tan pagado de esta respuesta, que yo mismo quise entablar amistad con el Hebreo, para tener alguna parte de mérito en su conversion. Discurria con él en cierta ocasion acerca de mis viages, y habiendo entendido mi intencion de ir á la Meca: Señor, me dixo, no es menester ir á Babilonia para esperar coyuntura de una Caravana: sin esto os conduciré yo hasta aquella Ciudad por toda la Arabia con la mayor seguridad. Yo suelo ir á la Meca con bastante freqüencia, y siempre que me ocurre hacer este viage, un Capataz de los Arabes, grande amigo mio, me da una Escolta, con la qual he caminado siempre segurísimo. Tenia resuelto partir á dicha Ciudad la semana que viene, y ya le he avisado que al fin de ella venga á recibirme con su gente á tres jornadas de Ormuz. No se os puede ofrecer mejor oca-

ocasion que esta, porque hasta las mismas Caravanas Turcas son algunas veces asaltadas, y saqueadas por los Arabes, lo que nunca sucede quando ven á los pasageros Escoltados por otros de su misma Nacion. Facilmente creí que todo esto podia ser verdad, y así dentro de dos dias partí con el Hebreo, con otros dos compañeros suyos, y con el vagage cargado sobre un Camello. Yo no llevaba mas que mi ropa blanca, mis vestidos, y una caxa de bellísimas perlas que habia comprado en Ormuz, con ánimo de traficar con ellas en Europa. Todo esto iba en una manga que mi Criado llevaba de grupa en su Caballo. Tenia conmigo una Letra de Cambio dirigida á un Comerciante de la Meca, que habia trocado por otra, la qual se habia de presentar, y la debia cobrar en Babilonia, y esto por consejo de Isac. Despues de tres dias de viage entramos en un vastísimo Desierto, y encontramos en cierto sitio la decantada Escolta de los Arabes. Consistia esta en veinte hombres á caballo, armados con cierta especie de picas, y cimitarras. Cogiéronnos en medio luego que nos conocieron, y nos guiaron por medio del Desierto hácia el Poniente. Yo no entendia su lengua, pero el Hebreo hablaba familiarmente con ellos. Llegada la noche, armaron una Tienda de Campaña, baxo la qual nos pusimos á reposar, y los Arabes hicieron lo mismo, alzando sus Tiendas al rededor de nuestro Pavellon, á poca distancia de él. Yo me quedé lue-

go profundamente dormido, porque estaba sumamente fatigado de ir tanto tiempo á caballo; pero quando me hallaba en lo mejor del sueño, me dispertó no sé qué rumor. Parecíame que todo nuestro pequeño Campo estaba en movimiento, y alzándome en pie con la mayor presteza para unirme á mis Compañeros, á ninguno de ellos ví. Creí, que acometidos quizá de algunos otros, habian huido: voy á buscar mi Caballo para ir á incorporarme con ellos, no le encuentro, y lleno de terror y de confusion por un accidente tan inesperado, tomé el vano partido de gritar, llamando á grandes voces á Isac, y á Eleonor, pero ninguno de ellos me oía, ni me queria oir; y así me ví precisado á esperar que amaneciese para aconsejarme con la luz del dia sobre lo que debia hacer. Pasáronse muchas horas antes que la Aurora se descubriese; pero quando el Sol comenzó á iluminar la tierra, conocí toda la trama de la terrible traycion. Nada encontré absolutamente de mi reducido equipage, hasta la Letra de Cambio que tenia en mi Cartera me la hurtaron del bolsillo, y toda mi fortuna fué la de no haber confiado á ninguno el secreto de tener cosida una decente cantidad de oro en un cinto que llevaba siempre á raiz de las carnes, porque sin duda hubiera sido sacrificado á la codicia y furor de aquellos viles Ladrones. Volví los ojos hasta donde podia extenderse la vista en aquel dilatado Pais, y todo lo descubrí abandonado,

é

é inculto. Inciertas y confusas las huellas de los Caballos y Camellos, obliqüos y tortuosos todos los senderos y caminos. En ninguna parte se veía la menor señal de humana habitacion. A vista de tanto aparato de males no puedo explicar quánto fué el desconsuelo y la desolacion de mi espíritu. Puedo aseguraros, Señor, que siempre que me acuerda el deplorable estado en que entónces me hallé, toda la sangre se me yela en las venas. Pero ello era menester resolverme á partir de aquel sitio fatal, y abandonarme en manos de la fortuna. Tomé el primer camino que se me presentó; le seguí hasta el medio dia sin haber encontrado viviente alguno racional, ni irracional. Me ví precisado á sustentarme con no sé qué yerba silvestre, y en vano busqué alguna fuente, ó arroyo para mitigar la sed.

Finalmente quando lo dispuso así la Divina providencia, ví de lejos á un Arave que venia caminando hácia mí. Al acercarse á donde pudiese reconocerle mejor, observé, que su barba era bastantemente cana, y que traía en la mano un gran baston. Nada tenia de fiero, ni aun de bárbaro su semblante, antes bien manifestaba gentileza, y cortesia. Saludele luego en lengua Turca, y tuve la fortuna de que me entendiese. Con eso me correspondió, y me preguntó en el mismo idioma, ¿cómo, ó por qué me hallaba en un parage tan deshabitado? Contéle con sinceridad todo lo que me habia suce-

di-

dido , y el buen hombre mostró mucha compasion de verme en aquel estado. Ven conmigo, me dixo , yo te llevaré á mi casa , y quando haya ocasion dispondré que pases con toda seguridad á Babilonia , donde podrás lograr oportunidad para restituirte á tu Patria. Animado con esto comencé á seguir al Arabe , y como no creía encontrar tanta humanidad en aquella Nacion , quedé sumamente sorprehendido de un convite que tanto me obligaba. Caminaríamos poco mas que un quarto de legua antes de llegar á una Cabaña cubierta de paja á la orilla de un arroyuelo. Era esta la casa del Arabe , repartida en tres divisiones. A un lado de ella habia un huertecillo admirablemente cultivado , y á las márgenes del arroyuelo se elevaban algunas Palmas fructíferas , que subministraban el sustento de toda la Familia. Esta se reducia á su Muger , y á un hijo , que en aquel punto acababa de llegar despues de haber sacado á pastar algunas pocas ovejas. Observé que todas las estancias del rústico alojamiento estaban llenas de instrumentos Astronómicos , y Matemáticos , por donde conocí quál podia ser la profesion del dueño ; y me pareció hallarme con un nuevo Zoroastres , ó un segundo Albumazar : con efecto el Arabe , mi albergador , era un Astrónomo excelente. Velaba gran parte de la noche , considerando el movimiento de los Planetas y de las Estrellas , formando por sus aspectos horóscopos y predicciones , que el acaso hacia que mu-

muchas veces se verificasen. Tenia tambien particulares, y aun peregrinas noticias de la Quiromancia, Fisonomía, y Metoscopia, formando igualmente por ellas sus horóscopos con grande facilidad. Queriendo mostrarme su habilidad de pronosticar me dixo, que quando volviese á mi Pàtria, antes de lo qual me habian de suceder varios casos, habia de tener un grandísimo consuelo, el qual no puede ser otro que el gusto de encontraros á vos vivo, y hallar castigado por la ira Divina al pérfido Eleonor, quien fué, segun todas las apariencias, el que, creyendome muerto de hambre, ó despedazado por alguna fiera, ó inocente víctima del furor de los Arabes, se sirvió de mis Credenciales, y de las Cartas dirigidas á los Cónsules de Francia, para usurpar mi nombre, venir á apoderarse de mi casa y de mis bienes, y engañar tan detestablemente á una Señora de muy distinguida condicion, qual me han dicho fué su Muger.

Mientras tanto vinieron á consultar con mi Arabe adivino algunos Turcos de Babilonia, que son supersticiosísimos en todo lo que toca al cultivo del terreno, en que nunca dan paso sin arreglarse al método y puntos de tiempo que les prescriben los Astrólogos. Ví al mio extraordinariamente ocupado en sus observaciones. Acabadas estas, y disponiendo los Turcos restituirse á Babilonia, quise irme con ellos, y el Arabe los recomendó mucho mi persona. Despedíme de él con no poco dolor mio, y con no

me-

menor ternura de su pequeña Familia, los Turcos me llevaron consigo á la Capital de la Asiria. Túvome gran cuenta haber reservado aquel poco de oro, que dexo ya dicho, porque gastándolo con economía pudo bastar para comer, y para continuar mi viage hasta el Cayro, donde me hallé con un tropiezo, que me hizo detener mas de lo justo. Entónces contó el Conde todos los sucesos de sus amores con la Turca, y dió fin á su historia quando ya estaba la cena en la mesa. Concluída esta se fueron todos á dormir. El Conde Manuel la mañana siguiente se hizo llevar en Silla de manos á la visita de la Viuda. Volvió de ella, y dixo á su Sobrino, que la resulta de aquella reservada conversacion era muy particular, y que habia descubierto en ella un arcano, ignorado de todos hasta aquel punto, puesto que la Dama habia hecho una irregular accion con aquel su indigno Marido. Las palabras con que ella misma me lo contó, despues que supo vuestro feliz arribo á Pavía, poco mas ó menos fueron las siguientes.

CAPITULO VII.

Fin de la historia del Impostor, y vuelve el Conde Ildefonso á entrar en la posesion de sus bienes.

Ya sabia yo antes de ahora, me dixo la Dama, que no me habia casado con el verdadero

ro Conde Ildefonso Torgioli, noticia que me fué de mortal dolor quando la oí, y desde entónces acá me ha estado continua, y cruelmente despedazando el corazon, y consumiendo las entrañas. Un solo consuelo me alentaba en tan doloroso afan, y era el no haber tenido alguna prole del bárbaro é iniquo infamador de mi tálamo, porque así me libré de tener siempre á la vista una desgraciada prenda que continuamente me estaria dando en cara con el ludibrio de tan abominable comercio. Señor, si nuestro matrimonio, aunque tan desigual en punto á la condicion, y tan abominable por el enormísimo engaño, hubiera sido acompañado del consentimiento de los dos Consortes, no hubiera dexado de ser legítimo matrimonio, supuestas las demas solemnidades necesarias que prescribe y requiere la Santa Iglesia. Pero aquel consentimiento no intervino, ni pudo intervenir, habiendo el indigno usurpador del nombre de vuestro Sobrino ocultado maliciosamente que era de Religion muy diferente de la mia. En el acto de darme la mano, no solo engañó villanamente á una Dama, sino que sacrílegamente profanó un vínculo sagrado, tanto mas venerable, quanto es símbolo misterioso de otro vínculo enteramente Divino. En una palabra: aquel malvado era Hebreo. Aunque en lo exterior procuraba esconder su Judayca Religion, tardé poco en conocer (despues que por mi desgracia me manché con el nombre de Esposa suya) que

á

á lo menos era muy poco Christiano, por el ningun escrúpulo que hacia en no observar ciertos preceptos de nuestra Santa Ley. Pero lo que me hizo entrar en mayor sospecha fué el ver que todas las semanas recibia ciertas cartas, cuyo sóbrescrito era de carácter verdaderamente Italiano; pero lo demas era tan enrebesado, que yo no entendia ni siquiera una palabra. Pasado algun tiempo quise asegurarme, y saber á fondo lo que queria decir aquel misterio: tuve modo de pillarle con maña una de aquellas cartas, y se la mostré á mi Confesor, que era un Religioso prudente, y por fortuna muy inteligente de la lengua Hebrea. Tradúxomela en Italiano; y hallé que era de un Judio de Mantua, el qual le escribia con grande confianza, burlándose con él de la figura que hacia entónces de gran Caballero de aquel País; y celebrando mucho el engaño con que habia sabido lograr por Muger á una Dama de tanta distincion. Considerad ahora, Conde Manuel, qué golpe seria este para mi pobre corazon. No sé quál fué mas grande mi cólera ó mi dolor en la confusa mezcla de dos pasiones tan violentas, ni sé tampoco cómo pudo resistir á ellas la flaqueza de mi espíritu. Venció finalmente al dolor la indignacion, que concebí por tan horrenda alevosía, y me aconsejé solamente conmigo misma sobre el modo de vengarme. Proveíme secretamente en una ampolla de un poderosísimo veneno; y una mañana se le hice beber en

i. el

el Café al pérfido Judio, quando estaba para partir á la Quinta. Hizo admirable efecto la mortal bebida, y quando cansado del camino se echó en la cama para reposar, se quedó profundamente dormido, y tanto que nunca volvió á dispertar, pasando su negra alma desde los colchones del lecho á las llamas del Infierno. Así me vengué yo de las injurias hechas á la Religion, y á mi persona; pero como ninguno tuvo parte en esta accion sino yo sola, aunque se excitaron algunas ligeras sospechas, nunca se pudo venir en conocimiento del autor, ni de la verdadera causa de su muerte. Antes bien generalmente se creyó que habia muerto de algun accidente apoplético; y porque tenia grande arte para aparentar costumbres nobles, y modales Caballerescas, fué su muerte universalmente sentida de todas clases de personas, y todos sus amigos concurrieron á darme el pésame por aquella pérdida. Aunque las lágrimas que se me venian á los ojos, y el dolor que se me leía en la cara se creían señales de la extrema afliccion que me causaba su muerte, no eran en realidad sino efecto de la rabiosa vergüenza que interiormente me causaba la continua memoria de que mi ilibata virginidad hubiese sido prostituida en los brazos de un circunciso, y de un scelerado. Era este un tormento tan terrible para mí, que estuve muchas veces tentada de darme la muerte para librarme de él. Pero los prudentes y Christianos conse-

 jos

jos del Religioso mi Confesor, contribuyeron mucho á que no me precipitase en la desesperacion, y habiendo tomado posesion de todo en virtud de la figura que hacia de Viuda del difunto, revolviendo varios papeles, me encontré con ciertas anotaciones en forma de Comentarios, en las quales se leían muchas ingeniosas industrias, que practicaba aquel mal hombre para engañar al próximo. Habia nacido en Lisboa: Fingióse Clérigo en Aviñon, á la sombra de unos títulos de Ordenes de un pobre Sacerdote, á quien él mismo habia quitado la vida. En Ginebra se vendió por Apóstata de la Religion Católica, para sonsacar el dinero á los Hereges, y engañar á una simple doncellita, de quien se habia enamorado. Emprendió un viage á Levante, donde hizo pesadísimas burlas á diferentes personas. Restituido finalmente á Europa, se leía, que despues de haber hecho con felicidad el oficio de Ratero, habia entrado á servir á vuestro Sobrino, y que habiéndole acompañado y seguido á varios Paises, le habia abandonado en un desierto de Arabia, apoderándose de su vagage, y de sus Letras de Cambio. Explicaba despues la razon que habia tenido para no darle muerte por sus manos, y fué porque el dia en que le abandonó, era una de las principales fiestas de los Hebreos. Añadia no obstante, que persuadido firmemente á que habria perecido al rigor del hambre, ó entre las garras de las fieras, ó á lo menos despedazado

por

por los Arabes, se le metió en la cabeza usurpar su nombre, y representar su persona, ayudado para eso de la tal qual semejanza que tenia con su cara, con su estatura, con su edad, y con su voz. Decia, que habiendo encontrado en la manga varios papeles escritos de su mano, se habia dedicado á imitar el carácter, y como durante el tiempo que le habia servido se habia informado de todos los negocios de su casa, de sus parientes y amigos, así estas noticias, como la semejanza de las personas, habian ayudado admirablemente para que todos le tuviesen por el verdadero Conde Ildefonso, y mas quando habia puesto el mayor cuidado en desfigurarse artificiosamente el semblante, para ocultar aquello en que podia parecer diferente, con cuyo fin él mismo se habia hecho algunas heridas en la cara, suponiendo que las cicatrices eran reliquias de las cuchilladas que le habian dado los Arabes en su viage á la Meca. Pasaba despues á describir algunas particularidades concernientes á mi desgraciada persona, y concluía este exêcrable resúmen de su malvada vida, gloriándose de haber sido el Hebreo mas afortunado en causar daños gravísimos no solo al particular de los Christianos, sino al universal de su Religion. Arrojé inmediatamente al fuego este abominable Comentario, escrito en lengua Italiana juntamente con otros muchos papeles, y cartas en idioma Hebreo, no queriendo que se conservase en casa ni la mas mínima memoria de

la

la sacrílega impiedad de aquel Demonio en figura de hombre.

Así acabó la Dama su relacion, continuó el Conde Manuel, y yo lleno de horror al oir iniquidades tan extraordinarias, despues de haberme condolido infinitamente de la desgracia de aquella Señora, procuré consolarla lo mejor que pude, asegurándola, que de nuestra parte seria fiel, y puntualmente servida en qualquiera partido que la pareciese tomar. Dióme mil gracias la buena Señora, pero me respondió, que aunque era verdad que con el feliz descubrimiento del verdadero Conde Ildefonso se habia manifestado la alevosa perfidia con que habia sido engañada, era sin embargo grandísimo el consuelo que tenia en restituir á su legítimo dueño lo que era suyo, y lo que ella habia poseido como mera depositaria, firmemente resuelta á ponerlo todo algun dia en manos de aquel á quien de justicia, y por sucesion perteneciese. Por lo que toca á mí (añadió) estoy muy determinada á desterrarme para siempre de una Ciudad donde me persiguió tan constante, y tan cruelmente mi infeliz estrella. No faltará algun Monasterio distante de Pavía, donde sepultar la memoria de mi terrible desventura, separada de todos los objetos que pudieran renovarla, con perpetua amargura, y turbacion de mi pobre ánimo.

En vano procuré disuadirla de aquella resolucion; y así no obstante mis razones persistió

tió en su resolucion con indecible firmeza, y yo, viendo que nada adelantaba con ellas, levanté la visita, y solamente la supliqué se sirviese recibir la que tú la harias personalmente despues de comer. No me negó este favor, y así prevente para este acto de atencion, que no solo juzgo conveniente, sino absolutamente necesario.

Al oir toda esta relacion del Conde Manuel, así el Conde Ildefonso como yo (único interventor en aquella conversacion) quedamos asombradísimos. No nos podíamos persuadir á que cupiese en un corazon humano tan exêcrable, y tan refinada maldad. Pereciannos de una invencion toda nueva los inmensos rasgos de su malicia por las figuras tan diferentes que él mismo se jactaba haber representado en el mundo, y en fin concluimos, que con toda propiedad se podia llamar el verdadero Proteo de la iniquidad. Al mismo tiempo admiramos, y aunque vituperamos mucho, el varonil partido que tomó la Dama, celebramos con todo su constante resolucion de alejarse de su Patria, por no tener siempre delante de los ojos á los que todas las veces que la viesen dirian unos á otros en tono de compadecidos: *aquella es la Muger del bribonisimo Judio que la engañó.*

Despues de comer le hice la visita que habia quedado apalabrada desde la mañana. Esta visita fué de bien poca satisfaccion tanto á la Dama, como al Conde Ildefonso. Apenas puso los

los ojos en él quando la dió un deliquio, ó un desmayo, de manera que fué necesario la llevasen á la cama sus Criadas: efecto sin duda de su semejanza con la de su infame traydor, la que excitó en su memoria con mayor viveza la idea de aquel malvado. En virtud de eso nos pareció á los dos que no debíamos detenernos mas, por no dar ocasion á nuevo insulto, ó á que creciese el que ya estaba padeciendo, y así nos despedimos inmediatamente. Pero esparcida por la Ciudad la noticia del no esperado y aun casi tenido por imposible arribo de Ildefonso, concurrió una multitud de personas á casa del Conde Manuel, donde el Sobrino se habia pasado con toda su Familia, para asegurarse cada uno de la verdad por sus propios ojos. Los que habian sido sus amigos, antes que determinase viajar por el mundo, curiosísimos de saber el misterio de tan diferentes personages, solicitaban con ansia la visita. Los que el Hebreo en figura de Conde habia hecho amigos suyos y de la casa, para informarse de las circunstancias que habian dado lugar á una impostura tan extraordinaria. Fué menester pues admitir á unos y á otros, tanto por complacer á los primeros, como por desengañar á los segundos, y en fin por corresponder al honor que hacian todos á la Familia, mostrándose tan interesados en un suceso tan particular. Todo el mundo salió plenamente satisfecho de la verdad, y por muchos dias no se habló en Pavía de otra cosa que de la

la portentosa aventura de los dos Condes Ildefonsos. Esta se hizo tan célebre y famosa en Italia, como en la Rusia la de los dos Demétrios, solo que la Muger del segundo de estos á ninguno mereció tanta compasion como la Dama Paviesa, porque esta sin servir de instrumento á la ambicion ó á la codicia de los suyos, se vió miserablemente empeñada á pasar por Esposa de quien ni queria, ni podia serlo.

Mientras tanto dispuso la Justicia que una Estátua del pérfido Hebreo (ya que el cuerpo deshecho y reducido á polvo no podia servir al escarmiento, con castigo correspondiente á la enormidad de sus delitos) fuese expuesta de mil modos por mano del Verdugo al público ludibrio, y despues de quemada en una infame hoguera, esparcidas al ayre sus cenizas. De esta manera mi antiguo Amo, y despues Hermano por adopcion, logró el gusto de volver á ver su amada Patria, y restituirse á la posesion y al goce de todos sus bienes, cuya consignacion le hizo la Dama con gran cantidad de dinero, que decia producido de las rentas de aquellos años en que habia estado á cargo suyo la Administracion, no habiendo sido posible persuadirla á que se quedase con ello, puesto que su gruesa dote habia sido mas que bastante para mantenerse con la debida decencia por todo aquel tiempo. Hecho esto, y firme siempre en hacer efectiva su deliberacion, suplicó al Conde Manuel la diese alguna persona de satisfaccion que la acompa-

pañase hasta Praga, Capital de la Bohemia, donde estaba una Tia suya Religiosa en un Monasterio, y en cuya compañia queria paśar encerrada los dias que la restasen de vida. Quando se conoció que era inmutable en este propósito, inmediatamente Tio y Sobrino pusieron los ojos en mí, no solamente por lo fiel que el Conde Ildefonso me habia experimentado, sino tambien porque llevando conmigo á la bella Anastasia, podria servirla de Camarera en las mugeriles incunvencias que la ocurriesen.

CAPITULO VIII.

Acompaña Isidoro á Praga la inocente Viuda del Impostor: descubre en este viage la infidelidad de Anastasia, y da fin á su historia.

Partimos pues, prosiguió Isidoro, de Pavía para Milán, llevando conmigo al Esclavo Nicolás para que me sirviese, por haberle visto muy deseoso de hacer este viage. Luego que llegamos á dicha Ciudad, quiso la Viuda detenerse algunos dias para visitar algunas Parientas. Con eso tuve ocasion de ver las cosas mas raras y mas famosas que hay en aquella Capital. Entre otras fuí á ver el Hospital, ó la casa de los Orates, donde hallé tanta multitud de estos infelices, que no es posible describirlos, ni numerar las diferentes clases de ellos. Habia algunos que ha-

habian perdido el juicio por enamorados. Oh! (dixe entónces á mi capote) la clase de estos será sin duda inumerable. Ví otros que se habian vuelto locos por haber perdido un pleyto, y aun á uno se le habia ido la tramontana solo porque no habia vencido en la Lotería de Génova: muchos avarientos, porque el precio de los granos no habia sido como ellos habian esperado: varios Padres infelices, porque sus hijos les habian aliviado las navetas: diferentes Literatos, que por querer saber demasiado olvidaron todo lo que sabian: no pocos devotos, que por no haber acertado con el camino de la virtud se perdieron en el de la mentecatez, y así de otros muchísimos, cuyas manías eran ridículas, furiosas, alegres, melancólicas, y en fin de todas especies. Dolióme mucho haber encontrado entre la multitud de aquellos mentecatos al pobre Alquimista de Plasencia. Quién sabe (exclamé yo al verle) si aquel miserable se volvió loco por culpa mia. El haberle enseñado yo el Bezoar de los Basiliscos, quizá le turbó la mente, y ofuscada la razon se le revolvieron los sesos. No Señor, me dixo entónces el Padre de los Locos que me acompañaba, antes bien todo lo contrario. Si fué usted el Astrólogo que le insinuó aquel secreto, lejos de ocasionarle la locura presente, puede tener el consuelo de haberle curado de otra mayor que tenia antes, y era la de estar persuadido á que podia encontrar la piedra Filosofál. Es verdad

que en virtud de lo que usted le dixo emprendió un viage; pero habiendo llegado á no sé qué Ciudad de España, encontró á un amigo suyo Italiano. Saludáronse, abrazáronse, y preguntado por este quál era el motivo y fin de su viage, el Alquimista le confesó la verdad, contándole todo el hecho. Vaya (le respondió el amigo) que tú no entendiste lo que el astuto Astrólogo te quiso decir con aquella burla. Quiso darte á entender, que tan imposible era encontrar la piedra Filosofal, como hallar el Bezoar del Basilisco; porque este animal es un ente imaginario y de pura invencion, ni mas ni menos como lo es la soñada piedra Filosofal. Si tuvieras un poco de juicio facilmente hubieras entendido lo que te queria decir con aquellas palabras, y si le quieres tener, te dexarás de gastar tu dinero y tu salud en buscar una cosa que jamas la has de encontrar. Esta especie de animales es imaginaria, y de pura invencion: entes metafisicos que jamas exîstieron, ni mas ni menos como el *lapis Philosophorum*, cuyo ser ideal y ontológico nunca salió de la fantasia de ciertos soñadores. Bastaba un poco de juicio para entender el verdadero sentido de aquellas palabras, y si tú le quieres tener, te guardarás bien de gastar tu dinero y tu salud en solicitar una cosa que nunca la podras conseguir. Entónces sí que te podras gloriar de haber encontrado la verdadera piedra Filosofal, porque habrás recobrado el entendimiento y la razon que perdiste,

te, que es aquel raro secreto con que enseñan los Filósofos que se puede adquirir todo aquello que racionalmente se desea. Este breve discurso hizo todo el efecto que yo pretendia. El Alquimista recobró su juicio, volvióse á su Patria, y dexose de alambiques, y alambicaduras. Pero poco despues dió en otra locura muy distinta. Dedicóse al estudio de las Ciencias mas sublimes, y metióseles en la cabeza que era el hombre mas docto y mas sabio que habia en todo el mundo. Fomentábanle esta disparatada opinion aquellos que sabian menos que él, ú otros, que por divertirse á costa suya, querian acabarle de rematar. Así pues se confirmó tanto en su capricho, que hacia la crítica de los mas Ilustres Escritores Sagrados y profanos que habian florecido en los Siglos precedentes. Componia y recitaba públicas Disertaciones, en las quales, tratando de puntos de Moral, de Teología, de Física, y de qué sé yo, decidia como Oráculo, jactándose tal vez con la mayor franqueza de que era inspirado de espíritu superior. Y esta fué la locura por la qual le encerraron aquí dentro.

Pregunté despues quién era uno que estaba con el Alquimista? Respondióme que era un Abogado Modenés, el mas acreditado que habia en aquella Corte. Pero con qué ocasion, ó motivo perdió el pobre el seso? le volví á preguntar. Por un motivo ligerísimo, me respondió. Otro Abogado mas mozo que él citó en un

un Alegato cierto texto, ó lugar de no sé qué Jurisconsulto. Nególe él, que el tal texto se hallase donde el otro decia: despues de diferentes debates, afirmando este y negando aquel, se acudió á la fuente, y se echó mano á el Libro. Encontróle finalmente el Abogado mozo en el mismo lugar donde le habia citado, y quedó el viejo tan corrido, que vuelto á su estudio quemó todos sus libros, y faltó poco para que no hiciese lo mismo de la propia casa. Renunció la Abogacía, y no volvió á parecer en público. Su presente mania es la de no hablar, y aunque tiene una lengua tan expedita como la que mas, quiere absolutamente ser mudo. Quizá (repliqué yo) querrá hacer penitencia de las infinitas mentiras que habrá dicho, quando con el artificio de sus palabras procuraba engañar á los Jueces, para lograr sentencia favorable á sus Clientes. Poder de Baco! (exclamó el que guardaba los Locos) si todos los Abogados que embaucan á los Jueces con esos artificios hubieran de hacer la misma penitencia, no cabrian en el Hospital de San Vicente. Yo lo creo, repuse yo: y sin embargo todos universalmente se jactan de veraces y sincéros. En esta conversacion nos íbamos divirtiendo, hasta que recorrimos toda la gran Sala de los Locos. Al acabarla, admirado yo de no haber visto en ella muger alguna: son por ventura las mugeres, pregunté al Padre de los Locos, mas juiciosas y mas sesudas que los hombres? No Se-

señor,

ñor, me respondió prontamente, antes bien porque comunmente se cree que todas, qual mas, qual menos, tienen algo de locura, por eso no se las da lugar en este Hospital, porque aunque es tan grande y tan capaz, no cabria en él ni aun la mas mínima parte. Fuera de eso, como toda la distincion que hay en ellas en punto de locura consiste principalmente en lo mas ó en lo menos, no milita en ellas la razon que hay respecto de los hombres. A estos, quando pierden el juicio, se les recluye en un quarto, para que con sus disparatados discursos, ó con sus bestiales acciones no ofendan los oidos, ni los ojos de los hombres cuerdos, modestos y arreglados: peligro que no hay, ó es muy raro en las dementadas del otro sexô. No tuve paciencia para sufrir por mas tiempo que aquel hombre hablase tan mal de un sexô tan digno de todo respeto, y ya le iba á responder que siempre ha habido, siempre hay, y siempre habrá mugeres juiciosísimas, prudentísimas y racionalísimas; pero otro de los que gobernaban los Locos que estaba cerca, habia oido toda la conversacion, y conoció que yo iba ya á formalizarme, Señor, me dixo, no haga caso su Merced de ese pobre mentecato, porque es un loco de atar, y toda su locura consiste en tener por locas á todas las mugeres. En todo lo demas es hombre de gran entendimiento. Si su merced gusta de entrar en la Sala donde estan recogidas las mugeres que se reputan por locas,

pue-

puedo yo servirle, siendo como soy el que las guardo, y á quien está confiada su custodia; pero ha de ser con la condicion; de que primero me ha de prometer como Caballero, que defenderá con espada y lanza en campo abierto, ó cerrado contra qualquiera que sea, que el sexô femenino por punto general es mas juicioso, mas sesudo, y mas prudente que el universal, y mas comun del masculino. Señor, le respondí, á ese precio renuncio el gusto de ver la Sala de las mugeres locas, y mas quando veo tantas en todas partes, sin necesitar venir al Hospital, que enteramente me han quitado la gana ó la curiosidad en este punto.

Diciendo esto me escapé quanto antes de aquella Casa, temiendo que los dos Directores de Locos me cerrasen la puerta, y me hiciesen el cumplimiento de hacerme pasar por uno de los que estaban á su cargo, en venganza de haberme opuesto á sus dos proposiciones, pronunciadas con tanta satisfaccion, y con tanta generalidad. Por la noche divertí á mi Ama con la relacion de lo que me habia sucedido aquel dia. Esta fué la primera vez que ví asomarse alguna risita á sus labios, y tuve el gusto de disipar por algunos minutos las tinieblas del dolor, que cubrian aquel semblante, obscurecido siempre con ella. Desembarazada ya de sus visitas proseguimos nuestro viage, pasando de Milán á Mantua, y desde aquí á Trento. En esta Ciudad tuve la fortuna de librarme para siempre del amor

de

de Anastasia, y espero que tambien del de todas las mugeres. Aquí descubrí al cabo, que el feo, y aun monstruoso Nicolás era el verdadero objeto de todos sus amores, y que esta caprichosa y extravagante pasion habia echado hondas raíces en entrambos mucho tiempo antes que yo conociese á la tal pérfida Griega. Ni yo sé que la horrible figura de aquel hombre pudiese tener otro mérito que el de ser un mocetón robusto, nervioso, y fornido: muebles naturales, que suelen tal vez lograr alta estimacion en las mugeres que solo se gobiernan por cierto loco capricho. Ví casualmente á los dos (quando ellos creían no ser vistos) tratarse con grande familiaridad, y derretirse en palabras tiernas y amorosas en testimonio de su recíproco amor, y fidelidad. Te juro, querido mio (le decia ella) que mientras tenga espíritu en mis carnes, nó seré de otro que tuya. Te prometo dueño mio (la respondia él) que mientras me corra la sangre por las venas, estará pronta á derramarse por tí. Dichoso mil veces el dia (exclamaba la Griega) en que tuve la fortuna de conocerte. Y mil veces feliz fué aquella noche (correspondia el Esclavo) en que logré el primer fruto de mis amorosos suspiros. Desde estos galantes cumplimientos pasaban los dos amantes á divertirse á costa mia, burlándose, y riéndose de mi credulidad. Muy tonto es (decia la muger) si está persuadido á que yo le tenga ni la mas mínima inclinacion. Es un loco de atar (añadia el Es-

Esclavo) si juzga que cooperé yo á tu fuga por su contemplacion. El gasta, y nosotros nos holgamos (decian los dos á un tiempo) pero dia vendrá en que conozca lo mucho que se engañó. Salí entónces del lugar donde estaba escondido, y abominando en uno y en otro con semblante ayrado y severo su infidelidad, su ingratitud, su gelonía, y su prostitucion, los despedí en el mismo punto, echándolos enhoramala, sin darles mas que lo que tenian acuéstas.

Nunca supe despues qué se habia hecho de ellos. Solo sé, que jamas me acuerdo de aquella villanísima accion, y de haberme engañado tan infamemente una muger á quien tenia yo por la mejor del mundo, sin renovar el propósito de nó volverme á mezclar en amores con aquella casta de páxaras, sino vivir en adelante sin la mucha hiel, y poca miel de una pasion tan amarga como loca. Miren ustedes el bello Adonis de qué se habia enamorado aquella Venus, y el lindo Páris que estaba tan perdido por aquella disoluta Elena. Ahora sí (añadía yo, hablando conmigo mismo) que doy toda la razon al que cuida de los locos de Milán, que defendia con tanto calor, no hallarse muger alguna que no tenga su puntica de locura. ¿Puede haber mayor capricho que enamorarse de un Tuerto, de un Giboso, de un Tullido, en quien no se descubria otro atractivo, ni otra habilidad que la que se puede desear en el Garañon de una Parada? Así discurria yo, y aun así habla-

blaba conmigo mismo en el calor de mi rabia, quando oyendo mi Ama el estrépito que habia hecho al echar enhoramala á los dos tiernos amantes, entró en mi quarto, y me preguntó el motivo de mi disgusto y de mi cólera. Contéla menudamente toda la historia de mis amores, y añadí: Señora, yo traté siempre á aquella ingrata con todo el miramiento, y toda la honestidad que se puede desear, mas que esperar en un amante. Aunque la tuve mucho tiempo á mi disposicion, nunca juzgué que me fuese lícita la mas mínima accion menos decente, hasta que abandonase ella el rito Griego que profesaba, y pudiese unirse conmigo mediante el legítimo vínculo del santo Matrimonio. Ibame ella entreteniendo de dia en dia, dilatando con diferentes pretextos la efectuacion de lo que yo deseaba, y como desde que salimos de Scio casi siempre hemos estado de viage, no la apuraba mucho sobre que cumpliese lo que me habia prometido. Vea usted ahora qué traza tenia de cumplirlo. Sabe Dios lo que pensaban hacer aquellos dos desalmados. Por lo menos lo mucho que V. S. ha traido consigo, y lo poco que he podido traer yo, es muy natural que hubiese corrido peligro, quando hallasen alguna buena ocasion. Quedó la Señora altamente admirada del mal corazon de Anastasia, á quien habia cobrado amor, creyéndola muy diferente de lo que era en realidad. En fin Isidoro (me respondió) has tenido la fortuna de conocerla á

 tiem-

tiempo. Da mil gracias al Cielo por este beneficio, y en adelante mira bien de quién te fias.

Despues de esto, habiéndonos proveído de nuevos Criados, proseguimos nuestro viage hasta Bohemia. Inmediatamente se metió la Señora en un Convento, según lo habia determinado, y yo la dexé contentísima en él. Pero queriendo ella hacerme ver antes de mi partida que habia tambien mugeres agradecidas, generosas, y liberales, me regaló con un curioso cofrecito, dentro del qual habia una cantidad no corta de dinero, y un entero surtido de preciosas joyas mugeriles. Todo esto, me dixo, es muy supérfluo para quien ha abandonado al mundo, y quiere darse al retiro y á la perfeccion. A tí te podrá servir en alguna necesidad, y á mí me podria perjudicar, teniendo delante de los ojos los vanos adornos de la mundana grandeza. Diciendo esto quiso resuelta y absolutamente que yo me llevase el cofrecillo: este es aquel reservado tesoro de que alguna vez os hablé, y al que jamás he tocado. Yo te hago donacion de él, y no se hable mas en la materia. Era mi obligacion volverme inmediatamente á Pavía, para dar razon de todo al Conde Ildefonso; pero habiendo encontrado afortunadamente en Praga á vuestra querida Irene, como lo has sabido de su misma boca, me ví en la precision de no abandonarla para conducirla á Sicilia, y entregarla en manos de un amigo á quien habia conocido antes que él, y con cuya amistad me li-

ga-

gaba. un vínculo mas estrecho. No obstante escribí al Conde Ildefonso, exponiéndole el motivo que me impedia el volver prontamente á Pavía, pero asegurándole al mismo tiempo que luego que hiciese la entrega de la persona que se habia confiado á mi cuidado y escolta, cumpliria con mi obligacion, pues con efecto antes de emprender el viage de Madagascar, quiero ir á dar razon de mi persona á aquel buen amigo mio.

CAPITULO IX.

A quién encontraron César, Irene, é Isidoro en la Hosteria de Salemi: descripcion del Desierto de Corillon, juntamente con la del Solitario de Mecina.

Así dió fin Isidoro á la relacion de sus Aventuras, quando nos hallamos en un Lugarcillo que se llamaba Salemi, donde habíamos determinado hacer medio dia. Entramos en la Hosteria, en la qual encontramos un forastero de buena traza, que habia llegado poco antes que nosotros, y nos dixo el Posadero que caminaba tambien por el mismo camino que nosotros habiámos de llevar. Hicimos á Isidoro que le convidase á comer en nuestra compañia, como tambien á hacérnosla, si gustaba, en nuestro viage. Acetólo todo cortesanamente, y habiéndonos sentado todos quatro á una buena mesa, se procuró hacer brillante la conversacion con discur-

sos

sos alegres y divertidos, en los que hacia el principal gasto el buen humor de mi buen amigo. Pero nuestro nuevo compañero, que se llamaba Tarquinio, mostraba divertirse poco con las saladas gracias y chanconetas inocentes que se decian, manteniéndose siempre silencioso, grave, serio, y pensativo, sin asomársele á los labios ni una ligera risita. Qué tiene usted, Señor Tarquinio? le pregunté yo. Sírvase decirnos, sino tiene inconveniente, á dónde se dirige su viage, y quál es el motivo de él. Yo, Señores, respondió, partí de Siracusa, mi Patria, en busca de ciertos Solitarios, que creí estaban en el Valle de Noto, y despues he sabido no estar sino en el territorio de Mazara, en una especie de Desierto no distante de un Lugarcillo llamado Corillon: sitio que la Naturaleza proveyó de todo aquello que puede hacer deliciosa la vida solitaria. Voy á consultar con aquellos hombres cierto negocio mio grave, y de importancia, y si ustedes quieren tomarse el trabajo de un pequeño rodeo, no solo tendran el gusto de saber el motivo que ellos tuvieron para retirarse á su deliciosa soledad, sino tambien el que tengo yo para buscarlos, y solicitar su consejo. Sí por cierto, respondió entónces Isidoro: sin duda que algun misterio curioso se encierra en uno y en otro, y será bien informarnos. No solo en los viages largos, pero aun en los mas cortos no pocas veces se ofrecen ocasiones de apacentar nuestra curiosidad, y sería lástima dexarlas es-

ca-

capar, por no dar quatro pasos mas. Así que, si á ustedes les parece., tambien iremos nosotros á ver á esos Santos Hermitaños. Tanto Irene, como yo respondimos que iríamos con mucho gusto. Luego que acabamos de comer, montamos nosotros en nuestro Calesin, y Tarquinio en su caballo. Aquella noche dormimos en el callejon, ó llámese estrecho de Sorice; y la mañana siguiente, habiendo vuelto á proseguir nuestro camino, quando llegamos á un cierto Calvario, se paró Tarquinio á contemplar el Pais circunvecino, y mostrándonos con el dedo un empinado monte: al pie de aquel monte, dixo, está el afortunado y solitario sitio donde se retiraron y residen los Hermitaños, de quienes hablamos ayer. Sino me informaron mal hemos de tomar aquel camino de la mano derecha, y en menos de dos horas llegaremos á su Hermita. Así sucedió. Quando nos vimos á la falda del Monte, descubrimos en una eminencia como cosa de doscientos pasos geométricos un sitio que la Naturaleza y el Arte parecian haber competido en hacerle deliciosísimo. Veíanse en ella multitud de Cipreses entreverados con mucha simetría entre corpulentas y copetadas Encinas, plátanos, y abietos, cuya confusa y apacible sombra, en medio del ardor de aquel abrasado clima, hacian fresquísimo el lugar, donde se dexaba ver una pequeña Iglesia, ó por mejor decir una devota y pulida Capillita, á la que estaba pegada la Heremítica habitacion, que con-
sis-

sistia en algunas Celditas tan estrechas, que solo el aseo, la limpieza, y la figura las distinguia de chozas. A espaldas de la Iglesita habia un huertecillo, bien proveído de varias especies de sabrosas frutas, y esquisitas yerbas, regadas con la pura y cristalina agua de una fuente que en una esquina del huerto brotaba de una peña viva, y abriéndose camino por la blanda yerba, se encaminaba serpenteando con un dulce murmurio hácia la llanura. Habíase hecho venerable aquel lugar, no solo por el respeto que causa naturalmente todo sitio piadoso y solitario, sino tambien por las particulares circunstancias de sus actuales habitadores. Hallámonos con dos hombres vestidos con un hábito de color pardo, que les llegaba á un palmo mas abaxo de la rodilla, ceñido con un tosco cordon de cáñamo, un capucho en la cabeza, que se calaba hasta las cejas, barba larga y muy poblada, pero en el uno casi enteramente blanca y canosa, en el otro crespa y negra, indicando la diferencia de edades.

Luego que nos vieron dexaron el trabajo en que estaban, conviene á saber, haciendo unos cestillos muy graciosos de mimbres de varios colores, y se vinieron á nosotros. Saludámoslos, y nos correspondieron con el mayor agrado, urbanidad, y cortesia. Convidáronnos á que descansásemos, sentándonos en unos asientos de piedra que estaban á la puerta de la Hermita, y luego nos sirvieron un refresco de alguna fruta que

que habian cogido de su huertecillo. Echamos á pacer nuestros caballos en una especie de campo, que servia como de plazuela á la fachada de la Capillita, y mientras tanto nosotros despues de haber visitado la Iglesita, pasamos á ver las Celdillas de los dos Anacoretas. Habia una especie de transitillo ó dormitorio muy estrecho, á cuyos lados se veían quatro Celditas, dos á uno, y dos á otro, adornadas con algunas estampas de papel, y una camilla, que se reducia á un enjuto xergon, no tanto lleno, como sembrado de paja, y tan estrecho que apenas cabia en él una persona. Al fin del dormitorio estaba la cocina, cuyos trastos y utensilios mostraban muy bien, que allí solo se cocian viandas simples y frugales. Sin embargo todo respiraba aseo, y una exquisita limpieza: prueba clara de que en aquel lugar lo que pertenecia al cuerpo era muy parecido en la limpieza á lo que tocaba al alma. Despues que hubimos satisfecho nuestra curiosidad en ver todo lo que habia en el Heremitorio, llegó la hora de comer. Habíamos tenido nosotros la advertencia de llevar la prevencion de pan, vino, y carne asada, y habiendo Isidoro tendido los manteles para la comida en el mismo suelo, y al pie de la vecina fuente, convidamos los dos Solitarios á que viniesen á comer con nosotros. Acetaron inmediatamente sin hazañerías, ni melindres, y habiendo querido ellos que se traxese á la mesa para todos la comida que tenian prevenida para sí, se comió

pro-

promiscuamente de todo. Discurrióse recíprocamente en la mesa de la amenidad deliciosa de aquel sitio, que al mismo tiempo respiraba alegria y devocion.

Acabada la comida dixo Tarquinio: Padres mios, así estos Señores, como yo hemos venido á veros, movidos de la fama que corre por todas partes, diciéndose que ambos abrazasteis este género de vida por motivos muy particulares. Si os place, quisiéramos oir de vuestra misma boca la verdad que hay en esto, y así os suplicamos tengais á bien darnos este gusto, ya que por solo gozarle he venido aquí desde Siracusa, y estos Señores se desviaron un poco del camino de Palermo, á donde enderezaban su viage. Sonrióse entónces el Hermitaño de la barba blanca y cana, y respondió: si yo creyera, que el complaceros en este particular solo habia de servir para contentar vuestra curiosidad, quizá no seria tan condescendiente; pero persuadido, á que de mi relacion se podrá seguir algun fruto ventajoso para vuestras almas, con mucho gusto estoy pronto á serviros, y obedeceros; pero antes que hable de mí, tengo por necesario daros una breve noticia del grande hombre que ócupaba esta soledad antes que yo viniese á ella. Es verdad que no le conocí, porque habia muerto poco antes que viniese yo á sucederle. Pero habiendo dexado escritas de su mano algunas memorias, ó apuntaciones de su vida, por ellas mismas entendí la causa que le mo-

movió á volver las espaldas al gran mundo, y darse enteramente á la vida solitaria, en que vivió alegre y contentísimo por espacio de muchos años.

Era hijo de Padres honrados; pero habia tenido por desgracia suya tres hermanos, y otras tantas hermanas. Diéronle una buena educacion, aplicóse á los estudios, en que salió erudito y sabio, con mucho consuelo de los suyos, y con no poca envidia de los estraños. Estos bellos talentos para las ciencias eran contrapesados por otra tanta propension á los vicios. La ciega inclinacion á las mugeres, y á los excesos de la glotoneria, eran las dos pasiones que le dominaban. Trastornaron sus costumbres las malas compañias, y faltó poco para que enteramente no las estragasen. Viéndole sus Padres tan engolfado en la disolucion, no cesaban de corregirle, pero arraygadas ya en el alma las malas costumbres, necesitaban de mas fuertes remedios para desprenderse. Aun él mismo, quando hacia reflexîon á su modo de vivir, conocia muy bien que no era muy loable la vida que traía, y por entónces hacia grandes propósitos de huir las ocasiones. Pero esto duraba poco, y volvia presto á los mismos excesos de una y otra pasion, con gran dolor de sus Padres, que habian puesto en él todas sus esperanzas, creyendo que algun dia seria la honra y el esplendor de su Familia. Quizá lo hubiera llegado á ser, si quando lo deseaban con tanto ardor hubie-

ran aplicado aquellos medios que él mismo los hizo sugerir por medio de sus amigos. Que mi Padre me case, los decia. No hallo otro remedio mas eficaz para refrenar mi fogosa concupiscencia, y para librarme de la furiosa inclinacion que tengo á conversar, alegrarme, comer, y beber con mis amigos. Quando tenga á mi lado una muger moza, linda, y agraciada con las obligaciones de Esposa, ella sola será el dueño de todo mi corazon, y teniendo dentro de mi casa la conversacion genial de una persona que merece ser amada, no me pasará por el pensamiento irla á buscar á otra parte. Esta, con su modo apacible y cariñoso, moderará mis rebatos, é insensiblemente me irá desviando de las merendonas y glotonerias, poniéndome en el camino de vivir frugal, y honestamente, como lo deben hacer todos aquellos que están en vísperas de ser Padres de Familia.

Pero por mas que se ingeniaron los amigos y confidentes de la casa en insinuar este buen consejo al Padre del Mecinense, este no hizo caso de él, despues de haberlo consultado con los otros hermanos suyos, dando por razon que no era todavía tiempo de que pensase en casarse; que tenia tres hermanas casaderas, y era menester pensar ante todas cosas en dar estado á estas; que no tenia necesidad la casa de que se traxese á ella una muger mas, quando habia ya tantas en ella: y finalmente, que restando aun otros tres hermanos solteros no permitia su cons-

ti-

titucion que él se acomodase antes que los otros se pusiesen en carrera. Añadian á esto, que si su inclinacion era verdaderamente buena podia y debia reducirse á entablar otra vida mas Christiana y arreglada, sin que fuese menester que precediese el matrimonio; antes bien esto mismo conduciria para facilitarle un matrimonio mas decente y ventajoso, habiendo dado claras y convincentes pruebas de estar muy enmendado en su pública y escandalosa disolucion. Sin esta prueba parecia casi imposible encontrar quién le quisiese dar una hija, ó una hermana para que la maltratase quando estuviese fuera de sí con el calor del vino, ó violase la fé que la debia como á Esposa quando se hubiese cebado en otros espurios é ilegítimos amores.

Con estas aparentes razones, mas especiosas que sólidas, dexó escrito el Mecinense que se le negó siempre el asenso á que tomase muger. Mientras tanto, hallándose uno de los tres hermanos ausente (no expresa con qué motivo) y en lugar muy distante de la Patria, llegó un dia improvisamente la noticia de que sin aguardar el consentimiento de sus Padres se habia casado á gusto suyo con una mozuela forastera á quien amaba, y que no tenia otra dote que la de su desgraciada belleza. Al principio entró el Padre en una cólera que se acercaba á ser furia. Queria borrarle del número de sus hijos, y no reconocer por tal á un mozo tan atrevido y temerario, que habia atropellado las Leyes Ci-

vi-

viles sobre la Paterna potestad, por dar solamente oidos á los impulsos de la Naturaleza. Pero aquella cólera se fué poco á poco sosegando. Con el tiempo le volvió á admitir á su gracia, y aun á recibirle en su casa juntamente con su muger, la que muy en breve le regaló tambien con un lindo Nietecito. Mientras tanto el pobre Mecinense, que estaba viendo lo bien que habia salido á su hermano la independiente resolucion con que se habia casado á su gusto, queriendo librarse, si le fuese posible, de la guerra que continuamente le estaban haciendo la concupiscencia y la gula, hizo que segunda vez propusiesen á su Padre el proyecto de su matrimonio, y para que le hiciese mas fuerza alegaba el exemplo de su hermano, diciendo, que sino lograba el consentimiento de sus Padres para casarse con aquella jóven, pasaria á hacerlo él sin su permiso, usando del derecho y libertad que daba la Ley á los hombres que pasan de veinte y cinco años, para casarse con quien mejor les pareciese. Esta proposicion, que tenia sonido de amenaza, fué oida con mucho mayor disgusto que la primera. Alborotóse el Padre, y tanto que con aquel primer movimiento, sin saber lo que se hacia, echó mano á la espada, prorrumpió en gritos, trató á su hijo de temerario, y de enemigo de su propia casa, pues sabiendo muy bien que sus fuerzas no alcanzaban para sufrir á un mismo tiempo dos matrimonios, queria cargarla con el tercero, para que llenán-

do-

dola de hijos acabasen de arruinarla. Al oir esta repulsa el pobre mozo, se sintió su espíritu agitado y conturbado de mil diversos pensamientos. Aquellos pocos resíduos de su virtud que todavía sentia en el fondo de su alma, no le dexaban precipitarse á la resolucion de desobedecer á su Padre. Por otra parte el fuego de la sangre, y la vehemencia de su pasion, le representaban como un delito que merecia fácil perdon el despreciar todo humano respeto por abrazar un estado instituido para la legítima propagacion del género humano. Los muchos exemplos de tantos hijos, que estando aun baxo la Patria potestad, lo habian hecho así, y al cabo habian logrado ser restituidos á todos los derechos de la Filiacion, le añadian mucho aliento. No le daba menos el dicho de un célebre Autor Africano, conviene á saber, que la Naturaleza hacia oficio de Madre, y el tiempo hacia el de Padre, para que los hijos, llegando á cierta edad, se pudiesen casar sin necesitar de otra licencia. En una palabra: el fuego, y la pasion vencieron todos los reparos, y habiendo puesto los ojos en una muger (cuyo nombre calla) resolvió pretenderla para Esposa. Todo estaba ya dispuesto para contraer aquel matrimonio, quando penetrándolo sus Padres, supieron proponer tales impedimentos, que sin embargo de no ser muy Canónicos, no solo bastaron para dilatar, sino para imposibilitar en cierta manera la execucion del contrato. Ya por

es-

este tiempo vivia el pobre mozo en casa de la misma que habia de ser su muger, desechado y olvidado de todos sus Parientes, los quales solo se acordaban de él para hacerle continua guerra, en órden á que no saliese con su intento. Parecíale á él, que siendo su Padre un hombre al parecer timorato, el mismo verle metido en aquella próxîma ocasion, obligaria su conciencia á mirar por el alma de su hijo, permitiéndole al fin, para que no continuase en un comercio tan escandaloso, que le convirtiese en otro que fuese santo y legítimo. Pero todo sucedió muy al contrario. Obstinóse de manera aquel empedernido corazon, que no habiéndose hallado modo de ablandarle por quantos medios se tomaron, y consumido todo lo poco que tenia aquella pobre y desventurada muger; tanto que ya no la habia quedado con que poder comprar un pan, se vieron precisados, no sin muchas lágrimas, á tomar otro partido. Este fué el de la separacion, pero de una separacion santa y virtuosa; porque ella se retiró á una casa de Mugeres arrepentidas y Penitentes, y él se vino á esconder y fundar este rústico, sombrio, y solitario retiro, donde pasó el resto de sus dias, como ya os dixe.

CAPITULO X.

La Muger á la moda. Historia del Solitario Calabrés.

Habiendo concluido así la relacion el Solitario mas anciano: ahora (añadió inmediatamente) quiero yo dar principio á la historia de mis sucesos, ya que ustedes tienen tanto deseo de saberlos. Yo nací en Calabria. Mi Padre fué un hombre, que de muy cortos principios, en cierto miserable tráfico que hacia, en muy poco tiempo llegó á hacer gran fortuna. Su nacimiento fué humilde, como quien era hijo de un pobre Labrador, pero su talento era muy superior á la baxeza de su cuna. Con todo eso no sé si las grandes riquezas que llegó á poseer fueron legítimamente adquiridas: dame motivo para sospechar lo contrario lo poco que duraron, y la fatal presteza con que todas ellas fueron disipadas. Dícese comunmente, que el fruto de lo mal ganado rara vez llega al tercer heredero: esto se verificó bien en mi casa, pues toda la grande herencia no pasó del primero, que fuí yo, y en breve tiempo ví convertido en humo todo quanto habia heredado. Habíase casado mi Padre con una Muger hidalga, y de condicion muy Civil, la qual, no obstante la edad algo avanzada de uno y otro, le dió un hijo que fuí yo. Desde luego pensó mi Padre en darme

me una crianza tal, que algun dia pudiese hacer figura de Caballero, siendo este el único punto en que la avaricia se dexaba dominar de la ambicion. Habiendo dexado todos sus tráficos, se trasladó desde Sicilia á la Calabria, y allí á fuerza de dinero se hizo asentar en el Rolde, ó bien sea la Matrícula de los distinguidos Ciudadanos de Catania. Compró bellas, y ricas posesiones en el territorio de la nueva Patria, fabricó en todas ellas deliciosas Quintas, y para su habitacion dentro de la Ciudad compró una casa, que casi podia presumir de magnífico Palacio. Aquí pasé yo mi puericia, y mi juventud, comenzando desde el principio de esta á hacer buena figura, porque ponia el mayor cuidado en acompañarme únicamente con los Caballeritos mis coetaneos, que eran de la primera y mas calificada Nobleza de la Ciudad. Gustaba infinito mi Padre de verme siempre en tan noble compañia, y para cultivar mas una amistad que me hacia tanto honor, él mismo nos daba cada año varias comidas, y cenas, que no le costaban poco. Mientras tanto, al paso que yo iba creciendo en los años, iban tambien haciéndose cada dia mas vivos los estímulos de la concupiscencia. Y aquí notarán ustedes la gran diferencia que hubo entre el Padre del Mecinense y el mio: aquel estuvo muy lejos de procurar á su hijo el remedio del matrimonio, que tanto deseaba el mismo hijo, para aquietar por un medio tan legítimo los rebel-

beldes movimientos de la carne, y este andubo tan solícito en ligarme con el mismo matrimonio á pesar de la poca inclinacion con que yo miraba aquel estado: de manera que la ocasion que al cabo dió motivo á mi Antecesor para retirarse á esta soledad, fué el injusto empeño de su Padre en no dexarle casar; y lo que á mi me hizo resolver á encerrarme en este retiro fué la demasiada prisa que se dió mi Padre para casarme, quando yo no pensaba en ello, y esto siendo así que era el mas disoluto de todos los de mi edad.

No habia muger medianamente bien parecida que no la solicitase, y procurase engañar. Pasaba de amor en amor, como las avejas de flor en flor, aunque la poca miel que chupaba las mas de las veces se me convertia en una hiel amarguísima. A cada paso me hallaba en grandes peligros, que debieran hacerme mas cauto y mas contenido; pero no bien habia salido de uno, quando me metia en otro. Despreciaba altamente los consejos que me daban los que me querian bien, y las correcciones de mi buen Padre las trataba de declamaciones impertinentes, propias de una edad ya fria, y garapiñada. Tal vez tuve valor, ó por mejor decir descaro para responder á mi Padre, que hacia lo mismo que su merced habia hecho quando era mozo, y quando mi Madre me gritaba porque venia tarde de noche, la respondia, que eran sospechas vanas, y cabilaciones mugeriles los temo-

res que mostraba de mis nocturnos cortejos. Quando vieron que no me corregía, y ni aun siquiera me moderaba, trataron entre sí de darme muger. Este remedio á la verdad me libró de mi desenfrenada disolucion; pero al mismo tiempo me hizo perder enteramente la paz. La ambicion de mi Padre solamente se empeñó en buscarme una muger que fuese noble, y sin considerar que esta clase de personas aun en medio de la miseria, que muchas veces las hace morir de hambre, abrigan un orgullo y una soberbia, que desdice mucho del infeliz estado en que se hallan, todavía se obstinó á pesar de todo quanto yo le pude decir y representar, en que habia de dar la mano á una Gentil Dama, de una antiquísima y nobilisima Casa, sí; pero de una dote tan miserable que de ninguna manera correspondia á su orgullosa vanidad. Pensó mi Padre suplir este defecto señalándola él mismo una sobredote verdaderamente grande, y aun excesiva, y de esta manera, mas por condescendencia que por genio, me hallé marido como se suele decir de la noche á la mañana. No obstante debo confesar que mi muger era bella, y su afinidad hacia grandísimo honor á toda mi honesta pero muy humilde Familia. ¿Mas y qué sacamos de todo esto? Estuvimos en paz dos ó tres meses. Durante este tiempo parecia verdaderamente que Marido y Muger eramos una alma sola en dos cuerpos. Tanto supo ella acomodarse á mi genio en aquellos pocos dias. Con

efec-

efecto sabia ella fingir tanta dependencia de mi voluntad, que sin expresa licencia mia no daba el paso mas indiferente. Parecia que esta felicidad habia de durar toda nuestra vida; pero tardó poco en aflojar, y aun en desvanecerse enteramente. Comenzó por una especie de discordia entre la Suegra y la Nuera. Ambas querian ser las Señoras de la Casa. Quejábase mi Muger de que mi Madre espiaba todas sus acciones con poca discrecion, y con demasiada curiosidad. No podia mi Madre tolerar que la Nuera mandase con tanto despotismo á los Criados. Si el sueño, ó el amor del Marido detenian en la cama á mi Muger mas de lo ordinario, la Suegra la trataba de poltrona, ó de nimiamente regalona y delicada. Si la Suegra se detenia en la Iglesia á oir mas que una Misa, la Nuera decia que era una Beata. Si esta trabajaba en alguna labor destinada á su mayor decencia, aquella lo calificaba todo de pura vanidad. Si una se ocupaba toda en las haciendas y menesteres caseros, decia la otra que todo aquello era codicia, miseria, y piojeria. ¡Oh y qué gran Dama hemos traido á Casa! exclamaba mi Madre. No sabe mas que estar horas y mas horas al Tocador ó á la Toeleta, y ocupar todo el dia en vestirse y afeytarse. Vamos claros, exclamaba mi Muger, que me ha tocado por suerte una gran Suegra! Ella hace de Señora, de Ama de llaves, y Criada de Cocina. Quando esta veía la mesa cubierta con manteles y servilletas

que

que no fuesen muy finas y muy blancas, preguntaba si todavía éramos todos Labradores? Pero quando ella misma vestia dentro de casa algun trage poco mas vistoso que el ordinario, oh! exclamaba la Suegra: Madama espera hoy alguna visita de su gusto. Ninguna vianda en que hubiese puesto la mano mi Señora Madre, estaba jamas bien sazonada. Si alguna vez se hacia esperar un poco en la mesa mi Señora Muger, luego gritaba la Madre que se trastornaban por causa de ella las horas de comer y de cenar. En suma ninguna accion hacian estas dos Mugeres que no fuese recíprocamente contraria al genio de una y otra, porque infaliblemente no podia sufrir esta nada de quanto conocia era del gusto de aquella.

Pero poco inconveniente seria este si se hubiera quedado solo entre ellas la discordia. El hecho fué que se comunicó tambien á los dos Maridos. Ambos nos dexamos llevar del amor á nuestras Mugeres. Encendieron el ánimo de mi Padre contra mí los continuos lamentos de la suya, y comovieron el mio contra mi Padre las perpetuas plegarias de la mia. Ambos renunciamos al amor filial y Paternal, de manera que se suscitó una especie de guerra civil dentro de nuestra Familia. A la division de los ánimos se siguió presto la separacion de los cuerpos; porque no hay cosa mas eficaz para desunir una Familia, que dar fáciles oidos á los chismes, cuentos, y quejas mugeriles. Ya habia tiempo que

ha-

habíamos separado mesa, y comíamos privadamente en nuestro quarto, evitando quanto podiamos las ocasiones de vernos y encontrarnos. ¡Qué viejos tan indigestos! deciamos á sus espaldas. ¡Qué mozos tan temerarios! decian ellos á las nuestras. Si yo queria alguna cosa de mi Padre, me valia de algun tercero para que le hablase. Y él se servia de algun Criado para darme la respuesta. Así pasaron las cosas por algunos meses; pero el cisma todavía pasó mas adelante. Me fué preciso dexar absolutamente la Casa, é irme á vivir á otra calle muy distante de ella. El gravísimo motivo que me obligó á tomar esta resolucion fué el siguiente. Quiero contárosle, no ya porque merezca ser sabido, sino para que os riais de una cosa tan ridícula, que podia hacerse lugar entre las Comedias burlescas de Plauto, ó de Terencio.

Tenia mi Muger un perrillo que era todas sus delicias. Todos los dias le lavaba, le peynaba, le perfumaba con los olores mas esquisitos, y de mas á mas le engalanaba con cinticas, con pendientes, y con otras mil galanterias. No era Adonis tratado con mayor delicadeza de su adorada Venus, ni el Pastorcillo Endimion de su apasionada Diana. Hacíale caricias tan particulares y tan extravagantes, que parecian especie de idolatria. De dia estaba siempre echado en su regazo, y Dios nos libre de que una sola noche durmiese en otra parte que en su cama! Se hundiria á gritos toda la Casa. Si tal

vez

vez padecia algun ligero mal, la Dama gemia, suspiraba, y todos los Criados uno á uno eran consultados, por si entre ellos habia alguno que supiese algun remedio para curarle. Por poco no se llamaba al Médico mas acreditado de Catania para que le asistiese, y de contado se le aplicaban los específicos mas raros, y mas costosos que se encuentran en las Boticas. Yo mismo llegué á tener zelos del perrillo, pareciéndome que mi Muger le amaba mas que á mí. Sucedió, pues, que un dia vió esta bestezuela entrar un gato, que era el benjamin de mi Madre, en el Tocador de mi Muger: saltó al punto de su regazo, y como lo suelen hacer estos animales, que parece han mamado con la leche su natural aversion á la especie gatuna, echó á correr tras de él ladrando á toda fuerza. Siguióle hasta la cocina, donde se hallaba mi Madre por desgracia. Aquí se paró el gato, poniéndose en defensa: arañó al perrillo malamente, y este se volvió ahullando, y mal ferido á aquel mismo regazo de donde habia saltado tan arrogante, y orgulloso. Quando mi Muger vió á su idolillo en tan lastimoso estado, pareciéndola que sus ahullidos eran voces lastimeras que la estaban pidiendo compasion y venganza, entró en una furiosa cólera, y corriendo á la Cocina quiso absolutamente que la entregasen el gato, para tomar á su gusto la satisfaccion correspondiente á la enormísima injuria, que decia haberla hecho á ella misma. Rióse mi Madre con desprecio de aque-

aquella ridícula pretension, y de aquí se fué enzarzando entre las dos una riña, que tenia de Cómico y Trágico por iguales partes. Si se hubieran enzarzado la misma Tesifonte, y la misma Megera, no creo que hubieran arrojado mas fuego sus ojos, ni mayor furor sus manos, ni mas veneno su lengua. Arrancáronse los cabellos, arañáronse las caras, hicieron pedazos sus vestidos, y vomitaron la una contra otra los mas feos y mas vergonzosos mugeriles improperios. Acudimos mi Padre y yo á los descompasados gritos que daban, y tales que alborotaron toda la Familia. Costónos gran trabajo separarlas, yo tomé por la mano á mi Muger, y la conduxe á nuestro Quarto toda desgreñada, y ensangrentada toda la cara. Comenzó á echar mil maldiciones al dia y á la hora en que habia entrado en aquella Casa. No quiero estar aquí ni un solo momento, decia sofocada, con voz interrumpida con los sollozos y las lágrimas: sácame luego, luego de este infierno: llévame á otra parte, y si no yo misma me volveré á Casa de mi Padre. Tú no debes sufrir que á una muger como yo se la pierda el respeto de esta manera: si no tienes valor para hacer que se me dé la satisfaccion que se me debe, no faltará quien lo haga, y lo tendrá á mucha dicha. Santo Dios! ¡Es posible que se ha de hacer mas estimacion de un vilísimo gato, que de una Dama de mi calidad! ¡Y se ha de dexar sin el debido castigo el insulto de un animal tan abominable hecho

cho

cho á una inocente y amabilísima bestiezuela! No, en esta Casa no hay ni la mas leve sombra de justicia. Vuelvo á decir que no quiero estar en ella ni un solo instante.

Aun no bien habia acabado de pronunciar estas palabras, quando entró un Criado de mi Padre á decirme de parte de su merced, que tratase de hacer salir luego al punto de su Casa á mi Muger, sin réplica, ni la mas mínima dilacion. ¿Que quiere decir eso? replicó ella hecha una furia. Pues qué? ¿así se echa de Casa á una Muger como yo? ¿Soy por ventura alguna Cocinera, á quien se la despide, y se la echa enhoramala con tanta groseria y desatencion? ¿Cree acaso tu Padre que trata con alguna plebeya, ó con alguna villana Labradora? Así se atropella la nobleza de mi sangre, que hasta ahora no ha padecido otro borron que el que se echó quando se quiso mezclar con la villania de la suya! Dí á tu Amo (volviéndose al Criado) que digo yo que no quiero salir de aquí, y que sé muy bien lo que debo hacer. No sea yo la que soy, sino supiere vengarme. De esta manera oponiéndose ella á sí misma, por aquel espíritu de contradiccion y de inconseqüencia, que suele ser tan comun en su sexô, se encaprichó en no querer salir. Pero sobreviniendo nuevos y repetidos recados, y entre ellos uno en que se la decia, que si queria mantenerse en la Casa habia de ser con la condicion de que jamás habia de poner los pies en el quarto de

mi

mi Madre, de repente mudó de parecer, y haciendo que la vistiesen, peynasen, y lavasen lo mejor que se pudo, se metió en el coche, y sin dar oidos á mis súplicas, ruegos y exhortaciones, se hizo conducir á su Casa Paterna. Despues de este suceso en vano hice yo todo quanto pude para conciliar los ánimos. Mi Padre se mantuvo mas firme que nunca en su resolucion, y el Padre de mi Muger se mostró mas condescendiente con ella de lo que fuera razon. En lugar de reprehenderla, y áfearla el que se hubiese salido de la Casa del Marido sin licencia de este, y antes bien contra su expresa voluntad, se empeñó en aprobar el hecho, y en defender sus razones, y fomentándola de esta manera el odio contra mis Padres, se hizo finalmente inexôrable. No se halló otro medio término para acomodar el negocio, sino el que yo me separase de los que me habian dado el ser, y alquilase una Casa, donde despues de dos meses de separacion volví á juntarme con mi Esposa.

A los principios parecia que el espíritu de paz y de concordia habia vuelto á su primitivo vigor; pero tardó poco en que yo le perdiese enteramente. Los alimentos que mi Padre me habia señalado eran demasiadamente escasos para suplir los grandes gastos de una decente y decorosa manutencion. Mi Muger, sin hacer reflexîon á las conseqüencias, era muy inclinada á gastar por su parte mucho mas de lo que pe-

dia la necesidad. Vestidos pomposos, joyas, anillos, reloxes, y caxas de gran valor, lazos, encaxes, cofias finísimas de exquisito gusto, y cada dia de nueva moda: carrozas magníficas, caballos de gran precio, Libreas sobresalientes, y qué sé yo. Si una Dama salia con alguna nueva moda, al punto la imitaba, porque como ella misma decia, no queria ser menos que otra. De nada servia que yo la acordase con el mejor modo que me era posible la escasez de nuestros alimentos, porque me respondia muy alterada, que sino tenia con que mantenerla con la decencia que correspondia á su nacimiento, no debia haber pensado en casarme con ella. Mira tú, me decia, la buena figura que hacen en todas las funciones públicas la Marquesita tal, y la Condesita qual, siendo así que á sus Maridos nada les sobra para echarlo en la calle. Pero el hecho es que aquellos tienen amor á sus Mugeres, piensan como Caballeros, y tienen gran gusto en que estas se presenten al público con todo el decoro, que es tan debido á su sangre. Pero como tú ha tan poco tiempo que saliste del campo, todavía hueles bastantemente al arado; y tus máxîmas apestan á Labradoras. No sabes aun conocer todo el lustre que el Matrimonio conmigo ha traído á tu Familia, y por eso pretendes que una Dama que ha dado á tu Casa tanto honor, viva como una Mercadera, ó como la Muger de un Oficial medianamente acomodado. Yo soy aquella que ha traido á tu

Ca-

Casa las primicias de un esplendor que con el tiempo la ilustrará, y tú te muestras poco reconocido á este gran beneficio, quando tanto te duele hacer el gasto que corresponde al mérito y circunstancias de la que se le hizo á tu Familia. Estas eran, Señores mios, las diarias, y perpetuas cantilenas de aquella buena Muger; y yo para acallarla me veía precisado á condescender con todos sus antojos. No habia hora fixa para comer, ni para cenar. Ibase á la cama quando salia el Sol, y se estaba en ella hasta la una ó dos de la tarde. Entónces se tomaba el chocolate, el thé, el café, y otras cien bebidas calientes, frias, tibias, ó ya heladas. Gastaba despues tres horas en el Tocador, haciéndose peynar, encipriar, perfumar, limpiar los dientes, alisar las carnes, acomodar los lazos, distribuir los rizos, ajustar la cofia, repartir las flores, y sembrar por todo el peynado con prolija simetría las aujas, las perlas, y los brillantes. El Tocador, ó la Toeleta parecia un Mostrador, ó un Arsenal de ampollitas, de vasos, de botecillos, de caxas, y otros mil instrumentos de la vanidad, y de la delicadeza. Gritaba como una espiritada á la Doncella que la peynaba, si un solo cabello salia algun tanto de aquella línea, ú órden que le correspondia, segun la calidad del peynado favorito, ó si pegase un lunar en sitio un poco mas alto, ó un poco mas baxo de aquel preciso en que haria resaltar mas la gracia y hermosura de la cara. Quando se habia

bia concluido la Toeleta entraba el Maestro del Bayle, ó de la lengua Francesa; y aquí se empleaban otras dos horas en aprender el paso del *Copé*, ó del *Boré*, y en pronunciar *Madame*, é *Monsieur* á la perfecta Parisina. Finalmente se iba á comer, y apenas acabada la comida, á que asistia siempre el Caballero que la obsequiaba, para hacerla compañía, era preciso que yo, por no ser tenido por zeloso, buscase algun buen pretexto para retirarme y dexarlos solos. Pero lo mas cómico que habia en todo esto era, que quando el cortejo hablaba con mi Muger, siempre la llamaba *Señora Condesa*, y quando alguna vez se dignaba hablar conmigo, nunca se olvidaba de tratarme de *Meser Alfonso*. De esta manera, ella no dexaba de ser una Señora, aunque casada con un marido que no era noble; y yo proseguia siendo un pobre Labrador, no obstante de ser Marido de una Dama tan ilustre.

De la conversacion privada se iba despues hácia el fin de la tarde al paseo público, y este, segun la variedad de las estaciones, se pasaba á la conversacion, al juego, ó al bayle, que como se ha dicho se acababa siempre despues de amanecer. Esta era la bella vida que contra todo el órden de la Naturaleza se hacia en mi Casa, por no perjudicar la nobilísima sangre de Madama, mi Señora Muger, como lo pedia el decoro de su nacimiento, ni á la manía de vivir á la moda del gran mundo. Pero mientras tanto la economía de la Casa iba en-

te-

teramente por tierra. Yo habia contraido no pocas deudas, y los Acreedores venian cada dia á importunarme. Mi Padre no me queria ayudar, aunque podia hacerlo muy bien, por la grande aversion que tenia á mi Muger. De nada me servia representarle que él mismo me la habia buscado, y que yo solo me habia casado por obedecerle, y darle gusto. Respondíame, que yo como marido de grado ó por fuerza podia y debia haber puesto freno á su locura, haciéndola entrar en juicio, y no condescendiendo con sus irregularidades, concluyendo en fin con que él no queria arruinar á toda una Familia, por contribuir á que otra viviese á la moda de Inglaterra, ó de Francia. Pero todo esto cesó con la muerte que le sobrevino. Halléme ya heredero suyo; y pude librarme con eso de la molestia de mis Acreedores. Luego que se esparció por la Ciudad la noticia de su muerte, dexaron de molestarme, y antes bien vinieron todos á ofrecerme quanto tenian, no menos atentos y respetuosos, que antes habian sido atrevidos y groseros. Por lo que toca á mi Madre cobró su dote, y retiróse á vivir en compañia de una amiga suya. Dexé la Casa alquilada en que vivia, y paséme á vivir á la que ya era mia, como heredada por la muerte de mi Padre. Pero siendo esta magnífica, suntuosa, y muy capaz, desde luego dixo mi Muger, que una Casa como aquella pedia mayor número de Criados y caballos. De nada sirve, decia ella,

un

un gran Palacio, quando no se dé á conocer por un numeroso tren de Criados, y por una bien surtida Caballeriza, que los Dueños que le habitan son Señores de espíritu, y de grandes pensamientos. Sería entónces lo mismo que el Cielo sin Astros y sin Planetas, y la tierra sin numerosas Poblaciones, y magníficas Ciudades. Por la misma gravísima razon pretendia tambien, que en su quarto debia haber una Cámara alhajada á la Chinesa, otra á la Turca, y otra á la Inglesa, con otras muchas modas de Sillas, Taburetes, Mesas, Tapicerias, Puertas y Ventanas, que consumieron mas de la mitad del gran caudal que habia dexado mi Padre en doblones y pesos duros llenos de orin, y cubiertos de moho por el gran tiempo que se habia pasado sin tocarlos. Ya conocerán ustedes que si yo condescendia con estas locas vanidades, era precisamente por librarme de las continuas importunísimas quejas que me daba, y atrevidas insolencias que me decia quando la negaba alguna cosa, poniéndome á cada paso en peligro de precipitarme. Ya se iba á dormir con despecho á otro quarto muy separado del mio, ya queria comer y cenar sola, ya se pasaban dias enteros sin hablar una palabra, poniendo una cara, un ceño, un sobrecejo, y un hocico, que haria parecer bello al mas feo y monstruoso mascaron. Yo siempre he sido enemigo capital de pendencias, y de gritos: siempre hice todo lo que pude para evitar las ocasiones de que en
mi

mi Casa se oyesen estos, y aquellas: mas quando pensaba que el mejor remedio para conservar la paz era la complacencia, la experiencia me enseñó que antes bien era todo lo contrario. Gran desdicha, Señores, la de un pobre marido, á quien toque una Muger que jamás esté contenta, y á quien ninguna fuerza la hagan la discrecion y la prudencia. No hay dia en el año, ni hay hora en el dia en que no gruña, y no grite por una cosa ó por otra. Ya quiere trocar, ó arrinconar un vestido por hacer otro bello y nuevo. Ya se la antoja un estuche, ya una caxa de oro, ya un peyne de concha, ó de marfil, ya una cinta, ya una sortija de brillantes. Ya está de un humor, ya de otro: ahora alegre, ahora melancólica: en este instante rie, en el otro llora, ahora está en paz, y de aquí á un poco está en guerra. Riñe con los Criados, grita con el Cochero, el Repostero no la gusta, y no puede sufrir al Cocinero, de manera que todo el dia está gritando, gruñendo, ó refunfuñando.

Si viene á visitarla alguna amiga, toda su conversacion se reduce á *chacharrear* sobre alguna nueva moda, ó á murmurar de las otras Damas. Fulana es una ambiciosa, citana está llena de vanidad, la tal es una presumida, la qual una insolente, esta una orgullosa, y aquella una muger intratable. Quando entra á visitarla un Caballero, ponerse inmediatamente en pie, reverencias sobre reverencias, que solo con-

sis-

sisten en doblar un poco las rodillas, el cuerpo tieso tieso, y la cabeza inmoble, como pavo Real, ó Gallo de Indias. El abanico siempre en continuo movimiento, ya abierto y desplegado, haciendo ayre á la cara y á los pechos, aunque estando por lo comun descubiertos tienen poca necesidad de refrescarse; ya cerrado, y plegadas las varillas, arrimándole á la boca ó á la barba, y otras veces dándose con él graciosos golpecitos en las delicadas mexillas, quizá para atraer la sangre, y excitar en ellas el color, de que estan desproveídas, ó bien abriéndole y cerrándole al mismo tiempo, haciéndole hacer mil movimientos diferentes, que por su multitud y variedad se pueden comparar con los movimientos que hacen los Soldados en su Exercicio Militar. A los meneos artificiosos del cuerpo acompañan los graciosos movimientos de las manos con el afectado desmayo y delicadeza de la voz, correspondiente en todo á la substancia de los discursos, ó de la conversacion, que solo respira dulzura, molicie y suavidad. Es verdad que algunas de ellas presumen tambien de Doctas, y de Filósofas, hablando de estas materias con la misma satisfaccion con que pudieran hablar de hilar una libra de lino, ó de coser una camisa. Entran en discursos sobre materias Teológicas con la misma facilidad con que discurren sobre el buen gusto de una cofia, de una tela, ó de una gala. Hacen la crítica de una Poética composi-

cion

cion con la misma franqueza con que dan su parecer sobre lo ayroso ó lo feo de un peynado, ó acerca del buen ó mal gusto de un vestido. Con efecto en todo quieren meter su cucharada, aspirando á acreditarse de Sibilas.

No por esto quiero, ni puedo negar que se han visto, se estan viendo, y se podran ver en todos tiempos no pocas mugeres verdaderamente sabias, eruditas, doctas, juiciosas y prudentes. Pero el hecho es que la que á mí me tocó no entró en el número de estas. Su insolencia no podia ser mayor, su presuncion sin término, y su vanidad mas allá de todo exceso. Y como yo por mi natural nimia condescendencia, no tuve la fortuna de moderarla, en muy poco tiempo fué ella la única causa de mi total y entera ruina. Quando vió casi del todo consumido mi rico Patrimonio, y á mí cargado de deudas por sus locos y excesivos gastos, tomó todo lo que pudo de mi casa con el pretexto de su dote que se èstipuló, mas nunca se pagó, y yo (pobre de mí!) quedé expuesto á la cruel persecucion de una infinidad de acreedores. Víme precisado á huir, por no parar en una cárcel perpetua, y desde aquel tiempo anduve vagando por el mundo, hasta que benignamente me acogió y abrigó en su seno esta nunca bastantemente alabada soledad. En ella vivo qüieto y tranquilo : solo quando veo aquí alguna muger me sobresalta el temor de que pueda parecerse en el semblante al de aquella que me

dexó tan grabada en el corazon la memoria de mis pasadas desventuras. Así acabó de hablar el anciano Solitario, y entónces el menos viejo, sin dar tiempo á nuestras reflexîones sobre la historia de su compañero, dió principio á la suya en la substancia siguiente.

CAPITULO XI.

La Muger Christiana, ó Historia del Solitario Palermitano.

Señores, dixo, la mala cabeza, y la ninguna virtud de su Muger, fué la que traxo á esta Soledad al Padre Alfonso, y la que me dió ocasion á que yo viniese á ser su Compañero, fué la gran piedad, y el solidísimo juicio de la mia. Yo nací en Palermo, habiendo quedado único heredero de una Casa Ilustre de aquella Ciudad. Aconsejáronme mis Padres que me casase, siendo todavía muy mozo, con el fin, como ellos decian, que no se quedase mi Casa sin sucesion, y se acabase en mí la Familia. Me escusé por entónces, dilatándolo con varios pretextos y razones, pero en realidad no por otro motivo sino porque á la sazon estaba enamorado de la hija de un Criado de Casa, la qual, aunque Labradora, era linda, y de mucho espíritu. Habíame encantado con sus gracias, y no tenia valor para abandonarla. Parecíame que era especie de ingratitud dar la mano de Esposo á otra mu-

muger, y por poco no perdí un partido ventajosísimo para mí. Pero al fin me dexé vencer de los continuos, y no interrumpidos asaltos de mis Parientes, y dí la mano de Esposo á una Dama de igual condicion á la mia, que era suficientemente bella, pero de la mas rara virtud que se podia desear en su amable sexô. Su modestia hacia grandes excesos á la de las Penelopes y Lucrecias. Su piedad era grandísima: su aplicacion á la economía de la Casa superior á la del hombre mas económico y mas prudente. Estaba desterrada enteramente de su corazon toda especie de vanidad, y no habia entrado en él ni la mas mínima sombra de ambicion. Vestia siempre modestamente, y solia decir, que la joya mas preciosa era la paz, y el amor conyugal. ¡Oh que gran felicidad era la mia, si yo la hubiera correspondido con otra tanta virtud! Pero no podia ser mas loca, ni mas corrompida la falsa idea que yo me habia formado de la vida noble, y Caballeresca. Parecíame que el modesto y contenido porte de mi Muger se acercaba mas á vicioso que á virtuoso. Queria que brillase como las otras iguales suyas. Que concurriese á las conversaciones, al Paseo, á los Festines, y Teatros. Desaprobaba su poco espíritu, y sus baxos pensamientos, diciéndola que habia nacido noble por yerro de cuenta, porque sus inclinaciones y costumbres todas olian á rústicas y plebeyas. Ella lo sufria todo con heroyca paciencia, contentándose con sugerirme

dul-

dulcemente, que la moderacion, y el retiro de las locuras, y vanidades del mundo eran absolutamente indispensables á una Muger que tuviese verdadero amor á su Marido, y á una Madre de Familias, que quisiese atender como Christiana al gobierno de su Casa. Y á la verdad, añadia ella, qué mas puede desear un Esposo sino que su Muger no sea inclinada á vanos y peligrosos pasatiempos, que toda su diversion sea estar siempre en compañia de su Marido, que huya del estrépito, y peligros de los grandes concursos, y únicamente se aplique á los negocios de su Casa, y al cuidado de su Familia? No por eso pretendo condenar las modernas conversaciones, ni mucho menos dar absolutamente por malo que un Caballero se dedique á servir con alguna distincion á una Dama con quien no tiene particular correlacion ó parentesco. Antes bien estoy persuadida á que en la Nobleza no se da lugar á los desórdenes que reynan en otra clase de personas. Tengo por cierto que hay un exquisito, bien que dificil, Platonismo en la parcialidad y distinciones que se ven usar en semejantes Caballerescas servidumbres. Quiero creer que la virtud unida á los respetos que inspira una ilustre sangre, venza todas las flaquezas de la humanidad; pero no se me negará que pueden darse ocasiones y circunstancias en que esta triunfe de aquellos de modo que siempre haya gran peligro de caer, aunque no siempre, y aun antes bien aunque nunca

ca efectivamente se cayga. Ademas de eso, el mundo ocioso y hablador no siempre juzga de las cosas como realmente son. Antes bien el juzgar siempre lo peor es la gran moda de nuestro tiempo, y aun se dice, que este es el único medio para no errar. Por tanto, sino estan libres de la mordacidad de los Satíricos aun aquellos que viven sin la menor sombra de culpa, quánto menos lo estarán los que parece que se burlan, y juguetean con los mayores peligros?

Así hablaba mi juiciosa, sabia y Christiana Muger; pero ninguna impresion me hacian sus acertadas palabras, y sus prudentes discursos. Antes interpretándolos siempre mal, y echándolos á la peor parte, la trataba de hipócrita, de embustera, y Beatona. Quise valerme de toda la autoridad de Marido, y obligarla á que se conformase con la gran moda del Mundo, y la pobre se vió precisada á obedecerme, sugetándose á la ley que la imponia. No obstante supo mudar la exterior manera de vivir, sin mudar por eso de costumbres. Por complacerme comenzó á tratar con las gentes, pero lo hacia con el modo mas circunspecto, y mas decoroso. No quiso admitir Caballero sirviente, y trataba á todos con la mayor indiferencia. Recibia con cierta seria frialdad á todos quantos la visitaban, sin que saliese jamas de su boca palabra alguna que no fuese muy grave, y muy prudente. No gustaba á todos esta seria manera de conversar. Quisieran los mas que sus discursos

fue-

fuesen mas vivos, y mas espirituosos. Notábanla de nimiamente rígida y severa, adelantándose algunos á tacharla de rústica, de agreste, y mal criada. Las otras Damas se divertian á costa de ella, y la llamaban por burla la nueva Porcia, la Reformadora, y otros apodos semejantes. Yo no fuí de los últimos á saber lo mucho que se murmuraba de sus modales, y me pareció ser obligacion y empeño mio hacer que se diese mas á estimar, haciéndose mas sociable. Parecíame que era capricho ó despecho mas que virtud todo lo que hacia, y daba por supuesto que el mostrarse tan fria, y tan seca en las conversaciones, era únicamente para obligarme á que la permitiese no intervenir á ellas, dexándola volverse á su vida retirada. Con esta preocupacion la hablé de un modo poco conveniente á su calidad, y á su mérito. En el hervor de mi injusta cólera no perdoné á injurias, ni á desprecios, escapándoseme de la boca algunas palabras picantes, que oyó y sufrió con una paciencia digna de imitacion y de exemplo. A la verdad serian pocas las Mugeres que la imitasen; porque de ordinario las de este sexô, en punto de palabradas y de vituperios, de ninguno se dexan vencer, tanto, que aun quando los Maridos las reprehenden con razon, ellas se inquietan, y con sus gritos, palabras ofensivas, y quemazones, irritan mas su cólera, obligándolos tal vez á dexarse de razones, apelando de ellas á las manos con algun sornabiron, ó una buena

bo-

bofetada. Pero mi pobre Muger, muy distante de un vicio casi universal en las de su sexô, procuró escusarse modesta y apaciblemente. Díxome que su temperamento era poco inclinado á la alegria; que la naturaleza la habia dado una violenta inclinacion á la quietud y á la seriedad, y que no pudiendo ella corregir lo que habia hecho la Naturaleza, me suplicaba que me compadeciese de estos sus involuntarios defectos, antes que mortificarla por ellos. Añadia, que siendo tan mal recibido en las conversaciones nobles aquel su modo natural, seria mas acertado cortar del todo la ocasion con abstenerse de intervenir á ellas. Qualquiera otro que no fuese yo, se habria dexado vencer de aquella apacibilidad y mansedumbre. Ni hubiera dado siniestra inteligencia á unas palabras tan juiciosas y tan moderadas; pero en mí causaron un efecto enteramente contrario. Parecióme que aquello era confirmar el mal juicio que se me habia ofrecido, y que hasta entónces no habia pasado de sospecha. Díxela cien indignidades, desahogando de esta manera la ira y el irracional furor que entónces se apoderó de mi pecho, y desde aquel mismo punto concebí por ella una mortal aversion, tanto, que separando desde luego mesa y lecho, la quité el gobierno y administracion económica de la Casa y Familia, considerándola no ya como mi Esposa, sino como una vilísima Esclava, ó como una sucia Mozuela de Cocina. Aun pasó mas adelante mi injus-

justa y loca cólera. Dí órden á mis Criados que todos la despreciasen, y se burlasen de ella, tratándola ni mas ni menos como si fuera una simplizota que habia perdido el juicio.

Pero todo esto seria poco, y aun no bastaria para exercicio de su heroyca virtud, si mi maldad no se hubiera adelantado á tocarla en lo mas vivo. Renové mi antigua amistad con la hija del Labrador Criado de la Casa: hícela venir del campo á la Ciudad: alojéla en el mismo quarto donde estaba el tálamo de nuestro matrimonio: entreguéla el despótico mando de toda la Familia, con particular autoridad sobre mi desventurada Muger. Señores, este fué para ella el golpe mas fatal. El amor conyugal que habia llegado en ella hasta el último grado de la perfeccion, la representaba continuamente con la mayor viveza la gravísima injuria que yo hacia á un vínculo tan sagrado y tan respetable; pero al mismo tiempo, y en medio del grande horror que necesariamente la habia de causar una maldad tan inaudita, buscaba ella misma dentro de sí propia razones, y disculpas para escusar, ó á lo menos disminuir la gravedad de mis desordenados rebatos. Atribuia á las imperfecciones, que verdaderamente no tenia la aversion con que yo la miraba, y á juveniles ímpetus de la edad, las que realmente eran maldades abominables. Se lisongeaba con la esperanza de que algun dia abriria yo los ojos, volveria en mí, y la restituiria aquel corazon que ha-

habia entregado por poco tiempo á su vil é infame amiga. El hecho es que de nada se quejaba, y aunque realmente no merecia tan injuriosos desprecios, mostraba sufrirlos como quien se consideraba digna de ellos. No creo que llegase á tanto el imaginario sufrimiento de la fabulosa Griselda, como lo fué la verdadera paciencia de este exemplo singular de todas las Mugeres. De esta manera se pasó mas de un año. Durante este tiempo, así mis verdaderos amigos y parientes, como los suyos, hicieron quanto pudieron, pero en vano, para desviarme de una conducta que era abominada de toda la Ciudad. Quando vieron que sus consejos, amonestaciones y amenazas de nada servian, determinaron recurrir á la Justicia. Tomó esta con el mayor empeño el librar á mi inocente Esposa de la indigna esclavitud en que yo la tenia. Sacáronmela de Casa, y la depositaron en un Convento de Religiosas. Pero costó mas de lo que se habia pensado el persuadirla á que se mantuviese allí. Ella misma se constituyó Abogada y Defensora de la autoridad de un Marido, cuyos derechos habia perdido yo. Decia que ella debia depender enteramente de mi arbitrio, y que siendo yo dueño absoluto de su cuerpo, nada habia hecho que fuese contrario á la potestad inseparable del nombre de Marido, y que así pedia con instancia que la restituyesen á mi Casa, donde queria mas morir que vivir fuera de ella.

Llegaron á mis oidos todas estas cosas, y en-

tónces fué quando de los ojos del entendimiento se me desprendió aquel opaco velo que ofuscaba mi razon. Conocí toda la gravedad de mis excesos, y propuse borrar la memoria de ellos con una conducta en todo y por todo contraria á la antecedente. Lo primero que hice (conociendo era lo primero que debia hacer) fué echar de mi Casa á la Labradora, objeto de mis tropiezos, y piedra de escándalo en los desórdenes pasados. Aunque me enternecieron mucho sus lágrimas y suspiros, no fueron bastantes para hacerme mudar mi firme é inalterable resolucion. Metila en un Conservatorio ó Casa de Arrepentidas, que ella misma escogió, con preferencia al Matrimonio; y yo, libre ya de aquel lazo, y lleno de vergonzosa confusion, fuí á pedir perdon de mis pasados errores á mi buena y Angelical Muger. Recibióme con indecible amor, y con la mayor alegria, sin permitirme que me dilatase mucho en las protestas de mi verdadero arrepentimiento. Nunca dudé, amado Marido mio (me dixo) que al cabo habias de hacer lo que ya has hecho. No me podian engañar tu buen corazon y tu bella índole. Si por algun tiempo dexaste de ser buen Marido, fué haciendo cierta especie de violencia á tu genio, y á tu misma razon, arrastrado de la corrupcion del Siglo, y del mal exemplo de tus iguales. Téngome por la Muger mas contenta y mas dichosa del mundo, viendo que al fin has sabido hacerte superior á todo; y creo hacerte

jus-

justicia en decir que es mas digna de alabanza esta tu síncera conversion al bien, que lo fué de vituperio la precedente flaqueza con que te dexaste conducir á lo peor. Abracéla entónces tiernamente, y tomándola por la mano la restituí á mi Casa. Oh Señores! y qué felicidad era la mia, quando reunidos los ánimos, y siendo unas mismas nuestras máxîmas, y nuestras inclinaciones, reynaba en nosotros la paz, y en nuestros corazones el amor conyugal en el mas alto grado de perfeccion. Nada faltaba para nuestro pleno contento sino que el Cielo nos favoreciese con algun hijo. Parecia que piadoso habia condescendido con nuestros inocentes deseos. Sintióse en cinta mi Muger; mas, oh Dios! esto solo fué un relámpago fugaz, y pasagero, ó por mejor decir, un fatal rayo fulminado contra mí. Quando maduro ya el parto, me consideraba vecino al colmo, y á la cumbre de mi mayor consuelo, me hallé precipitado en el abismo de la mas lastimosa miseria. Murió mi amada Esposa en el mismo acto en que daba á luz un hermosísimo niño, y poco despues se fué el hijo tras de la Madre á hacerla compañia en el Parayso. No quiero referir á ustedes las últimas palabras de aquella Muger incomparable; porque solo el acordarme de ellas es renovar en mi alma el mas violento dolor que puede afligir á un Marido que no supo conocer quánto valia su Muger hasta poco antes de perderla. Ella pasó á la vida eterna con una constancia,

y

y con un consuelo, que solo se vé en los Justos: cerró sus ojos para no volverme mas á ver; y los mios se inundaron de lágrimas para no enjugarse jamas. Sacáronme á viva fuerza de aquel quarto, donde habia perdido todo mi bien; y por mas que hicieron para confortarme los que se encargaron de hacerme compañia en aquel lance, y por algun tiempo despues, nunca fuí capaz de admitir algun consuelo. Siempre que me acordaba (y me acordaba con mucha freqüencia) de lo mal que la habia tratado, sentia un remordimiento cruel que me despedazaba el corazon; y quando se me venia á la memoria aquella gran virtud con que ella habia sufrido mis furiosos *transportes* y rebatos, era este recuerdo un dardo que de parte á parte me traspasaba el alma. Permitidme, Señores, que ponga fin á mi discurso sin pasar mas adelante en la menuda descripcion de las circunstancias que acompañaron tan obstinado dolor, y básteos saber, que abandonando para siempre mi Casa, mis bienes, y mi Patria, me vine á esta soledad, buscando alguna tregua á mi afliccion en la compañia de este hombre, que habiéndose retirado á ella por haberle tocado una Muger tan insufrible, puede hacer algun contraste con quien vino á sepultarse en la misma, por haberle tocado una Esposa tan adorable.

CAPITULO XII.

La Historia del Abogado de Siracusa.

No bien habia acabado de hablar el Hermitaño Palermitano, quando Tarquinio, volviéndose á los dos Solitarios, Padres mios (les dixo) sino lo teneis á mal, aquí se os presenta uno que desea haceros compañia. No es inferior al vuestro el motivo que tambien me llama á mí á la vida solitaria; oidle, os ruego, y hallareis que no es muy desemejante del que á vosotros os conduxo á esta amable soledad. Callamos todos, deseosísimos de saber los sucesos de aquel hombre, que desde que se nos agregó por compañero siempre le observamos taciturno, melancólico y pensativo.

Yo, Señores (comenzó á decir) voy á renovar con mi relacion un dolor que confieso me fué siempre intolerable por mi poco corazon, y falta de espíritu. Y aunque en mi historia hay algunas circunstancias verdaderamente Cómicas, sin embargo, habiendo sido para mí ocasion de gravísimos disgustos, al mismo tiempo que harán reir á otros, volverán á excitar en mis ojos aquel torrente de lágrimas, que por no breve tiempo los inundaron. Mi nacimiento fué civil, mi fortuna mediana, y mi profesion honoradísima. Habiendo empleado los primeros años de mi juventud en el estudio de las Leyes, exer-

cí el Oficio de Abogado en los Tribunales de Siracusa. Tal qual ventaja de doctrina y de ingenio que hacia á pocos de mis contemporáneos, bastó para que se concibiesen grandes esperanzas de mí, tanto, que muchos que sin duda me adulaban, solian decirme que seria con el tiempo otro Papiniano en la Jurisprudencia, y un segundo Demostenes ó Ciceron en la facundia. Sea de esto lo que fuere, el hecho fué, que siguiendo el comun torrente de la inconsiderada juventud, me enamoré de la hija de otro Abogado, que solia reclutarme varios Clientes. Conocia bien el Padre lo apasionado que yo estaba por su hija, y ningun reparo tenia en que la visitase con freqüencia. Estas visitas encendieron mas mi pasion, y como la Señorita tampoco dexaba de fomentarla con sus finezas, y sus gracias, llegó la cosa á términos que determiné casarme con ella. Paréme poco ó nada á considerar el grande empeño en que se pone un hombre quando se resuelve á tomar muger, ni las grandes conseqüencias de un estado que ciertamente no es para todos, me hicieron la mas mínima impresion para dexar de abrazarle. Tratóse pues este matrimonio sin el menor tropiezo, ni dificultad. Concedióme el Padre á su hija luego que se la pedí. El contrato Matrimonial se hizo enteramente á gusto suyo, y si él hubiera querido dármela sin dote, por mi parte hubiera sin duda consentido. Pero él mismo quiso dar á lo menos la apariencia de un buen

par-

partido para mí á la tal bòda. Yo (me dixo) haré obligacion de teneros en mi Casa á tí y á tu Muger, manteniéndoos á mi costa por espacio de quatro años. En este tiempo exercerás la profesion, te darás á conocer, cobrarás crédito, y cimentarás tu fortuna. Yo por mi parte te ayudaré todo lo posible, solicitándote clientelas que te hagan honor, y te traygan grande utilidad. Parecióme entónces esta proposicion la mas ventajosa que yo mismo podia desear, firmé ciegamente la Escritura; y cargué con Camila, que este era el nombre de la Señorita. No era fea la tal Dama, pero tampoco era gran cosa su belleza. Dos ojos vivos y brillantes eran el mayor precio de su cara. Su estatura mas alta que pequeña, en sus movimientos bastante despejo, brio y gracia, y én sus discursos suficiente juicio, sin dexar de asomarse en ellos alguna punta de espíritu. Era muy inclinada á tocar el Clave, y no cantaba desgraciadamente. Pero su pasion era la letura, y así el Tocador, y los Sitiales de su quarto estaban siempre llenos de libros curiosos, y de nueva invencion. Aunque tenia bastante habilidad para todas las labores mugeriles, juzgaba tiempo perdido el que se empleaba en ellas, y así esto era lo menos en que pensaba. Por el contrario era inclinadísima á ociosas conversaciones, y así en muy poco tiempo ví llena la Casa de todo género de gentes, y de toda especie de clases, estados y de condiciones. Con todo eso no dí entrada ni á la mas

mí-

mínima sombra de zelos. Antes bien me parecia que la misma multitud, y variedad de personas que trataba era la mayor prueba de la indiferencia con que miraba á todos mi muger.

Mientras yo estaba en mi Estudio tratando con mis Clientes acerca de sus pleytos, ó salia á los Tribunales para hablar de ellos, y para defenderlos, Camila se divertia en su quarto con sus visitas. Al volver á Casa me contaba todas las novedades, no solo del lugar, sino del mundo, de manera que yo quedaba mas informado de ellas, y de sus mas menudas circunstancias que si hubiera leido muy de espacio la Gaceta. Repetíame despues todo lo que la habian dicho, llenándome las orejas de mil impertinencias que nada me importaban. Con todo eso no sé si en la prolija relacion que me hacia de tantas cosas como la habian contado, era tan fiel en declararme el verdadero objeto de aquellos discursos, que no me ocultase todo aquello que comprehendia podia darme poco gusto. Pero dexando esto á un lado, tenia yo por otra parte la mayor seguridad, que mientras tanto la auja, y el uso estaban holgando; mas no me atrevia, por una fatal condescendencia, á decirla nada sobre este punto, de manera que en poco tiempo la ociosidad pasó á ser en ella una costumbre absolutamente incorregible. Si alguna vez me desahogaba con su Padre, diciéndole alguna palabrita acerca de esto, al punto la disculpaba con decir, que todavía era muy mo-

za,

za, y que aquella era la edad de divertirse; que quando entrase en años mas maduros, conoceria que en ella poseia yo un tesoro para mi Familia. Así se pasaron los quatro años, por los quales (en lugar de dote) mi Suegro se habia obligado á mantenernos. Parecióme que el tal término se habia pasado mas presto de lo que yo me habia prometido, y me hallé precisado á ponerme en casa aparte, y á llevar á ella á mi Muger. Aquí si que me hallé embrollado verdaderamente. La profesion no me daba lo bastante, aun con la adjunta de mi corto patrimonio, para mantener mi Familia, aumentada con un Criado y una Doncella, ó una Camarera, que Camila juzgaba serla absolutamente necesaria para hacer figura de Muger Civil, y distinguida Ciudadana. Por otra parte, aunque yo procuraba insinuarla diestramente que se aplicase un poco mas al gobierno económico de la Casa, ella no hacia caso de eso, antes bien cada dia era mayor su ociosidad, y su descuido, tanto que se desdeñaba de dar una sola puntada en mis vestidos, y en los suyos. Si alguno de estos comenzaba á desgarrarse al punto le jubilaba, y ó le vendia por poquísimo dinero, ó liberalmente le regalaba, como si fuera una Princesa. En cierta ocasion en que habia estrenado un brial bello y nuevo, cayó sobre él una gran mancha de aceyte; y habiendo observado quando esta se secó, que el sitio donde habia caido ofrecia á la vista un color medio entre do-

rado y roxo, que la cayó muy en gracia; qué hizo la advertidísima Muger? mandó meter todo el brial en una tinaja de aceyte, para que todo él quedase teñido de aquel graciosísimo color, sin considerar que de aquella manera quedaba inservible por el pestilencial olor que necesariamente le habia de comunicar el fetidísimo tinte en que le habia metido. Y con esta delicada invencion allá se fueron 30 ó 40 doblones, que habia costado el tal brial. Eran muy freqüentes en mi casa otros rasgos de economía muy parecidos á este, y me era preciso callar y llevarlos en paciencia, por evitar gritos, llantos, quimeras y disensiones. Si alguna vez la decía, que tomase una vela para alumbrarme en busca de una cosa que habia dexado en un lugar obscuro, y me hacia falta, me respondia con arrogancia que no habia venido para ser mi Linternera. Si la llamaba para que me traxese algo que habia menester, decia que no era mi Criada. Si cansado de hablar en los Tribunales volvia á casa con alguna necesidad ó apetito, y daba prisa para que se dispusiese quanto antes la comida, comenzaba á rezungar, diciendo con desabrimiento y con enfado, que no queria ir á quemarse en la Cocina. Por el contrario, queria ser prontamente obedecida en todos sus antojos. ¡Pobre de mí si no la traia á Casa todo quanto se la antojaba á su vanidad, ó á su caprichoso apetito! Si en la cama en tiempo de invierno se descubria involuntariamente ya un bra-

brazo, ó ya parte de la espalda, no hay que pensar en que ella se le volviese á cubrir por sí misma. Me dispertaba, y me hacia levantar en camisa, para que yo la cubriese, ajustándola pulidamente al cuello las sábanas, y la colcha, de manera que no la pudiese entrar el ayre. Si en la mesa, por alguna casualidad se la caía en tierra el pañuelo, ó la servilleta, no haya miedo que ella se moviese por sí misma á levantarla. Era menester que viniese un Criado á darla el brazo para alzarse de la silla, y continuase la misma ceremonia para volver á sentarse en ella. Nunca se abrian las ventanas mientras el ayre no fuese mas que templado, y en el rigor del Estío, quando el Sol abrasaba la tierra, no habia que esperar que ella expusiese ni la punta de un dedo para experimentar el calor. Consideren ahora ustedes cómo andarian las haciendas de la Casa de esta manera. Todo estaba en manos de Criados, sin que mi Muger se quisiese encargar de guardar el pan, ni de repartirles la vianda, y en fin ni de cosa alguna que perteneciese al buen gobierno, y á la economía. ¡Bella fortuna para un pobre hombre que toma Muger con el fin de que cuide de la Casa, y le alivie un poco en los cuidados domésticos! En fin no es fácil que yo pueda contar por menor todas las circunstancias de su general abandono, y total desaplicacion: basta decir que no creo haya habido en el mundo muger mas inutil, ni menos cuidadosa de su Casa. A nada

aten-

atendia sino á sus visitas, y á leer libros de Comedias, Novelas, y Romances.

Habíala traido no sé quien cierto librete Francés intitulado: *el Filósofo á la Moda.* Tomó tanto gusto á su letura que le tenia siempre en la mano, y temí la hiciese perder la vista. Un dia que le estaba leyendo, llegué á la puerta de su quarto, que estaba medio abierta, sin que ella me hubiese visto (tan absorta, y tan embebida estaba en lo que leía): y observé, que teniendo en una mano el abanico, y en la otra el libro, estaba haciendo mil movimientos con el primero. Picóme la curiosidad de saber qué significaba aquel misterio: acerquéme á ella, y la pregunté, si aquel libro enseñaba á manejar los abanicos? Así es, me respondió: el insigne Autor que le compuso quiso tomarse el trabajo de enseñarnos á las mugeres el importante modo de manejar un mueble tan necesario para llamar la atencion de los hombres á observar la simetría, la agilidad, y la destreza de nuestras manos. Ya que no es propio de nuestro sexô el manejo de la espada, ni del caballo, nos hará ilustres el manejo del abanico, gracias á las nobilísimas reglas que este gran libro nos suministra. Ni Aristóteles, ni Platon, que tanto ruido han hecho, y estan haciendo en el Mundo, llegaron jamas á dictar preceptos de tanta importancia. Yo por mí confieso la verdad, estoy muy persuadida á que este insigne Escritor fué un hombre muy singular, pues supo des-

cu-

cubrir que la ciencia de abanicarse era una parte muy principal de la Filosofia á la moda. Ella nos enseña á manifestar con suma facilidad, y al mismo tiempo mudamente nuestros mas íntimos pensamientos, sin mas trabajo que dar un cierto significante movimiento al abanico. Y este instrumento, que hasta aquí solo servia para darnos un poco de ayre que nos refrescase, de aquí adelante se hará célebre y famoso por el noble uso á que le hará servir este grande hombre, elevándole, por decirlo así, del polvo, y sacándole de la nada. Será en lo por venir el abanico tan estimado, como lo fueron en otro tiempo la Encina y el Laurel, quando se inventó la coronacion de los Poetas, y de los grandes Capitanes. Así iba discurriendo Camila, sin conocer, no obstante, lo que presumia de discreta, que el advertido y bellaco Censor de las modernas costumbres, claramente se burlaba, y pretendia hacer ridículo el afectado uso del abanico que hacian el dia de hoy las mugeres. Yo la oí sus boberias sin hablar ni una sola palabra, y riéndome de ellas, me retiré de un lugar donde se pretendia igualar el honor del abanico al de aquellas triunfantes coronas que adornaban las sienes de los insignes Poetas, y de los grandes Guerreros.

Sin duda que este mi despreciativo silencio gustó poco á mi Muger, porque quando llegó la hora de comer se sentó á la mesa hocicada, silenciosa, y rostrituerta. En todo el tiempo que dú-

duró la comida no me miró á la cara, no habló ni una sola palabra, y se engulló lo que la pusieron delante con una rabia indecible. Levantados los manteles, se retiró á su quarto con despecho, cerróse en él por adentro, y sin embargo de lo poco amigo que soy de dar gritos, por mas que clamé para que me abriese, ningun caso hizo de mis voces, persistiendo obstinadamente en la resolucion de no querer hablarme. Duró esta scena cerca de un mes, siendo en todo este tiempo tan liberal, y tan generosa de conversacion con otros, como escasa, y mezquina conmigo. Ni el lecho, ni la mesa era comun entre los dos, y apenas me sentia poner el pie en la escalera quando al instante corria á retirarse, y á esconderse donde yo no la encontrase. A la verdad yo hacia muy poco caso de todas estas pueriles y mugeriles vagatelas, pero se pasó poco tiempo sin que me viese precisado á resentirme seriamente de otros despiques que se iban haciendo demasiadamente vivos y esenciales.

Entre los muchos que freqüentaban las visitas de Camila era cierto Caballero de muy alto nacimiento, á quien yo habia defendido en cierto pleyto, en que me quiso hacer la honra de nombrarme por Abogado suyo. Era sumamente amigo de hacer versos, y divertia mucho á mi Muger leyéndola los Sonetos y Canciones que habia compuesto en asuntos amorosos. Parecia que por esto miraba con particular inclinacion

al

al tal Señor, distinguiéndole entre todos los demas. Hacíale sentar siempre junto á ella, recibíale en su quarto aun quando estaba en la cama, y él solo, con preferencia á qualquiera otro, la daba el brazo quando iba al Teatro. Ya se murmuraba públicamente de esta amistad en todas las conversaciones; y aunque suelen ser los Maridos los últimos á quienes llega la noticia de las licencias que se toman sus Mugeres, con todo yo llegué á entender algo de esto, y desde luego se me hizo muy sospechosa la parcialidad de la mia con aquel Caballero, á pesar de la natural aversion que tenia á todo lo que oliese á cosa de zelos. Mandaba el tal Señor en mi Casa con mas despotismo que yo mismo; entrando y saliendo en ella con toda libertad, sirviéndose de mis Criados ni mas ni menos como si los pagase, y quando me encontraba en la calle no hacia caso de mí, pasando adelante sin dignarse siquiera de saludarme. No pudo ya mas mi sufrimiento, y se me acabó la paciencia á vista de un proceder tan incivil, tan descortés, y tan arrogante. Hablé un dia con toda claridad á mi Muger, y resueltamente la prohibí, que en adelante admitiese la visita de aquel Caballero, ni de otro alguno que no fuese su pariente. Protestéla que estaba ya cansado de tolerar su modo de vivir, y que quando no mudase de conducta, sabria yo hacérsela mudar usando de todo el derecho que me daba la autoridad de Marido. Figúrense ustedes, si en el genio de

Ca-

Camila oiria con indiferencia aquel tan nuevo, y en mí tan desusado modo de parlar. Púsose hecha una furia, y en una hora me dixo tantas palabras quantas habia ahorrado en todo el mes antecedente. Juróme que se vengaria bien del agravio, y de la torpe injuria que hacia á su honestidad, y haria que me arrepintiese del temerario arrojo de poner alguna duda en ella. Reime por entónces de sus amenazas; pero muy en breve las experimenté demasiadamente verificadas.

Dos dias despues me ví asaltado repentinamente en la Plaza pública de dos Malsines, los quales, aunque me vieron vestido con mi hábito de ceremonia, me hartaron de palos, gritando en alta voz que me hacia aquel regalo el Caballero sirviente de la Señora Doña Camila. La autoridad de aquel nombre fué causa de que ninguno se atreviese á chistar, ni á dar un paso para defenderme, y yo desgarrado y aturdido caí en tierra sin aliento, y sin vigor. Sentia correrme la sangre por las espaldas, y los huesos medio dislocados y molidos. Quando mis asesinos, cansados de apalearme se retiraron, acudió una multitud de gente á mirarme, y hacerme la fábula de toda Siracusa. Quien atribuia la causa de mi desgracia á una cosa, quien á otra; pero casi todos daban en el hito. Despues que me hicieron estar en aquella miserable postura por algun tiempo, no faltó quien finalmente se compadeció de mí, y me hizo llevar á mi Casa.

Me-

Metiéronme luego en la cama, donde supe que se habia ausentado mi Muger. Confieso la verdad, que en medio de lo mucho que lastimaba á mi honor aquella voluntaria ausencia, sentí particular consuelo en no tener á la vista el desagradable objeto de todas mis desventuras y desgracias. Mientras tanto me fueron curando de mis heridas y contusiones. Luego que me sentí perfectamente curado, me condené á un voluntario y perpetuo destierro de la Patria, y á retirarme á esta soledad, esperando encontrar en ella el alivio, consuelo, y desahogo de todas mis aflicciones.

Así concluyó Tarquinio su relacion, y viéndole resuelto á quedarse allí, nosotros nos despedimos de todos tres, deseándolos la mayor tranquilidad en aquel santo retiro por todo lo restante de su vida.

CAPITULO XIII.

El Terremoto de Palermo. Sálvase el Siciliano de él con un modo muy particular, pero pierde en él á Irene, y encuentro ridículo que tuvo despues de él.

Nosotros proseguimos nuestro viage á Palermo, discurriendo en el camino sobre los tres caractéres tan distintos de Mugeres, de que habíamos oido hablar. Llegamos á dicha Ciudad á la tercera jornada, y nos alojamos en casa de Isido-

ro, cuya Madre nos recibió con el mayor agasajo y regocijo. Pero el gusto que tuvo en ver á su hijo, se convirtió presto en un cruelísimo dolor quando llegó á entender su resolucion de hacer el viage de Madagascar. Ni tampoco fué nunca mayor la mortificacion que padecí, por haberme dexado vencer de la fineza de este incomparable amigo en la animosa resolucion de suplir mi cobardía, que quando ví desprenderse de los ojos de aquella afligida Madre un torrente de lágrimas, las quales me parecian estarme reconviniendo del peligro á que se exponia aquel pobre mozo por puro respeto mio, siendo yo la única causa de que la desconsoladísima Muger perdiese para siempre el mas dulce objeto de su maternal amor. Pero Isidoro, siempre superior á todos los amorosos transportes, y rebatos maternales, procuraba confortarla con la mayor intrepidez, sin dexarse vencer de sus sollozos y suspiros; antes bien, poniéndola delante de los ojos los grandes bienes en beneficio de la Religion y de las almas, de que por altas disposiciones del Cielo podia ser él mismo instrumento: como era muger piadosa, logró en fin que se convirtiese en consuelo todo el horror con que antes habia mirado aquel viage.

Pero mientras se acercaba el dia que habia destinado para embarcarse y dirigirse á Roma, un suceso verdaderamente terrible, dió de repente en tierra con todas nuestras ideas, y me dexó á mí en el estado mas deplorable que en-

toda mi vida me he visto. Habíanse pasado como dos horas de la noche, quando despues de haber cenado estábamos todos discurriendo en una pequeña Galería que miraba al mar, y he aquí que de repente sobreviene un espantoso terremoto, que removiendo horriblemente el suelo, y haciendo bambolear las paredes y los techos, nos llenó primero de espanto, y despues de angustia y desolacion. Sentianse caer los edificios circunvecinos, y el estrépito de las ruinas que precipitaban, mezclado con los clamores, y rumor confuso de los miserables habitadores de Palermo, nos hacian comprehender todo el horror de la muerte ya vecina. Pálidos, atônitos, y mudos nos mirábamos los unos á los otros, quando se desprendió repentinamente el pavimento en que nos hallábamos, y caímos todos en una hedionda cloaca, que estaba abierta baxo la bóbeda de la Galería, y por conductos soterráneos descargaba sus inmundicias en el mar. Así lo conjeturé por el sitio donde me hallé sano, y libre sin la menor lesion, conducido sin duda allí por el refluxo de la maréa, que elevándose quando se retira, lleva tras de sí todo lo que encuentra.

Víme pues á la orilla del Mar todo sucio, y todo mojado, pero solo, y sin alguno de aquellos caros objetos que habian sido compañeros mios en el precipicio. En vano dí voces llamando á Irene, á Isidoro, y á su Madre. Ninguno me respondia, y solo hacia eco á mis gritos

tos el murmurio, ó el mugido de las olas del Mar, alteradas tambien ellas por el movimiento de la tierra. Quando los primeros rayos del Sol comenzaron á descubrirse sobre el horizonte, volví trémulo y pálido los ojos y los pasos hácia la Ciudad, que ví toda cubierta de ruinas y destrozos. Las casas arruinadas, y amontonadas sus ruinas en la tierra, no dexaban distinguir las calles, ni los sitios: los miserables habitantes unos sepultados en los precipicios, otros llenos de heridas, otros cubiertos de sangre, y los mas llorando y suspirando con las manos y los ojos levantados al Cielo pidiendo misericordia, formaban el mas funesto, y mas trágico espectáculo que se podia concebir. El Marido buscaba á su Muger, la Muger al Marido, el Padre á sus hijos, los hijos á su Padre. Todo en fin respiraba horror, y compasion. Fueron vanas todas las diligencias que hice por mí mismo, y que hice hacer por otros para hallar á lo menos los cadáveres de mi Muger, y de mis amigos. Arruinado enteramente el sitio donde estaba la casa de Isidoro, no se pudo descubrir el mas mínimo vestigio de sus cuerpos, y yo partí con el desconsuelo de llorar la muerte de tan amadas personas, sin poder siquiera tributarlas el triste honor de una Eclesiástica sepultura. No es menester detenerme en ponderar hasta dónde llegó mi suma desolacion. Mas fácil será que se lo imagine un corazon en quien haya quedado alguna reliquia de humanidad, y de ternura

que

que el que yo pueda explicarlo. Tampoco podré contar qué resolucion tomé quando me ví rodeado de tantas desventuras. Solo os sabré decir que abandoné á Palermo atolondradamente, sin proponerme fin alguno, ni saber yo mismo á donde me dirigia el camino, que tenia debaxo de los pies. Caminé pues con este aturdimiento, hasta que fatigados los miembros, y poseidos de una extrema debilidad, no pude tenerme en pie. Figurábame otro nuevo Eneas, que horrorizado de ver el incendio en que se abrasaba Troya, no tanto se echó quanto cayó desmayado en tierra. Lo mismo me sucedió á mí; pero apenas me ví derribado en el suelo quando me quedé dormido, menos á mi parecer por la violencia del sueño, que por desaliento de la debilidad, y por la fatiga del cansancio. El sopor que se apoderó luego de los ojos, dexó muy dispierta, ó muy agitada la fantasía, en que revolviéndose confusamente las ideas, me atormentaron los sueños mas extravagantes. Entre otros me acuerdo que se me representó vivamente Dagal con semblante severo, ceñudo, y grave, afeándome con muy sentidas expresiones el haber faltado á la palabra que habia dado al Rey, y amenazándome con una terrible venganza en castigo de una violacion tan injuriosa á todos los sagrados respetos que se deben á la Magestad. Disperté espantosamente sobresaltado con un sueño tan extraordinario, y quando me puse á hacer seria refle-

xîon

xîon sobre mí mismo, facilmente me persuadí á que la pérdida fatal de mi Muger, y de mis inocentes amigos habia sido un justo castigo del Cielo, decretado contra mí en pena de mi infidelidad. Tuve por cierto que lloverian todavía sobre mí desgracias mucho mayores sino procuraba borrar con un pronto cumplimiento de mis contraídos empeños y obligaciones la culpa de mi excesiva complacencia por el amor conyugal; pareciéndome que así como la primera vez habia sido conducido por la impenetrable fuerza del destino, á sembrar en el corazon del Soberano de Madagascar la primera semilla de la verdadera Religion, así ahora, mediante la supuesta muerte de Irene me llamaba á dar la última mano, quitándome el único impedimento que me habia obligado á mudar de parecer.

Preocupado enteramente de esta nueva idea, como si ella me hubiese restituido todo mi vigor, y mis antiguas fuerzas, dí un salto, y me puse en pie, prosiguiendo mi camino, sin saber todavía hácia donde, pero con resolucion de informarme en el primer Lugar que encontrase, en qué parage de Sicilia me hallaba á la sazon, para enderezar desde allí mi viage á la cabeza del Mundo. Habia andado poco mas que un quarto de legua quando encontré una tropa de personas todas de estatura antes pequeña que grande, pero todas de aspecto y traza feroz. Subian caracoleando por la mayor parte de su cara

ra unos bigotones ó mostachazos retorcidos que les llegaban casi hasta los ojos, cabellos largos, incultos, y desgreñados, que por la parte posterior fluctuaban hasta la cintura, y por la anterior obscurecian la frente con una undulante cenefa. En la cabeza una especie de sombrerillo piramidal, en figura de cubilete, con un ayron ó plumage de varios colores, inclinado tortuosamente hácia abaxo, que era el adorno mas gracioso de su trage. El vestido andrajoso, remendado, y tan corto, que apenas llegaba á media pierna, y como al parecer todos estaban sin camisa, así por el color del pescuezo, como por el de las manos, y otras partes de la carne que se asomaban, se reconocia que su encarnacion inclinaba á negra, aunque no de aquella especie de color obscuro, que representa una piel tostada por el excesivo calor de los rayos del Sol, sinó un obscuro menos ingrato, y mas superficial. Traian en la cinta una espada larga, y en la mano un bastoncillo. Quando aquella tropa llegó á corta distancia de mí, se adelantó algunos pasos el que al parecer la mandaba, y cogiéndome la mano: para caminante (me dixo) para, y date á prision. Rinde las armas, y no pienses valerte de ellas para defenderte: si en vez de querer hacerlo contra toda una quadrilla entera, uno solo de nosotros se te pusiera delante, él solo bastaria para vencerte y aprisionarte. Como ya habia perdido todo mi espíritu con las pasadas desgracias, no tuve áni-

mo

mo ni aun para hacer la mas mínima demonstracion de ponerme en defensa. Haced de mí, le respondí, lo que quisiereis. El que es tan desventurado como yo, poco puede temer la desgracia de perder su libertad. Tan miserable seré en vuestro poder, como lo seria aunque cayera en manos de mi mayor amigo, ó del mas estrecho pariente mio. Aunque no me hallase enteramente desarmado, como me hallo, sin arbitrio ni manera para defenderme, no me dexaria ni aun siquiera pensar en eso mi propia desolacion. Al oirme hablar de esta manera el que mandaba la quadrilla: amigo, me replicó, á lo que veo, y segun el modo con que te explicas, tú estás persuadido á que has dado en manos de alguna gente bestial y feroz, que te trate con barbaridad. No somos los que te figuras, y presto conocerás la fortuna que has tenido en caer en nuestras manos. Mientras tanto síguenos por este sendero, que poco tardarás en esperimentar que te decimos la verdad. Diciendo esto me cogieron en medio de ellos, y se encaminaron por un Vallecillo, que se iba engolfando entre dos montezuelos. Caminé con ellos como por espacio de una hora, y observé que mis conductores me iban exâminando de pies á cabeza; y que al mismo tiempo se reian entre sí. Al principio creí que se burlaban por verme tan sucio, y tan hediondo, durando todavía el mal olor de la cloaca; pero quando oí á uno de ellos alabar mucho mi bella fiso-

nomía, y decir que sin duda gustaria grandemente á su Patron, mudé de parecer, y comencé á sospechar una cosa, que no me salió del pensamiento hasta que se me explicó el enigma de aquel discurso.

Llegué pues á un bello Palazuelo de Campaña, situado en medio de cierta especie de Plazuela, cercada de una pared, ó muralla de piedra labrada, de altura mas que ordinaria. A la entrada de él me hallé con una gentil pero pequeña guardia de Criados de escalera á baxo, cuyos semblantes mostraban todos una florida, y bien parecida juventud. A ninguno le apuntaba aun el bozo, y el trage ayroso, y de bello gusto añadia gracia particular á su garbo y gentileza. Pasó mi escolta por medio de aquellas graciosísimas personas, las quales todas me miraban con la mayor curiosidad. A ninguno oí hablar siquiera una palabra, pero observé en medio de aquel profundo silencio, que á cierta señal que hizo uno de ellos, se destacó otro de aquellos Criados, y corrió apresurado hácia el Palacio, sin duda á dar noticia de mi arribo al Dueño de él. Despues de esto me hicieron atravesar la Plazuela, y me introduxeron en un quarto baxo, que en medio de lo sorprendido que me hallaba, noté estaba todo pintado al fresco, representando varios sucesos fabulosos de la antigua Mitologia. Veíase en perspectiva el rapto de Ganimedes, y el retrato de aquel hermosísimo jóven estaba pintado al natural con tan-

tanta viveza, que verdaderamente causaba grande estupor. En este quarto me despojaron de mis sucios y hediondos vestidos, y habiéndome lavado en un baño de agua caliente, hasta no dexar la mas mínima reliquia de la pasada inmundicia, me presentaron una finísima camisa, y despues un trage entero de muger, obligándome á vestirle á pesar de mi grande y porfiada resistencia. Hecho esto hicieron que me sentase, y arrimándose á mí dos de aquellos Familiares, comenzaron á rizarme el cabello, y á componerle como correspondia al trage que me habian obligado á vestir. Añadiéronse á los rizos, y al peynado los olores, y perfumes, despues de los quales me pusieron en la cabeza una delicadísima cofia llena de lazos, chispas, piochas, y brillantes. La última scena de esta Comedia fué ponerme en la mano un lucidísimo espejo, para que yo mismo me viese en aquel trage, y reconociese si se conformaba ó no con mi gusto, y con mi genio. Pero la verdad sea dicha, que yo no tuve valor, ni aun paciencia para mirarme en un cristal que me estaba dando en cara con una figura tan ridícula como vergonzosa. Volví los ojos á otra parte lleno de rabia, y de rubor; lo que advertido por los que me guardaban, temiendo que hiciese pedazos los vestidos que me habian puesto, me avisaron con toda gravedad que tratase de estarme quieto hasta que viniese la órden de introducirme á la presencia de la persona,

que

que segun ellos decian, tenia las mayores ansias de verme. Hice juicio que me convenia conformarme con aquella ley, y retirándome á un rincon del mismo quarto comencé á considerar sériamente la ridiculez de una aventura tan estravagante, haciendo reflexîon al mismo tiempo sobre el fin que podia tener la apariencia de un destino, que segun todas las señales, debia yo abominar. Ocupado enteramente en estos pensamientos me cogió la noche. Iluminóse inmediatamente todo el Palacio, y alumbrándome dos Criados con dos hachas, y llevándome la falda un Pagecito, fuí conducido al quarto principal sostenido de un Bracero. A la entrada de un gran Salon estaba en fila todo el remanente de la juvenil Familia, de que ya hice mencion. Luego que me vieron echaron prontamente mano á sus ayrosos sombrerillos, y quitándoselos con el mayor garbo, me hicieron todos al mismo tiempo una pequeña pero graciosa inclinacion del cuerpo á la Francesa, tan igual y tan acorde como si hubiera sido dirigida por algun músico instrumento. Entrando despues en una Cámara adornada con magníficos y preciosísimos muebles, ví un jóven el mas bizarro, el mas bien hecho, y el mas lindo que he visto en toda mi vida. Su semblante respiraba una grave, y modestísima alegria, sus dos pupilas llenas de fuego vivo, sus mexillas jaspeadas de rosas y jazmines, sus labios pequeñitos y purpúreos, sus dientes en fin pedacitos de marfil. Tenia rizado

do el cabello, y una cinta de oro que le ligaba por la parte posterior, formaba una bella trenza, cuyo extremo era un rico lazo que le llegaba hasta la cintura. La estatura de aquel nuevo Narciso era mediana, pero perfectísima, y reclinado con el codo sobre una mesa de finísimo alabastro, aquella misma postura añadia mucho resalte á su noble proporcion. Luego que me vió se asomó á sus labios una graciosísima sonrisa; y á sus mexillas un sonrosado color; hizo señas á todos los demas que se retirasen, y yo quedé solo con él, incierto mas que nunca de la suerte que me esperaba. Siéntate, me dixo luego, porque no puede menos de haberte fatigado el cansancio de un camino largo. Obedecí prontamente, deseosísimo sobre manera de saber quanto antes el asunto de nuestra conversacion.

Amigo, añadió inmediatamente, leyendo estoy en tu interior el asombro y las dudas que te estan agitando internamente. Piensas de mí muy diversamente de lo que verdaderamente soy, y hasta aquí has estado temiendo ser sacrificado á algun oficio, ó ministerio que no sea de tu gusto. Depon desde luego esos temores, y sábete que este trage de hombre de que me ves adornada, es mentido, y es una mera impostura. Yo no soy mas que una muger flaca, disfrazada en un trage fuerte y viril. Los desórdenes que veo hoy introducidos en el mundo precisamente por la excesiva y loca complacen-

cencia de los hombres á todas las de mi sexô, los aborrecí tanto desde los primeros asomos de mi razon, que desde luego resolví no cooperar jamas á ellos por mi parte. Habiendo quedado absoluta dueña de mi arbitrio, y de mi voluntad; desprecié varios partidos que se me ofrecieron, bien resuelta á no dar jamas la mano de Esposa á ningun hombre que quisiese darse la indecente, y aun indigna pena de estar sujeto á una muger. Y no habiendo encontrado en medio de las Ciudades mas cultas y mas populosas ni siquiera uno que fuese capaz de sostener los legítimos derechos que le da el nombre de Marido, me he retirado á esta campaña, sin admitir otra compañia que la de mis Criados, con firme resolucion de no admitir tampoco en mi lecho conyugal sino á aquel que se mostrase digno de él, con la práctica de aquella autoridad que es absolutamente necesaria á quien ha de ser la cabeza de una Familia. Divulgada por muchos Paises esta mi caprichosa resolucion, ha traido aquí de varias Provincias no pocos hombres mozos bien parecidos y ricos; pero como en vez de presentárseme con aquel ayre de virilidad, autoridad, y fortaleza que yo deseaba, no veia en ellos mas que unos hombres afeminados, delicados, y en todas sus acciones mugeriles, á todos los he echado, pareciéndome mal tanto, que perdiendo todos la esperanza de poseerme, me han abandonado, olvidándose enteramente de mí, y teniéndome por

una

una Muger fanática y caprichosa, antes que por juiciosa y prudente. Viendo pues que ya me faltaban pretendientes voluntarios, y que iria adelante aquella mala opinion que se tenia de mí, quando efectivamente no me casase, determiné procurarme por mí misma de alguna manera un Esposo, si encontraba alguno, que fuese digno de este título. Quise que debiese á sola mi eleccion la no despreciable fortuna de ser dueño absoluto de un rico patrimonio que yo le llevaria en dote, y de merecer el nombre del mas cabal de todos los Maridos. Con este fin escogí entre mis Criadas las de mas edad, y mayor espíritu, haciendo que se vistiesen y disfrazasen como tú las viste, con órden de que saliesen por los caminos circunveeinos, y me traxesen todos los pasageros jóvenes que pudiesen haber á las manos, pero sin exponerse ellas al menor peligro. Mas de uno me han traido, que de buena gana hubiera abrazado el partido que le proponia, si en la prueba que hago de todos antes de sacrificar á ninguno mi corazon, no hubiera descubierto en los exâminados mucha ligereza. Tú eres el último que mis fieles Criadas me han presentado. Si tu ánimo es ligarte á un vínculo indisoluble, y si descubro en tí aquella virtud, fortaleza, y autoridad superior que quiero absolutamente exercite sobre mí el que ha de ser Marido mio, serás tú el dichoso entre todos los demas.

Quedé verdaderamente estático, y admirado

do al oir este discurso. Pero como me era forzoso darla alguna respuesta, y ella, mirándome fixamente, parecia que me la estaba pidiendo con los ojos: Señorra (la respondí) aunque la proposicion que me haceis es tan ventajosa, y de tanto honor para mí, no me hallo en estado de admitirla, habiendo resuelto firmemente no meterme mas en bueno, ni en malo con Mugeres. Bravo! me interrumpió ella, no sin alguna algazara. No puedes dar mejor principio á la prueba que quiero hacer de tí. A buena cuenta ya conoces que nosotras nada valemos, y que por nuestros grandísimos defectos somos dignas del mayor desprecio. Esto es lo que á mí me gusta, y me alegro verdaderamente de que se tenga mala opinion de nosotras. No he hallado hasta ahora hombre alguno que hable de nosotras como tú, y nos haga la justicia que tú nos haces. Yo gusto mucho de ser despreciada, y precisamente por la repugnancia que tienes á cargar con la compañia de una Muger, te juzgo capaz de desempeñar las obligaciones de Marido. Doyte pues ocho dias de término para hacer tu noviciado: si correspondes en todo como lo muestran los principios, no dudes que al noveno dia serás dueño de esta Casa, de mis riquezas, y de mi persona. Dicho esto se retiró aquella extraordinaria Muger, sin darme lugar á que la replicase ni una sola palabra. Entró despues la Familia, y con las mismas ceremonias con que me habia hecho entrar, me hi-

zo

zo salir de aquel Gabinete, donde finalmente entendí que en aquel Palacio no habia otra gente que mugeres.

CAPITULO XIV.

Las pruebas que dió el jóven Siciliano para que se le juzgase capaz de ser un buen Marido, y las respuestas que se le dieron á las tres preguntas que hizo.

Conduxéronme despues á otro quarto que exâlaba perfumes, olores, y fragancias mas suaves. Hasta los vasos excrementicios eran de lucidísima plata, y el pavimento de bellísima porcelana del Japon. Luego que entré en él, viendo que me era preciso caminar sobre una materia tan preciosa como frágil, me detuve algun tanto, mostrando dificultad de pasar adelante; pero una de las que me acompañaban me èmpujó suavemente un sí es no es, bien que lo bastante para que resvalando en lo liso de la porcelana, cayese boca á baxo, é hiciese mil pedázos toda aquella parte del pavimento que ocupó mi cuerpo en la caída. Al ver esto comenzaron las Mugeres á gritar, diciendo que habia arruinado la porcelana, siendo tales las voces y la gritería, que al ruido salió sobresaltada la Señora para ver lo que era aquello, y habiéndola dicho una Criada: Señora, no vé usted qué lástima, y qué ruina! Eche su merced quan-

quanto antes de Casa á este hombre tolondro y desmañado, sino quiere que acabe con todo lo que hay en ella. No lo echaré tal, respondió prontamente: lo que ha hecho prueba que es hombre de juicio, y que conoce la vanísima superfluidad de estos necios y tontísimos adornos. Dexadle hacer á su modo, que así me da mucho gusto. Quando sentí la voz de la Señora, quise levantarme con presteza; pero como me obligaba á resvalar lo liso de la porcelana, cada esfuerzo que hacia para ponerme en pie era un nuevo impulso para volver á caer con mayor violencia, y así multiplicadas las caídas se multiplicaron al mismo tiempo las ruinas del pavimento. Entónces sí que levantaron mas el grito todas las Mugeres. En esto han parado (decian) nuestros desvelos, en barrer, limpiar, y pulir este Gabinetillo, que parecia un Parayso terrestre! Un furioso, un loco le ha arruinado enteramente. Ah bestiaza (añadian, volviéndose contra mí) vete á la caballeriza con el pollino, ó á la pocilga con los puercos, y no te vengas á ensuciar con tus villanos y groseros pies un suelo que solamente se hizo para las Venus, y las Gracias. Si no tratas de levantarte, y partir luego de aquí, ten por cierto que nosotras tratarémos de darte lo que mereces. Al oir yo esto temí que me quisiesen hacer alguna pesada burla; y como varias veces habia probado inutilmente á levantarme, procuraba irme arrimando poco á poco, y á gatas hácia la puer-

ta, con solo el fin de librarme de sus amenazas. Pero ellas sin duda entendieron mal mi intencion, creyendo era mi ánimo jugarlas alguna pieza; porque levantando mas los gritos, y los clamores, volvió á dexarse ver la Señora; y habiéndose informado del nuevo motivo de aquella vocinglería se echó á reir, celebrando que yo fuese hombre capaz de no hacer caso, y despreciar los estruendos Mugeriles. Mientras tanto, yo me habia ya puesto en pie, y absolutamente queria salir no solo de aquel quarto, sino de todo el Palazuelo, que parecia encantado, temiendo que acabase en alguna tragedia el embrollado enredo de aquella extraordinaria aventura. Pero se me puso delante Madama, la qual penetró quizá mi pensamiento, y me dixo: Conozco bien por la aversion que tienes á nuestro sexô, que estás rebentando por salirte de una Casa donde no ves otra cosa que mugeres. Pero todavía te hallas en el caso de poder llegar á disponer de mi Familia, como dueño de ella. Desde la primera hora diste señales de merecerlo; pero es menester observar el rito que tengo ya indispensablemente prescripto á los hombres, y cumplir exâctamente el octavario del noviciado. Vuelve pues á entrar en tu quarto, el qual se ha hecho ya digno de que le ocupe un hombre desde que le privaste de aquel vano y ostentoso adorno que con tanta razon te daba tan en rostro. No la respondí ni siquiera una palabra, y teniendo ella por desprecio su-

yo

yo este mi silencio, esto mismo me añadió un grado de mérito en su estimacion. Volví pues á entrar en el quarto de la porcelana, y habiéndome dexado caer sobre una silla poltrona, ó ya fuese porque estaba fabricada con demasiada delicadeza, ó porque yo no supiese manejar el trage mugeril, que verdaderamente me embrollaba, el hecho es que la silla se espatarró, y se dividió en varios pedazos. Levantéme inmediatamente de ella para sentarme en otra; pero en esta me sucedió la misma desgracia, y temiendo que se repitiese lo propio con todas, me salí prontamente de aquella Cámara, diciendo despechado á grandes voces, que tratasen de señalarme otro quarto alhajado á lo trivial, y ordinario, sino querian que arruinase todo lo que habia en el Palacio. Aun este mi despótico modo de hablar, que era tan conforme al genio de Madama, le interpretó esta favorablemente, fundando sobre él un gran pronóstico, y dió órden que se me alojáse en un quarto, en el qual, aunque alhajado menos rica y menos magníficamente que el primero, todavía se veían en él muebles de mucho valor, y de gran precio. Luego que entré en él me senté en un Canapé cubierto de un rico damasco carmesí, y allí me estuve esperando á que llegase la hora de la cena, de la qual tenia necesidad mi pobre estómago flaco y debilitado, no obstante la memoria de las pasadas aventuras. No se pasó largo tiempo sin que viese poner una mesa cubierta

no

no solo de una finísima y blanquísima mantelería, sino de varios y muy exquisitos platos. Sentéme solo á ella, aunque podrian sentarse á la misma doce personas; y como mi buen apetito no me daba lugar á discernir lo bueno de lo que no lo era tanto, me puse á engullir con voracidad el plato que tenia mas cerca de mí, sin atender á los demas. Este solo bastó para contentarme el hambre, y como de tiempo en tiempo estaba enteramente embebido en mis propios pensamientos, y ocupado únicamente en mí mismo, sin detenerme en otras ceremonias, me levanté de la mesa diciendo que me queria ir á dormir. Madama, que de propósito estaba espiando cómo me portaba en aquella nueva scena de mi noviciado, dió desde luego por supuesto, que todo aquel mi estraño modo de proceder era únicamente efecto del desprecio que hacia de todo género de delicadeza, y de aquellas superfluidades que se usan en nuestros tiempos. Así pues mandó, que en todo se me obedeciese, y llevándome al quarto donde me habian dispuesto la cama, cada una de las que me asistian quiso ser la primera en quitarme la cofia, y en servirme para desnudarme. Pero no sufriendo yo que ninguna me pusiese la mano desde que supe que todas eran Mugeres, las dispensé de aquel oficio, sin mas cumplimiento que decirlas resueltamente que no queria. Echélas pues de mi quarto, cerré bien la puerta por adentro, y tomando una luz registré muy por me-

menor todos los muebles de la Cámara, y entre ellos tuve el gusto de ver los retratos de las Mugeres mas hermosas que se podian ver en el mundo.

Esta vista me traxo vivamente á la memoria la imágen de mi amada Irene, á quien siempre habia considerado como la hermosura mayor que se habia visto en la tierra, y me hizo llorar un poco este recuerdo. Mas por no perderme en la contemplacion de una cosa que me contristaba mucho, apagué con resolucion la luz, desnudéme á obscuras, y acostéme. Lo blando de los colchones, todos embutidos de plumas, la delicadeza de las sábanas y almohadas, con el grato olor que exâlaba la ropa blanca, todo contribuia grandemente á que qualquiera otro encontráse en aquel delicioso lecho un dulcísimo descanso de las mayores fatigas. Pero en mí produxo un efecto enteramente contrario. No pudiendo hallar quietud en ninguna parte, todo se me iba en dar vueltas, y en un instante con pies y manos descompuse toda la cama. La funesta memoria de mis males no daba lugar al sueño. Atropellábanse unas á otras en mi imaginacion las mas lugubres ideas, y pasando de un pensamiento triste á otro mas funesto y doloroso, se me fué lo restante de la noche en derramar amargas lágrimas, y arrancar de lo mas íntimo del pecho profundísimos suspiros. Finalmente me sosegué por algun poco de tiempo, pareciendo que la naturaleza queria tomar algun reposo. Pero ya fuese por la mala calidad del único plato que ha-

habia cenado, ó ya por la voracidad con que le engullí, sin haber hecho en la boca la primera digestion, ó fuese quizá por el olor demasiadamente agudo que echaba de sí la ropa blanca, el hecho fué que de repente se me alborotó el estómago con una inquietud que jamas habia sentido otra semejante. De nada me sirvió torcerme, retorcerme, volviéndome unas veces boca á baxo, y otras boca arriba, levantar la cabeza, agitarme, descubrirme: todo fué inútil; hasta que la naturaleza se desahogó por sí misma, prorrumpiendo en un vehementísimo vómito, que á un mismo tiempo emporcó el pavimento, y ensució asquerosamente la cama. Despues de este desahogo me aquieté un poco, y me quedé dormido hasta la mañana. Luego que amaneció me levanté, y como no tenia otros vestidos que los mugeriles, de que me habia desnudado por la noche, me hallé el hombre mas embrollado del mundo. En fin acomodémelos lo mejor que pude y supe, y saliendo á la Sala esperé á que se levantáse la Familia, resuelto á despedirme, y partir quanto antes de aquella especie de Palacio encantado. Pero como ninguno apareciese en el largo espacio de una hora, estando todavía la Casa en gran silencio y quietud, habiendo visto en cierto sitio un vestido de hombre, determiné trocarle por el que la necesidad me habia precisado á tomar el dia precedente, y despues procurar escaparme si hallaba modo de hacerlo antes que la gente se levan-

vantáse. Mas quando fuí á la puerta para poner en execucion mi pensamiento, hallé que estaba cerrada con duplicadas llaves. Pasé á exâminar un inmediato balcon, y le hallé tan cerrado como la puerta. Subime al quarto de arriba para ver si habria modo de descolgarme de las ventanas altas; pero quando comenzaba á deshacer las sábanas, y mantas de la cama para facilitar mi fuga, fuí cogido, como se dice, con el hurto en las manos por las Mugeres de la Familia, las quales sintiendo los pasos que yo daba por la Casa, entraron sin duda en alguna sospecha, y levantándose medio vestidas, quando me encontraron in fraganti, dispertaron con sus gritos á todas las demas, y todas corrieron á mi quarto.

Lo mismo hizo la Señora del Palacio, y despues que se informó del motivo de aquel ruido, se dexó ver de mí con la mayor seriedad, y con voz igualmente imperiosa me dixo que absolutamente queria que me mantuviese en su Casa, aunque fuese contra toda mi voluntad, y que tuviese entendido que estaban ya cogidos todos los pasos, previniéndome, que aunque la veía cercada de Mugeres, no la faltaba modo para hacer inútiles todos mis esfuerzos. Un discurso tan violento no podia menos de irritar la cólera á un hombre que estaba ya medio desesperado. Respondíla pues en el mismo tono, y con el propio ayre con que ella me habia hablado. Y habiendo visto sobre una mesa una es-

pa-

pada, eché mano de ella. Quando vió que yo no hacia caso de sus amenazas: Detente, me dixo: porque no quiero arriesgar la vida de un hombre tan digno. Antes bien pretendo capitular contigo. Si no conviniéremos en los preliminares de la capitulacion, tendrás toda la libertad de ir donde quisieres, sin que se te haga la mas mínima violencia. Los hombres se ligan por las palabras. Parecióme pedir la buena crianza que acetase aquella proposicion, y así la respondí me hiciese el favor de declararme quanto antes quáles eran aquellos preliminares, tan honestos que me podian obligar á quedarme en aquel Palacio. Aquí tienes, me respondió, entregándome un papel, ese pliego en blanco firmado de mi mano. Prescríbeme en él todo lo que quisieres de mí, y está seguro de que executaré puntualmente todo lo que dispusieres. Halléme grandemente embarazado al verme con una voluntaria oferta tan universal, y generosa; y haciendo reflexîon á los mas menudos accidentes que parecian coligarse para violentar mi voluntad, comencé á creer que el Cielo, por uno de aquellos caminos que es su voluntad conduzcan, y suavemente lleven los hombres á su destino, queria resarcirme la pérdida de mi primera Muger, disponiéndome otra que mostraba tan vivos deseos de estar siempre, y enteramente subordinada á la voluntad de su Marido. Pero como para resolverme en un punto de tanta consideracion necesitaba pensarlo mucho, la

su-

supliqué me diese tiempo hasta la noche para hacer mis reflexîones. Con esto me aparté de ella, y toda aquella mañana la empleé en pasearme por el Jardin, y por otros sitios deliciosos inmediatos al Palacio, admirando el buen gusto, y bella disposicion de las plantas y de los árboles, que formaban al rededor de él espaciosas calles, y muy frondosas carreras. Mas no por eso distraía mi espíritu aquella alegre amenidad, fixa siempre la imaginacion en los graves pensamientos que estaba revolviendo, y sin tomar partido en cosa alguna, me restituí á casa á la hora de comer tan irresoluto como estaba á los principios. Halléme con una mesa aun mas suntuosa que la de la cena precedente; pero contentándome con probar algo de dos ó tres platos de las viandas mas simples y mas sencillas, dexé intactos todos los demas, los quales fueron al punto retirados por las Criadas, á quienes creo no disgustaria aquella mi templanza y moderacion. De esta manera me acreditaba de hombre sóbrio, y enemigo de toda superfluidad. Y como á Madama la informaban de todo lo mas menudo que fuese concerniente á mi persona, cada instante se mostraba mas impaciente de concluir quanto antes las propuestas capitulaciones. Hácia el anochecer aguardó á que yo volviese de mi paseo, y al punto me hizo preguntar si queria que me traxese el ofrecido pliego en blanco con su firma. Respondíla por medio de la Mensagera, que antes de asentir á un

preliminar tan considerable, deseaba informarme de ella de algunas cosas que me convenia saber, primero de internarnos mas en el negocio consabido. Nada me costó lograr la deseada conferencia: vino ella prontamente á la Sala donde la noche antecedente habíamos estado, bien que en esta visita se observó un ceremonial muy diverso. Arrimando ella á un lado todos los respetos de Dama y Señora de la Casa, quiso absolutamente que yo ocupase á la mano derecha el mejor asiento, y que dependiese de mi voluntad el mantenerse presentes, ó el mandar retirar á los Criados. Híceles pues señal de que se retirasen, y luego que nos dexaron solos: Señor (me dixo) aquí teneis una vuestra sierva pronta siempre á obedecer vuestros preceptos. Aun no es tiempo, Señora (la respondí interrumpiéndola) que me hableis de esta manera. Antes de pasar mas adelante deseo me satisfagais á ciertas preguntas, que interesan mucho mi curiosidad. Pronta estoy (me replicó) á daros en todo gusto, y la sinceridad de mis respuestas os harán ver que seré siempre la misma en todo quanto pueda ocurrir que sea de vuestra satisfaccion. A tres solas preguntas (repuse yo) se reduce todo aquello en que por ahora deseo oir vuestras respuestas. La primera, el motivo que teneis para querer depender de un hombre con tan rigurosa, y total subordinacion. La segunda, por qué razon siendo muger os habeis querido vestir de hombre, y siendo

do yo hombre se os ha antojado que me vista de muger. La tercera, por qué hicisteis pintar en perspectiva el rapto de Ganimedes en el primer quarto donde me metieron quando llegué á este Palacio.

Despues que oyó con la mayor atencion mis preguntas: aquí estoy (me respondió francamente) para daros razon de todo. Comienzo por la primera pregunta, y digo, que ya sabeis vos como el dia de hoy las Mugeres solo tienen el nombre de Mugeres; pues por lo demas ellas mandan como se las antoja á sus Maridos, abusando de la demasiadamente absoluta autoridad, y ascendencia que saben tomarse sobre los ánimos de aquellos pobres badéas, unas porque nacieron un poco mas nobles, otras porque eran algo mas ricas, estas por su altaneria, aquellas por su orgullo, y todas ó las mas por sus mentirosos atractivos, fingidas finezas, engañosas y pérfidas caricias. Ellas son en el gran Mundo mas respetadas, mas atendidas, y mas consideradas que los hombres, tanto que los Maridos por la mayor parte nada saben hacer sin consultarlo con sus Mugeres, y sin recibir primero el oráculo de su aprobacion. Fuera de eso es mas que cierto, que si se desea conseguir alguna gracia sea de quien fuere, en lugar de hacer presentes para lograrla, las razones del mérito, ó de la justicia, solo se solicita la intercesion de alguna muger distinguida, ó por su sangre, ó por su espíritu, ó por su hermosu-

ra,

ra, y obtenido este empeño, no se pone en duda el logro de la pretension. Todas estas ventajosas prerrogativas que goza al presente nuestro sexô, no han sido bastantes para alucinarme. He conocido que todas son ilusiones de entendimientos preocupados, y que fuera del daño que con el tiempo nos hacen á nosotras mismas, es gravísimo el perjuicio que causan en el comun: y á la verdad, quánta razon tendrá para arrepentirse un hombre que encantado con los lisongeros halagos de su Muger, sin considerar si puede, ó no puede empeñarse en un gasto que compita con el de otro de su misma condicion, pero de mucho mayor renta que la suya, se vea con el tiempo sitiado de acreedores, que le obligan á desprenderse de las alhajas mas preciosas para satisfacerlos, ó le ponen en la dura necesidad de retirarse á algun asilo para no verse metido en una cárcel por sus deudas! Y de la misma manera ¡quánto será el dolor de una muger, quando por la propia razon se halle privada de aquella soberbia y magnífica Carroza, en la qual se dexaba ver por las calles de la Ciudad con tanta soberanía, y con tanta altivez, ó de aquella multitud de brillantes que la hacian resplandecer como un Cielo sembrado de estrellas, y caminar despues á pie por las mismas calles, supliendo la brillantez de las piedras mas preciosas, con el lánguido resplandor de las mas viles y mas falsas, ó con el fugáz y momentáneo de unos miserables talcos!

A

A mas de una he conocido yo, que reducida por semejante vanidad á un infeliz estado de pobreza, pretendia que el haberse deshecho de todo el tren de sus galas era voluntaria virtud, la que habia sido forzosa necesidad. Si se trata de la economía, y del gobierno de la Casa, que muchísimas toman á su cargo, aunque parece que la avaricia sea natural á nuestro sexô, y que por lo mismo seamos mas apropósito que los hombres para ahorrar; con todo enseña la experiencia, que aunque en las cosas menudas, y de ninguna ó poquísima importancia somos realmente muy ahorradoras; pero en las gruesas y de valor estamos muy lejos de serlo. Os podria alegar muchos exemplos de esto, sino conociera que estais bien convencido de esta verdad. Por lo que toca á buscarnos por empeño con las personas de autoridad y de poder para obtener las gracias que se desean conseguir, el mismo buscarnos para esto no pocas veces nos desacredita, porque se supone que solo podemos mover la voluntad de los poderosos con nuestras gracias, con nuestros atractivos, y con nuestros favores, dándolos esperanza de conseguir de nosotras en recompensa aun aquellos que no es lícito desear. Por eso no sin razon, segun lo que tengo oído muchas veces, las Leyes antiguas mas acreditadas y prudentes prohibian que las Mugeres, por respeto á la pública honestidad, freqüentasen los Tribunales, y las Casas de los Magistrados; cosa tan disonante, y

de

de tanto peligro como si los hombres manejasen la rueca y el uso en Salas de labor de las Mugeres. De todo lo qual concluyo, que en todos aquellos casos en que se echa mano de las Mugeres para que se introduzcan en lo que toca á los hombres, se perjudica á nuestro honor, al de nuestros Maridos, y al de aquellos mismos con quienes nosotras nos interesamos. Al nuestro, porque nos acreditamos de vanas, de ambiciosas, de entremetidas, de locas, de presumidas, y de poco modestas. Al de nuestros Maridos, porque se les tiene en concepto de hombres inútiles, apocados, afeminados, demasiadamente sufridos, y condescendientes. Al de los últimos, porque son despreciados como hombres mugeriegos, inconstantes, injustos, y ligeros. En virtud de estas reflexîones he formado yo mi proyecto de no admitir por Marido sino á uno que sepa usar de la autoridad que las Leyes mas respetables le han dado sobre mí, y que consiguientemente quiera que yo me mantenga en aquella sujecion, obediencia, y subordinacion que son indispensables en el Matrimonio, sin permitir por su excesivo amor, ó por su demasiada ligereza, que yo misma me precipite en aquellos abismos de que he hablado hasta aquí.

Calló entónces Madama por un breve espacio para tomar aliento, y volviendo á su discurso, prosiguió de esta manera. Voy ahora á responder á tu segunda pregunta, y á darte razon

zon del motivo que tuve para vestirme de hombre en este retiro, y para hacer que usase del mismo trage toda mi Familia, siendo yo y toda ella compuesta de mugeres, como al contrario, siendo tu hombre te he puesto en precision de vestirte de Muger. En aquellos felices tiempos (prosiguió la Dama) en que las Mugeres dependian absolutamente de los hombres, estos habian desterrado de sus cuerpos toda femenil cultura, toda mugeril delicadeza, y toda supérflua prolijidad en componerse. Bastábales un trage positivo y aseado que los desviase de la indecencia, y de la sordidez, y mas aplicados á adornar el alma con las verdaderas virtudes que estima el mundo juicioso, que á enriquecer la mente con la noticia y conocimiento de cosas raras y preciosas, pero mucho menos á desahogar la ostentacion en vestidos cubiertos de plata y oro, á perfumar sus camisas, á rizar sus cabellos, á inventar cada dia nuevas modas de pelucas; eran distinguidos por nobles, no ya por lo suntuoso y brillante de sus galas, sino por el cultivo de sus entendimientos, y el exemplo de sus Christianas y Caballerosas costumbres. Pero quando con el tiempo fueron poco á poco adquiriendo las mugeres aquella superioridad y dominio que hoy tienen sobre los hombres, comenzó insensiblemente á pegárseles nuestra natural vanidad, nuestra inclinacion al luxo, y nuestras costumbres poco arregladas. Entónces se comunicó del género femenino al mas-

masculino la inmoderada inclinacion á dexarse ver en público mas con ayre de mugeres que con señales de hombres. De aquí nace aquel hacerse todos los dias los rizos con notable pérdida de tiempo; aquel prolijo incipriarse, aquel arrancarse con tenacillas delicadas los pelos de la cara no sin bastante dolor, con otras mil femeniles invenciones tan profundamente arraygadas aun entre los viejos mas rugosos, y mas encorbados, que verdaderamente avergüenzan vuestro nombre y vuestra condicion. Pues ahora: si las mugeres, y la excesiva complacencia que los hombres tienen por ellas han sido la causa principal de un desórden que los degrada hasta olvidarse de aquello que son por hacerse semejantes á lo que no pueden ser, no es medio muy eficaz para hacerlos volver en sí, que nosotras nos vistamos como ellos, ya que ellos se han arrogado nuestro modo de vestir? Y para que conozcan que hoy mas somos superiores á ellos, y que los mandamos como si fueran nuestros criados, puede haber cosa mas apropósito, que no contentándonos con ser dueñas de sus corazones, queramos tambien serlo de su trage, y consiguientemente que ellos deban usar el que usábamos nosotras? Peró aun quando esta parezca una presuncion demasiadamente temeraria, siempre producirá el buen efecto, de que los hombres, avergonzándose de sus mugeriles delicadezas, vuelvan á la antigua varonil simplicidad, y deponiendo la indecente ligereza de

que-

querer parecerse á las mugeres, recobren aquel grado de autoridad que su sexô tenia sobre el de ellas, y que ellos han dexado perder con tanta indignidad, y deshonor. Esto es lo que pretendió simbolizar un ingenio mugeril en el misterioso cambio de trages, que dió motivo á tu segunda pregunta.

Quedo enteramente satisfecho, dixe entónces á Madama, y añado sin adulacion, que habiéndose dicho en otro tiempo, que serian dichosos todos los Pueblos en que solamente los Filósofos fuesen Reyes, ó que á lo menos los Reyes fuesen Filósofos, con mayor razon se pudiera decir, que serian bienaventurados los hombres si todas las mugeres fueran como vos, ó á lo menos pensáran como vos todas las mugeres. Pero suplicoos me dispenseis el favor de dexar totalmente contenta mi curiosidad, satisfaciendo á mì tercera pregunta.

Ya Señor, me respondió, habreis leído muchas veces, como enamorado Júpiter del bellísimo jóven Ganimedes, hijo de Troade, quiso que en lugar de Ebe sirviese á su mesa el oficio de Copero. Transformóse Júpiter en Aguila, y mientras el descuidado mozo estaba cazando en el monte Ida, é iba en seguimiento de un Ciervo, la fingida Aguila, cogiéndole entre las garras, y echándosele sobre las alas, le arrebató hasta las nubes, donde le vió su Muger Juno, y dicen todas las leyendas que no le miró con buenos ojos. Todo esto es mera fá-

bula, pero inventada por los Griegos no sin algun saborete de moralidad. Yo á lo menos, aunque poco versada en la interpretacion de la Teología Mytológica, he creido siempre que el rapto de Ganimedes por el mayor de todos los Dioses fué efecto de alguna equivocacion que padeció el hijo de Saturno. Vió este aquel bellísimo jovenzuelo Troyano; observó que era de una ternísima encarnacion, que no solo no tenia pelo de barba, pero ni aun se asomaba en todo el rostro la mas sutil imperceptible lanilla, que era todo perfumado, y que estaba vestido á la Frigia, mas parecido á una muger que á un hombre. Parecióle que no podia haber hombre tan débil y tan vano que cultivase su cuerpo como lo hacen las mugeres con los suyos por un exceso de delicadeza, y deduciendo de aquí, que sin duda cubria tras de aquel disfraz un sexô, que el mismo Júpiter hizo tan famoso con sus freqüentes ridículas transformaciones, le quiso absolutamente en su Corte, y arrebatósele al Cielo. Saca ahora tú la conseqüencia que corresponde á estas premisas, y facilmente conocerás, que el haber querido yo se pintáse en perspectiva el rapto de Ganimedes en la primera Antesala donde entraste, no quiere decir otra cosa sino que los hombres, quando con el nímio cuidado en pulirse, y engalanarse quieren parecer mugeres, son puntualmente tratados como tales, y destinados á los mismos oficios y ministerios que las de nuestro sexô.

Y si hubiereis observado otras pinturas de la misma Antesala, habriais visto al mismo Júpiter vestido de muger, únicamente por dar gusto á otras mugeres, de la misma manera que se vió el vergonzoso espectáculo de estar hilando Alcides entre las Doncellas de Meonia. Fábulas todas que nos hacen conocer y palpar lo despreciables que se hacen los hombres quando se dexan vencer y dominar de nuestro sexô.

Cesó de hablar Madama, habiendo satisfecho plenamente mi curiosidad, temiendo quizá que yo saliese con algun pretexto de nueva dilacion, para formar la ley baxo la qual habia de vivir, sirviendo de basa al contrato de nuestros esponsales. Miróme fixamente, y me entregó con mano trémula el pliego en blanco firmado de su puño, diciendo que absolutamente queria depender en todo y por todo de mi gusto y voluntad. Pero yo estaba muy dudoso de lo que habia de hacer. Parecíame que mi amada Irene me estaba hablando al corazon, y que me estaba diciendo debia no acetar un partido que necesariamente habia de desterrarla á ella de mi memoria. Por otra parte, la virtud de Madama, cuya juiciosa respuesta á mis preguntas, cada vez descubrian mas y mas su grande y bello fondo, me encantaban de manera que me parecia necedad dexar escapar una ocasion que tenia toda la apariencia de la mas rara y mas segura felicidad. Mientras tanto, viéndome ella suspenso, é indeciso: ánimo, Señor, me

me dixo, no tardeis tanto en dictar aquellas leyes que deben servir de pauta á quien merezca la dicha de llamarse muger vuestra. La prudente Legislacion que vos dictareis será recibida en el mundo por norma universal, y renovareis en él la afortunada memoria de las Porcias, y de las Penelopes. Sereis llamado el Licurgo y el Solon de las mugeres, y servirán de brillante adicion á los Digestos, y á los Códigos, las prudentísimas Leyes que promulgareis acerca de los Matrimonios. Madama, la respondí; no se puede hacer tan de repente una obra de tanta importancia. Dexadme este pliego en mi poder, y á buena cuenta lo primero que deseo de vos, en prueba de aquella ciega sujecion que deseais mostrar en todo al hombre que mereciere ser vuestro Marido, es que me deis tiempo para pensar y ponderar los grandes puntos que deben entrar en el Código de las Leyes mas dificiles que pueden ocurrir en el mundo. Así es, respondió ella, y yo misma conozco que es obra de grande empeño la de querer arreglar los desórdenes, y las irregularidades de nuestro sexô, hoy mas que nunca intolerante de toda regla, y de toda sujecion. Así, pues, tomaos el tiempo que quisiereis, y juzgareis necesario para acreditaros de un excelente Legislador, mientras yo me complazco en el nuevo motivo que me dais para teneros por tanto mas digno de mi mano, quanto menos prisa mostrais por conseguirla.

Ha-

Habiéndome librado en esta conformidad del nuevo asalto, en que temí peligráse mi constancia, me retiré á mi quarto, donde despues de lo sucedido con Madama, podia estar con toda libertad seguro de ser puntualmente servido en todo lo que quisiese mandar. Aquí fué donde nuevamente me puse á considerar con la mayor seriedad lo que debia de hacer; y acordándome de que la pasada y repentina desgracia parecia estarme avisando (como ya dixe) que fuese mas fiel en el cumplimiento de mi palabra, y en el empeño contraído con el Monarca de Madagascar, puse en consulta conmigo mismo, si se podia conciliar el matrimonio que se me presentaba con el desempeño de aquella primera obligacion? El virtuoso genio de Madama, y su total resignacion á todas mis disposiciones, me hacian esperar que no era capaz de contradecir en la mas mínima cosa ninguna resolucion que yo tomase en aquel asunto, antes bien me persuadí á que ella misma querria hacerse mérito, y tener parte en una obra tan santa. Parecíame tambien, que si teníamos la fortuna de llegar sanos y salvos á Madagascar, escusaría yo el trabajo de escribir aquellas leyes que deseaba tanto saber, porque ella las aprendería por sí misma solo con observar exâctamente las costumbres que allí se practicaban; pues una vez que se persuadiese á que se vivia allí muy diferentemente de lo que se usaba en Europa, se alegraria mucho de haber abandonado la Patria,

si-

siguiendo sus propias inclinaciones, y estableciéndose baxo un Cielo, donde los hombres reynaban felizmente como tales. Ya notarán ustedes como hablando ó discurriendo yo de esta manera, me hacia grande violencia á mí mismo, pretendiendo olvidarme de mi primera Consorte; y es, que quando se llega á términos de perder enteramente la esperanza de volver á poseer el bien que una vez se ha perdido, se procura substituir otros objetos que sirvan de consuelo en los funestos efectos que causa la pérdida del primero.

Formada pues esta deliberacion, como ante todas cosas debia tentar, si Madama correspondia con su consentimiento á la esperanza que yo habia concebido, la mañana siguiente me animé á preguntarla si tendria valor para tomar una resolucion muy superior á la comun y natural timidez de la pusilanimidad de su sexô? Basta, me respondió, que me digais lo que quereis de mí, y la experiencia os enseñará que soy de muy diferente pasta que la mayor parte de las mugeres. Descubríla entonces el grande empeño en que me hallaba, y la pinté con los mas vivos colores la obligacion que me corria de procurar á toda costa el bien espiritual de una Nacion miserablemente sepultada en las tinieblas de la Idolatría, ó en la ignorancia de la verdadera Religion, de manera que ella misma se ofreció gustosísima á ser mi compañera y mi ayudanta. Nunca (me respondió) me podrian llamar,

mar, ni yo podria ser buena casada si me negára á hacer compañia á mi Marido en un viage que le ha de hacer tanto honor, y en que él ha de adquirir tan gran mérito. Pero, Señora (la repliqué) ¿no os espantan los peligros de tan larga navegacion, expuesta á furiosas tempestades, á violencias de Corsarios, y á crueles tratamientos de los Bárbaros? Todos esos grandiosos motivos de espanto, y de terror (me respondió) se me ofrecieron á la imaginacion con la mayor viveza al mismo tiempo que me estabais haciendo la proposicion; pero todos ellos me parecieron vanos espantajos, y despreciables niñerias, en comparacion del gran bien que por medio de esos peligros podemos hacer á nuestros próximos. Siendo eso así (repliqué yo) conviene que todavía me adelante á haceros otra proposicion. Que una muger ya casada se resuelva á seguir á su Marido, sin hacer aprecio de trabajos, incomodidades, ni peligros, puede atribuirse á efecto de un amor impetuoso, y violento, ó á una especie de ternura no del todo virtuosa. Ni faltaria tampoco quien calificase de pasion desordenada por un Esposo el emprender un viage tan largo, y tan lleno de peligros. Por tanto es menester que vos no os mostreis sujeta á semejantes flaquezas; aunque ellas sean de tal calidad que no solo merezcan fácil perdon, sino que tal vez podrian ser aplaudidas. Así que será preciso que consintais en que se dilate nuestro matrimonio hasta que lleguemos

á

á Madagascar: dilacion por otra parte muy necesaria para que los dos, libres de todo otro vínculo, podamos atender únicamente, y con toda libertad á promover el santo fin que á nosotros nos ha de producir tanto mérito, y ha de ceder en tanta gloria de nuestra Santa Religion. No se inmutó Madama al oir este nuevo proyecto, antes bien convino prontamente en él con semblante risueño, y resignado: por lo que habiendo quedado ambos de acuerdo, desde aquel mismo punto nos tratamos con entera libertad. Todas nuestras conversaciones eran acerca del grande fin á que se habia de dirigir nuestro viage, y llena ella misma de un religioso entusiasmo digno de su grande espíritu, se mostraba sumamente ansiosa, y aun impaciente porque quanto antes se diese principio á la gran obra que traíamos entre manos.

CAPITULO XV.

Historia de Eugenia. Navegacion por el Mediterráneo. Esclavitud de Tunez, librase de ella el jóven Siciliano, y restituyese á Mazara.

Aprontóse luego para dar principio á la grande empresa una considerable cantidad de dinero, con la venta de muchas alhajas, y varias posesiones de Madama. Hizo venir de cierto Lugarcillo el mas vecino á Melazo, á un confi-

fidente suyo, á quien nombró por Administrador general de todos sus bienes; dispuso su Testamento, y quando llegamos á Mecina le puso en manos de algunos Señores de aquella Ciudad; para que le abriesen, é hiciesen executar si al cabo de veinte años no volvia á ella. Estaba yo admirando en todas aquellas disposiciones el juicio, la prudencia, y el valor de aquella gran muger. Mostraba la mayor serenidad en medio de todo lo que hacia para abandonar su Casa, sus posesiones, su Patria, y hasta su mismo reposo. Veía en ella otra Irene, tanto por la virtud, como por el amor que me profesaba, y veía tambien otro Isidoro no menos por la intrepidez, que por un espíritu superior á todas las empresas y dificultades. Una sola persona unia en sí todas las prendas de aquella y de este, pareciéndome que el Cielo me la habia dado á conocer por un camino tan extraordinario, para consuelo y confortacion mia en la pérdida de aquellas otras dos amabilísimas personas. Pasado el término de un mes, de que tuvimos necesidad para nuestras disposiciones, partimos de Sicilia, y tomamos el camino de Roma, llevando con nosotros un solo Criado, en lugar de las muchas mugeres que componian su Familia. Desembarcamos en Calabria; pasamos á Nápoles, y desde aquí nos dirigimos á la cabeza del Mundo Católico. Facilmente se imaginará qualquiera Letor que durante este viage tendria yo gran gana de saber quién era Ma-

dama, su nombre, su calidad, y que no la tendria ella menos de saber quién era yo, como tambien los principales sucesos de mi vida. Ni ella, ni yo habíamos tenido tiempo en lo pasado para satisfacer nuestra curiosidad en este particular, ocupados ambos en la importancia de las cosas á que debíamos atender, asegurándome ella lo mucho que la habia gustado este mi silencio, infiriendo de él mi loable indiferencia en todo aquello que no era substancial.

Mientras tanto he aquí como ella me informó de todas sus cosas. Yo (dixo) nací en Cerdeña: mi Patria fué la Ciudad de Caller; mis Padres ambos de Ilustres Familias, y mi nombre es Eugenia. Quedé huérfana de poca edad baxo la tutela de algunos Parientes mios. Apenas entré en los años de la juventud, luego fuí cortejada de muchos, y pretendida para Esposa de no pocos. Probablemente deseaban mas mis bienes que mi persona; porque en una niña de doce años no puede haber atractivo que interese el amor de los hombres. Los que me pretendian se valieron de todos los medios que juzgaron mas eficaces para ganar mi voluntad, pero criada con todo aquel retiro que es indispensable, singularmente en una Doncella que nació con obligaciones, no pudieron corromper á las que me guardaban, ni contrastar mi resignacion á lo que dispusiesen los que me tenian á su cargo. Venia con freqüencia á visitarme un buen viejo, que era Tio de mi difunta Madre,

y viendo en mí un entendimiento perspicáz para lo que lleva de suyo el de una muger, y una niña, me daba bellísimas lecciones, las quales me hicieron concebir una mortal aversion al moderno modo de vivir que se usa hoy en el mundo. Contaba ya catorce años, quando un temerario intentó el rapto de mi persona contra toda mi voluntad. Era un hombre rico de Sasari, que juntaba un intolerable orgullo á una grandísima ambicion. Afectaba grande introduccion y amistad con el Virrey de la Isla, por cuyo motivo residia en Caller lo mas del tiempo. Vióme, enamoróse de mí, pidióme á mis Parientes, diéronle repulsa, y despechado intentó el rapto que llevo dicho. Salióle bien el intento, y me arrebató violentamente de entre los brazos de mis mugeres, estando con ellas en una Casa de Campo. Lleváronme por fuerza á Sasari, y desde allí á Castel Aragonés, donde tenia bienes aquel hombre, á quien vì en aquel sitio por la primera vez, habiendo estado hasta entónces en manos de sus Criados. Presentóseme todo encypriado, y cubierto de plata y oro, ni mas ni menos como un Petimetre de París: afectaba un grandísimo respeto por mi persona, y se persuadió á que facilmente ganaria mi corazon con sus lisonjas, requiebros, y monerias, que por las lecciones de mi Tio miraba yo ya con tanto horror. Quando vió que nada adelantaba con aquella afectadísima dulzura, resolvió darse á conocer por lo que verda-

de-

deramente era. A los requiebros, y á las lisonjas sucedieron las amenazas, desprecios, y malos tratamientos. Y queriendo atemorizarme, ya que no habia podido reducirme á corresponderle, dispuso que me encerrasen en un estrecho Camarote, que tenia todo el ayre de prision. Pero mientras tanto, formado y concluido por la Justicia el Proceso de mi rapto, y comunicada por requisitorias la sentencia de su prision á todos los Jueces y Magistrados de la Isla, se vió precisado á salir de ella para evitar el castigo que merecia su temeridad. Dexó órden para que yo le siguiese, y fuí conducida al mar, donde estaba ya prevenido un barco, que me transportó á la Isla de Córcega. Desde allí hizo grandes diligencias para que se le permitiese volver libremente á su Patria, ya por medio del dinero, y ya por los buenos oficios de su Protector el Virrey. Pero como la injuria que en mi persona habia hecho á toda mi Ilustre Familia era tan grave, que no se podia disimular sin alguna proporcionada satisfaccion, todos los pasos del Virrey fueron inútiles. Entónces fué quando resolvió una cosa digna de su perverso corazon. Determinó hacer que secretamente me quitasen la vida, y publicar despues que habia muerto de muerte natural; pareciéndole que faltando la causa de su destierro, seria fácil que cesasen sus efectos, y que perdida en mis Parientes la esperanza de volver á verme, poco á poco se iria enfriando en ellos el calor de sus ins-

instancias sobre su castigo. Dió pues la órden de la funesta execucion á cierto Camarero suyo de toda su confianza. Este la hubiera executado, á no haber sido superior la compasion del Criado á la ferocidad del Amo. Se escusó pues del exercicio de tan bárbaro como cruel ministerio, y habiéndome confiado la comision que tenia, me aconsejó que me escapase en su compañia á donde él estuviese seguro de la persecucion de su Amo, y yo me viese restituida á mi primera libertad. Así que, quando mi furioso robador me consideraba muerta en un bosque á donde él mismo me habia enviado, acompañada de su Camarero, con pretexto de divertirme, dicho Camarero tenia ya dispuesto todo lo necesario para nuestra fuga. Con efecto nos escapamos los dos, y habiéndonos embarcado aportamos prósperamente á la Bastia, donde me hospedó en su Casa un Comerciante Genovés, y pocos dias despues, avisados mis parientes de Caller, vinieron por mí, y me restituyeron á Cerdeña. El Camarero, á quien yo debia la vida, fué largamente recompensado, y habiendo significado su deseo de quedarse en nuestro servicio, fué al instante admitido en él, señalándole un decente salario. Hallándose mientras tanto desterrado y vagamundo mi atrevido robador, continuamente escribia cartas ciegas amenazando las vidas de mis parientes y la mia, sino alzábamos la mano de las instancias que se hacian con la Justicia sobre su casti-

tigo. Por otra parte no perdonaba dinero para corromper á los Jueces, y añadiéndose á esto la autoridad del Virrey, que á todo trance queria ver levantado el destierro de su Favorecido, temiendo yo otra nueva violencia, determiné ausentarme de un Cielo que parecia mirarme con ceño desde mis primeros años. Dexé pues la Cerdeña, y me retiré á Sicilia, donde mi Familia habia tenido antiguo orígen. Lo que sucedió despues con mi perverso Perseguidor no lo sé, porque habiendo muerto mis parientes poco tiempo despues que yo me retiré de Caller, ninguna correspondencia tuve en aquella Ciudad. Antes bien, habiendo determinado no volver jamas á ella, vendí todos los bienes que allí tenia, salvo algunos que cambié por otros equivalentes en Sicilia, donde me establecí últimamente con ánimo de fixar aquí mi perpetua residencia.

Pero tardó poco en levantarse otra nueva tempestad, que turbó mi calma y mi sosiego. Aquel mismo Criado que habia sido mi libertador, pretendió con el tiempo hacerse mi traydor y mi tirano. Quiso seguirme en mi partida de Caller, y quando me vió establecida en Melazo, que escogí por domicilio mio, habiendo comprado allí una buena Casa, comenzó á traerme á la memoria la obligacion que le tenia por haber sido el libertador de mi vida, y lo agradecida que le debia estar por un servicio de aquella importancia, adelantándose á pro-

po-

ponerme, que un beneficio como aquel solo podia ser correspondido con darle la mano de Esposa, pues parecia razon que estando viva por él, para él solo debia vivir. Pero como era un hombre de baxa condicion, y por otra parte sus costumbres eran muy contrarias á las mias, al principio procuré diestramente insinuarle que estaba abundantísimamente premiado por lo que habia hecho por mí, y que no tenia razon para pretender mas. Pero viendo que todavía insistia neciamente en su temeraria pretension, claramente le dixe que no debia pensar en ello. No por eso desistió de su loco pensamiento, antes bien le llevó adelante con mayor pertinacia, tanto que me ví precisada á despedirle de mi servicio. Es indecible lo que trabajó y revolvió para que yo le volviese á admitir en él; mas gracias al Señor todo fué en vano, y yo me ví libre de un hombre tan peligroso. Dos años ha que me hallo en este estado, y no es menester repetir ahora lo que ya te dixe de otros pretendientes. Lo cierto es que de todos me libré sin obligarme jamas á ninguno, y siendo dueña absoluta de mi arbitrio, quiero sujetarle enteramente á vos solo, que me habeis dado tantas pruebas de merecerlo.

Así terminó Eugenia la relacion de sus Aventuras, y conociendo por la que yo la hice de las mias, lo muy agitado que me habia visto por las varias revoluciones de mi fortuna, mostró admirarse mucho de la intrepidez con que

me

me quería nuevamente exponer á todos los peligros de sus volubles extravagancias. Luego que llegamos á Roma fuí á buscar al Neofito Dagal en el albergue donde le habia dexado. Pero quedé sumamente contristado quando me dixeron que pocos dias antes habia partido á Neptuno con ánimo de embarcarse para España. Pregunté si le acompañaba alguno, y se me respondió, que ademas de dos Religiosos le acompañaban otros dos seglares, cuyos nombres ignoraban, siendo ambos forasteros, y desconocidos. Mas sorprehendida quedó Eugenia que yo con esta noticia; pero no perdamos el tiempo, me dixo, en inútiles discursos: sigámoslos quanto antes. ¿Quien sabe si tendremos la fortuna de encontrarlos antes que se embarquen? Y caso que ya se hayan embarcado, nos podremos fácilmente informar á qué Puerto de España se dirigieron. Executóse á la letra el consejo de la prudente muger. Partimos inmediatamente á Neptuno sin detenernos en Roma; mas ya Dagal habia zarpado en una embarcacion para Alicante. Nosotros no le pódimos seguir hasta despues de una semana, en que cierta Fragata Mercantil disponia hacerse á la vela para aquella escala. Fué muy feliz el principio de nuestra navegacion, y acaso hubiera proseguido toda con igual felicidad, si á la mitad del viage no hubiéramos sido apresados por dos Navíos de Tunez. Defendímonos inutilmente, pues al cabo nos vimos obligados á rendirnos. A todos nos

cau-

cautivaron, y repartida la presa me tocó á mí por Amo un Moro que pasaba de quarenta años. Luego que desembarcamos en Tunez, me destinó mi Patron al cultivo de su Jardin. A pesar de mi poca habilidad para aquel oficio, me ví precisado á exercitarle; y á fuerza de observar lo que hacian otros Esclavos, salí un Jardinero singular para lo que se usaba en aquel País. Mientras tanto nada sabia del destino de mi Eugenia, y quando me acordaba que por mí habia abandonado su Patria, y se veía en poder de una gente que tenia tan poco ó tan ningun respeto á la honestidad, se me partia el corazon de dolor.

No salia del recinto de la Casa de mi Patron, sino en compañía de otros Esclavos del mismo, quando íbamos todos juntos por agua á una fuente que distaba como media milla del Jardin. Concurrian á ella otros muchos Esclavos de diferentes Amos, y un dia observé á uno, cuya cara me parecia haber visto en otra parte. Encontráronse en una ocasion sus ojos con los mios, y mirándonos fixamente el uno al otro, él fué el primero que se adelantó á saludarme, diciéndome: ¿No es usted el Señor César? Ese es mi nombre, le respondí; pero aunque me parece haber visto muchas veces esa cara, no me es posible caer en cuenta de quién sois vos. Pues qué? me replicó: no se acuerda usted de su antiguo huésped Cefaleno? Ah! (repuse yo torciendo el hocico, y volviendo la cara á otra

parte) ¿con que tú éres el famoso Demétrio? Vete con Dios; que bien merecido tenias haber caido en manos de estos Bárbaros despues de la alevosa traycion que urdiste, atropellando todas las leyes de la hospitalidad contra uno de quien te profesabas tan amigo. Teneis mucha razon, me respondió, y es muy justo vuestro sentimiento. Yo mismo conozco que tenia bien merecida la esclavitud que estoy sufriendo muchos años ha. Pero con todo espero ahora borrar en parte el feo delito que cometí contra vos, mediante un servicio que tengo por cierto me agradecereis, si es que deseais vuestra libertad. Al oir este dulce nombre, cuya felicidad no se conoce hasta que se pierde, volví á mirar con buenos ojos á Demétrio, y le pregunté cómo habia de gobernar aquel arriesgado lance. Yo, me respondió, tengo secreta correspondencia con cierta muger Européa, de singular belleza, que está en el Serrallo del Bey. Esta me ha prometido grandes cosas si logro libertarla del peligro de ser algun dia sacrificada á la lascivia de su Amo, y tengo ya dispuestas las cosas de manera, que dentro de dos ó tres dias espero salir felizmente con mi empresa. Si mañana volviereis á este sitio, yo os informaré del modo con que podais juntaros con nosotros, y restituiros á tierra de Christianos. Diciendo esto él partió, y yo me volví con mis compañeros á nuestra comun habitacion. Quando amaneció el dia siguiente estaba esperando

con

con grandísima impaciencia que llegase la hora de ir á la fuente por agua. Parecíame que tardaba mas de lo ordinario, y estaba temiendo que por aquel dia se suspendiese la jornada acostumbrada. Pero finalmente oí la señal que se daba quando éramos llamados á exercer aquel oficio. Caminé solícito y apresurado para llegar antes que los otros á la fuente, donde encontré ya á Demétrio que me estaba aguardando. Señor César, me dixo luego que me vió, tome usted esta escalera de cordeles, y sírvase de ella para salir de la Casa de su Amo. Quando vea una llama á la orilla del mar váyase derecho á ella; y allí encontrará una lancha que le conducirá á lugar seguro. Entregóme la escala envuelta en un trapo, que metí luego en el bolsillo, y apartándome de él, fuí á llenar de agua mi vasija, y quando llegaron los otros, contra toda mi costumbre los dí priesa para que llenasen luego las suyas, y nos volviésemos á casa quanto antes, fingiendo que tenia mucho que hacer en el Jardin. Luego que me ví en él registré todos los sitios de la muralla que caía á la Playa, y noté el que me pareció mas aproposito para descolgarme por él, como lo hice quando cerró la noche obscura, ayudándome de la escala que tenia prevenida, y todo me salió á pedir de boca. Tardé poco ó nada en descubrir la llama que me debia servir de guia, y dirigiendo á ella mis pasos por medio del arenal, en menos de media hora me hallé cerca

de

de la orilla. Quando Demétrio sintió pasos de gente que se acercaba, teniendo por cierto que seria yo, me salió al encuentro, y viendo que no se habia engañado, me hizo entrar en un Bote que me conduxo á una Barca, donde habia ya varias personas que todas tenian traza de ser Esclavos, ó Cautivos. Poco despues subió á ella el mismo Demétrio; hizáronse las velas al viento; y los Marineros ayudaron tambien á caminar al buque á fuerza de remo. Toda la noche fué plácida y serena; y al despuntar la Aurora, tomada la altura nos hallamos á cincuenta leguas distantes de la Costa de Africa. Continuaba próspero el viento, y teníamos esperanza de llegar por la noche á la mitad de nuestro viage; pero hácia el medio dia comenzó á levantarse un Austro violento é impetuoso á conmoverse y alborotarse las olas, formándose la mas terrible tempestad que jamas haya leido yo pintada por los Poetas. Nos vimos precisados á abandonarnos á merced de las montañas de agua que se levantaban, y despues de haber andado toda la noche vagueando por el Mediterráneo, siendo juguete de las olas, y de los torbellinos de agua, al salir del Sol nos hallamos á tiro de cañon vecinos á un gran escollo, de terrible aspecto, rodeado todo de peñascos que despuntaban á flor del agua, y amenazaban un inevitable naufragio. No fué posible al Piloto impedir que nuestra Barca no diese contra ellos. Encalló, abrióse, y comenzó á hacer agua

agua por varias partes. Cada qual procuró salvarse como pudo: yo tuve la fortuna de nadar á un seno que formaba el terrible, y ya vecinísimo escollo, y habiendo asentado el pie en tierra firme, rendí mil gracias al Cielo por haberme librado del peligro en que estaba viendo perecer la mayor parte de nuestro equipage. Pero habiéndome librado del naufragio, me veía expuesto á otro género de muerte. Consideraba desierto y deshabitado aquel escollo, donde solo descubria la vista peñascos escabrosos, y desnudos, pegados unos á otros, y desde luego consentí en que era inevitable mi muerte á manos de la hambre.

Lleno de estos tristes y funestos pensamientos me tendí en el suelo, lanzando del pecho profundísimos suspiros, nacidos de la desesperacion, quando vi que se llegaron á mí dos viejos venerables, y me convidaron á que fuese con ellos á donde podria recobrarme de lo que habia padecido en la tormenta. Alcé los ojos, mirélos enternecido, y no encontrando palabras para explicar mi consuelo, me levanté como pude de la tierra, y los seguí pensativo y taciturno. Tomáronme en medio de los dos, y conociendo lo abatido que me hallaba, comenzaron á confortarme con dulcísimas palabras. Hijo (me dixeron, quando entramos en una estrechísima senda, y señalándome una choza que se descubria á bastante distancia) aquella es nuestra pobre habitacion,

cion, donde privados de todo, menos de una santa paz, y nunca interrumpida quietud, vivimos distantes del estrépito, y de los peligros del mundo. Cincuenta años ha, que arrojados como tú de una tempestad en este Islote de peñas, vivimos aquí alegres y tranquílos sin haber pensado jamas en abandonar esta vida. Entre las muchas personas que durante este largo tiempo el mar nos ha enviado por huéspedes, ninguno ha tenido valor para quedarse con nosotros: todos se han aprovechado de las ocasiones bastantemente freqüentes de alguna embarcacion que pase, para contentar su inclinacion de volver á tentar la inconstancia de la fortuna. Damos por supuesto que tú harás lo mismo que los otros, y así consuélate, que nosotros estando como estamos siempre alerta sobre la cima de estas peñas para descubrir las embarcaciones que navegan por estas cercanias, te propondremos medios á escoger, para que salgas de esta soledad quando quisieres. Mientras tanto llegamos á la choza, fabricada de cañas, y de juncos, con dos divisiones, en que vivian los dos viejos, sirviéndoles de cama dos haces de aquella alga, ó yerba marina que arroja á las orillas el mar, despues de enjutos, y bien secados al Sol. Manteníanse de cierta frutilla silvestre, producida de aquellas zarzas, ó matorrales, que nacian en medio de los peñascos, y un manantial de agúa clara que brotaba de una peña viva, les ministraba toda su be-

bebida. Dichosos ellos, y todos los demas que se contentaren con la misma simplicidad. Informéles yo de todas mis aventuras, y viví en su compañia un mes, antes que pareciese en aquellos mares alguna embarcacion. Finalmente una Galera Toscana no sé por qué casualidad vino á dar fondo una noche á poca distancia del Peñon: conocímoslo por el estrépito que hacia la chusma de la tripulacion, y encendida una hoguera, para avisar que habia gente en el Islote, luego que amaneció despacharon en el Bote quien viniese á reconocernos. Entónces me dixo uno de los viejos: ea, ya ha llegado el tiempo en que nos has de dexar. Acuerdate de que hasta ahora toda la vida has sido el juguete de la fortuna; sabe Dios si esta se ha cansado ya, y si habrá fixado su rueda. Trata de vivir con aquel juicio, y con aquella prudencia que deben haberte enseñado las cosas pasadas, y quando te hallares en algun lugar donde te encuentres bien, haz cuenta que es Patria tuya, establecete en él, y no te dexes llevar del prurito de ver mundo, ni le abandones sin grande necesidad.

Despues de haber oído este prudente consejo con el mayor aprecio, y con igual docilidad, me despedí de los dos viejos, fuí admitido en la Galera Toscana, la qual hizo escala en Sicilia, donde me dexó mas desconsolado de lo que estaba la última vez que partí de ella. Aquí, despues de haber vuelto á la administracion de

to-

todos mis bienes, determiné fixarme, abandonando todo otro pensamiento, ocupado únicamente en llorar la muerte de Irene, la pérdida de Eugenia, y el trágico fin de mi amado Isidoro.

FIN.

TA-

TABLA DE LOS CAPÍTULOS contenidos en este Tomo séptimo.

LIBRO DECIMOSEXTO.